

---

# Pràcticum II

---

## Escenas de educación social 2

PID\_00267585

Isabel Hernández Gondra  
Brígida Cristina Maestres Useche  
Irene Matencio Ruiz-Peinado  
Asun Pié Balaguer  
Miguel Salas Soneira

---

Tiempo mínimo de dedicación recomendado: 6 horas

---



**Isabel Hernández Gondra**

Pedagoga y psicóloga clínica por la Universidad de Barcelona (UB), y máster en Psicología clínica y salud mental. Tiene formación en psicoterapia psicoanalítica (CEPP, Vidal i Barraquer).

**Brígida Cristina Maestres Useche**

Socióloga por la Universidad Central de Venezuela y doctora en Psicología Social por la Universidad Autónoma de Barcelona (UAB). Es profesora del área social en Psicología y Educación Social, de los Estudios de Psicología y Ciencias de la Educación, en la Universitat Oberta de Catalunya (UOC).

**Irene Matencio Ruiz-Peinado**

Educadora social por la Universidad de Barcelona (UB). Formación en psicoanálisis en la Escuela Lacaniana de psicoanálisis del Campo Freudiano (Barcelona). Ha trabajado 11 años en el campo de la protección a la infancia, psicopatología y diversidad funcional. Actualmente trabaja en el campo de la educación en la Unidad de Escolarización Compartida (UEC) de la Fundació el Llindar (Cornellà del Llobregat) y, además, es ilustradora infantil.

**Asun Pié Balaguer**

Doctora en Pedagogía por la Universidad de Barcelona (UB) y diplomada en Educación Social por la Universidad Ramon Llull (URL). Es profesora/investigadora de los Estudios de Psicología y Ciencias de la Educación de la Universitat Oberta de Catalunya (UOC).

**Miguel Salas Soneira**

Doctor en Ciencias de la Educación por la Universidad de Barcelona (UB), educador social por la Universidad de Santiago de Compostela (USC) y licenciado en Publicidad y Relaciones Públicas por la Universidad de Vigo (UVI).

El encargo y la creación de este recurso de aprendizaje UOC han sido coordinados por la profesora: Asunción Pié Balaguer (2019)

Primera edición: septiembre 2019

© Isabel Hernández Gondra, Brígida Cristina Maestres Useche, Irene Matencio Ruiz-Peinado, Asun Pié Balaguer, Miguel Salas Soneira  
Todos los derechos reservados  
© de esta edición, FUOC, 2019  
Av. Tibidabo, 39-43, 08035 Barcelona  
Realización editorial: FUOC

*Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño general y la cubierta, puede ser copiada, reproducida, almacenada o transmitida de ninguna forma, ni por ningún medio, sea este eléctrico, químico, mecánico, óptico, grabación, fotocopia, o cualquier otro, sin la previa autorización escrita de los titulares de los derechos.*

# Índice

<b>Introducción</b> .....	5
<b>1. A propósito de Marian</b> .....	7
1.1. Cruce de rutinas .....	7
1.2. Un juego de proximidades .....	9
1.3. Construyendo en común .....	12
1.4. Un nuevo comienzo .....	13
1.5. Hasta siempre, compañera .....	16
1.6. Notas finales .....	17
1.7. Referencias bibliográficas .....	19
<b>2. Marcas del desamparo. A propósito de una acogida familiar</b> .....	21
2.1. Acoger a N. ....	22
2.2. Las otras maternidades .....	34
2.3. A modo de cierre: la disociación como fundamento .....	35
2.4. Carta de despedida a N. ....	37
<b>3. Las invenciones de Víctor</b> .....	38
3.1. Orientaciones en la intervención educativa con el autismo .....	44
3.2. Referencias bibliográficas .....	45
<b>4. Protección a la infancia ¿o repetición del trauma?</b> .....	46
4.1. Primer momento: la situación inicial de Josu, Ana y Roberto ....	46
4.1.1. Josu .....	46
4.1.2. Ana .....	47
4.1.3. Roberto .....	48
4.2. Desde dónde comprender .....	48
4.3. Segundo momento: evolución de la situación .....	54
4.3.1. Josu .....	54
4.3.2. Ana .....	56
4.3.3. Roberto .....	59
4.4. Es necesaria una teoría del crecimiento .....	61
4.5. A modo de anexos: para conocer más .....	63
4.5.1. Ficha técnica: que son los EAIA .....	63
4.5.2. Tipos de vínculo .....	64
4.5.3. Bowlby .....	65
4.5.4. Cyrulnik .....	65
4.6. Referencias bibliográficas .....	65
4.6.1. Bibliografía .....	65
4.6.2. Bibliografía complementaria .....	66

**5. La soledad de las marionetas. Delirio pedagógico (epistolar) sobre las tiranías del nombre..... 67**

## Introducción

Los siguientes relatos son una extensión del libro *Escenas de educación social*. Responden a la necesidad de seguir contando lo que nos pasa frente al otro o lo que nos pasa en nuestro transitar por los servicios e instituciones de la educación social. Por ello, se trata de un material encarnado, hecho de lágrimas y sombras, sufrimientos y alegrías, decires y haceres desde la piel desnuda. Como ya dijimos con anterioridad, pretendemos seguir mostrándonos tal y como somos, más allá de las técnicas y procedimientos.

Arrojar, por tanto, un poco de luz sobre aquello que no nos gusta, por exceso o por defecto, de nuestras prácticas y que por pudor o rubor siempre ocultamos tras las máscaras del saber, sobre todo del saber sobre el otro, al que tanto acudimos para edificar nuestros tabús. Nuestras miserias, nuestros límites, nuestro no saber y no querer reconocerlo, eso es lo que aquí nos concierne. Aquello que nunca se confiesa y siempre se calla (Pié y Solé, 2014, p. 14).

A propósito de *Reescribir entre cuerpos. Caminos po(e)sibles*, Noemí Durán se pregunta: ¿cuándo nos permitimos recordar el cuerpo? ¿Cómo nos disponemos como cuerpos sensibles en nuestro quehacer diario? El cuerpo siempre nos acompaña, pero ¿cómo lo escuchamos? A esta escucha refiere este texto; una escucha difícil, densa y pesada. No le quepa duda al lector de que más de uno y más de dos de sus relatos han sido emocionalmente muy costosos. De aquí su valor y su rigor. Explorar la propia historia desde la sensibilidad ni es común ni tiene un valor en el mundo de la academia. Pero dada nuestra convicción de que parte del «dolor de mundo» que vivimos podría corregirse apelando a la sensibilidad, seguimos insistiendo en este tipo de textos. Textos que no son solo texto, son fragmentos de nuestras vidas, nuestros cuerpos y nuestro modo de transitar. Como nos dice Durán:

Rescribimos entre cuerpos para que cada persona interroge la noción de educación desde sus propias experiencias y en diálogo con otros. Contemplamos a cada ser como un maestro, de manera que lo importante no es tanto aquello que vamos a estudiar-investigar, sino la apertura a reconocer y valorar cómo cada persona entra en contacto con lo que estamos explorando. Sabiendo que la realidad está en constante cambio, consideramos que más que aprender formas definidas, es necesario aprender sobre la vida, sobre los modos singulares de apertura de cada ser; lo cual nos trae la posibilidad de conocer infinitas maneras de atender y de tratar el mundo (Durán, 2017, pp. 13-14).

Así, vaya por delante mi profundo agradecimiento a todos los autores de este texto, por su esfuerzo en ordenar el dolor y la ilusión. Por su generosidad en compartir sus entrañas, por su contribución a hacer de este mundo un lugar más sensible y abierto. Lo demás caerá del lado del lector, de su capacidad por dejarse afectar y tocar, de su voluntad por entender que no podemos seguir apartando el saber de la experiencia del conocimiento académico o, dicho de otra manera, no podemos seguir fracturando la profesión de la vida sin producir sufrimientos evitables.

### Autora

Asun Pié Balaguer

### Referencia bibliográfica

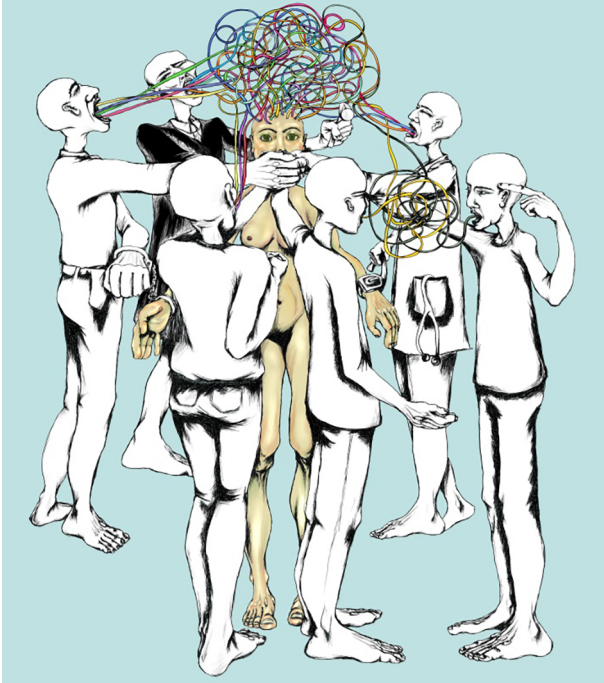
A. Pié y J. Solé (coord.) (2014). Narrar las prácticas, contar los cuerpos. En Pié y Solé, *Escenas de educación social*, pp. 13-17. Barcelona: UOC (Educación Social).

### Referencia bibliográfica

N. Durán (2017). *Reescribir entre cuerpos caminos po(e)sibles*. Barcelona: UOC.



## 1. A propósito de Marian



Fuente: Marta Portela Barreiro

«De mi vida soy la única que tiene la autoridad absoluta de mostrar y no querer mostrar mi vida.»

Marisa Wagner

**Autor**

Miguel Salas Soneira

### 1.1. Cruce de rutinas

Nos conocimos en esa especie de territorio de frontera donde se dan cita personas con diagnóstico psiquiátrico, profesionales y, a veces, algunas familias en busca de información y ayuda.

Se nos había convocado allí por distintas razones. A Marian, por prescripción médica de actividades; a mí, por una sustitución de tres meses por una baja de maternidad. La una y el otro hacíamos lo que podíamos dentro del rol que se nos había asignado. Ella como usuaria, yo como técnico –así es el lenguaje de algunos recursos de salud mental–, fuimos aprendiendo poco a poco a acercarnos.

Por las mañanas, siempre era la primera en llegar. Sentada en aquel banco frente al portal de la asociación, esperaba sin mayor entusiasmo a que se abriesen las puertas y empezaran las actividades de turno.

Con el objetivo de completar su formación de tercero de la ESO, asistía las mañanas de los martes y los jueves a un programa denominado Academia. Si la memoria no me falla, las tardes de los lunes acudía a un taller de habilidades sociales, mientras que las de los viernes iba a otro en el que se trabajaban diferentes competencias relacionadas con la vida doméstica, tales como hacer la compra, cocinar o el modo más eficaz de gestionar las facturas del agua o la luz.

A todo lo anterior, se sumaban las obligaciones relativas a la terapia de trabajo desplegada en el asilo en el que residía. Por medio de lo que llaman laboraterapia, se añadían simbólicamente a sus rutinas las cuestiones del dinero y de la compensación económica. En otras palabras, las mañanas que no se pasaba por la asociación, tenía que lavar, secar, planchar y doblar la ropa de las personas internas en el psiquiátrico, las sábanas y mantas de las camas, las batas de los médicos de la institución y, de paso, las de otros centros de salud de la zona. Se traba, como diría Foucault (2005), de subvenir a sus propias necesidades como enferma, formando parte de un sistema de intercambios a partir del cual financiar su propia existencia de loca. Bajo el pretexto de la recuperación, el remanente que le quedaba de su labor era de unos escasos setenta euros mensuales y la promesa, eso sí, de algún día llegar a salir del manicomio.

Quizá no esté de más remarcar que lo que regularmente llevaba a Marian a la asociación no era su libre voluntad de participar en las formaciones y talleres, sino el itinerario previamente diseñado para ella por un panel de expertos en esquizofrenia. Tal y como sostiene Valverde (2015, p. 28), «el capitalismo neoliberal intenta mantener el mito de que hay libertad de movimiento, pero en realidad cada sujeto tiene su sitio», aunque no sea elegido. En lo que a las personas diagnosticadas se refiere, tal lugar es con frecuencia el de su reificación como pacientes en los servicios de salud mental (Correa *et al.*, 2006), por lo que el margen de maniobra para salirse del circuito y desprenderse de la máscara que en él se le asignaba resultaba más bien escaso.

En un mundo cada vez más complicado, acelerado y necesitado de especialistas, se diría que tan solo pueden construir quienes más saben, y el resto queda relegado a la obligación de seguirles el paso para poder participar y, por fin, ser algo (Martínez, 2012). La identidad de Marian se tejía, así, entre espacios y tiempos prescritos, dentro de un sistema de relaciones marcado por el signo terapéutico. Su día a día transcurría, pues, de dispositivo en dispositivo, en una malla sociocomunitaria de atención de la que yo sería una pieza más. Pero no una pieza cualquiera.

La jerarquía profesional, habitual todavía en el campo de la salud mental, hacía de los profesionales de lo social –del trabajo social y la terapia ocupacional principalmente, y de la educación social en un lugar muy residual– meros eje-



cutores de las decisiones tomadas principalmente por psiquiatras y psicólogos. En estas circunstancias, la voz de las personas diagnosticadas era, y me temo que sigue siendo, sistemáticamente invisibilizada.

Aunque a mí se me había encargado la misión de «supervisar» uno de los dos pisos de protección que gestionaba la entidad, en el tiempo sobrante de la media jornada que no transcurría en la vivienda debía asumir tareas de programación y facilitación en dos proyectos concretos: inicialmente en el que llamaban de habilidades sociales, donde, según se me dijo, participaban «usuarios de segunda división»; más tarde, en el que estaba orientado a la formación de adultos.

En ese cruce de rutinas, en un escenario que no habíamos elegido del todo, nos encontramos Marian y yo. Recuerdo, aun así, que fue en aquellos momentos previos al comienzo de las actividades, en aquel banco a pie de carretera, donde empezamos a conocernos.

Aparte del cigarrillo de rigor, al principio no compartíamos más que impresiones acerca del tiempo. Lluve, hace frío, llueve otra vez... Pronto, aquellas frases impersonales se nos fueron acabando. Y entonces también yo empecé a llegar antes.

## **1.2. Un juego de proximidades**

Detrás de la discutible categoría diagnóstica que pesaba sobre Marian había, sin duda, y como en cualquier otro caso, una historia y unas circunstancias. Detrás de mi rol de técnico, también.

Las afirmaciones anteriores pueden parecer obvias pero, tal y como nos recuerda Canals (2008), con demasiada frecuencia su sentido deja de ponerse en juego en el interior de las autodenominadas *profesiones relacionales*. La interacción entre el personal técnico y los usuarios de los recursos suele estar, antes bien, más basada en la asimetría de posiciones que en un diálogo realmente horizontal.

Además, tanto en el marco de los servicios sociales como en el sistema de salud mental, la carga de los diagnósticos psiquiátricos que se movilizan en su interior impulsa, con frecuencia, identidades que no se caracterizan precisamente por su dinamismo. Es más, una vez fijadas estas etiquetas, difícilmente admiten réplica. Y del conjunto de ellas, algunas como la de esquizofrenia parecen decirlo todo acerca del sujeto que rotulan. El estigma, la exclusión de las narrativas de aflicción, la cosificación o la mercantilización del sufrimiento, son algunas de las consecuencias más negativas de su uso (Ortiz, 2013; Salas, 2018).

Teniendo esto en cuenta, lo cierto es que nunca me interesó demasiado saber cuál era el diagnóstico de Marian. Ni siquiera cuál era su historia clínica. Con respecto a este último tipo de documentos, y tal y como indica Goffman (1992, p. 159), ya entonces sospechaba que una de las finalidades de dichos historiales radica, sobre todo, en destacar «las múltiples formas en que un sujeto resulta ser un “insano”, las razones que hicieron lícita su reclusión, y por las que sigue siendo lícito mantenerlo recluido. Con tal propósito se extrae, de toda la historia de su vida, una nómina completa de los incidentes que tienen –o podrían tener– una significación sintomática».

La pregunta para mí relevante entonces, más allá de lo que establecen ciertos saberes expertos, era: ¿qué circunstancias en la vida de las personas contribuyen a que aparezca el malestar?, ¿qué dicen ellas acerca de lo que les pasa?, ¿cuenta realmente su opinión y su historia cuando de lo que se trata es de articular la atención?

Pronto entendí que la institución funciona como un tipo de espacio donde la alteridad es a menudo capturada y rotulada. En la misma, se elaboran discursos y se desarrollan prácticas acerca de la diferencia, pero haciendo de algún modo tabla rasa. En contextos como el del manicomio todavía hoy se nombran, identifican y definen subjetividades, al tiempo que se convierte a todas y cada una en lo mismo: una **categoría diagnóstica**. Los sujetos, en consecuencia, acaban deshistorizados. Espacios semejantes, especializados en (a)normalidad, anulan y borran la extrañeza, lo otro, huyendo de la inquietud y la incertidumbre que provoca dejar a cada cual la palabra y la iniciativa (Larrosa, 2010; Núñez, 2003). No sorprende, pues, que el primer día que llegué a la vivienda en calidad de técnico, sus habitantes me pidiesen permiso hasta para ir al baño.

Porque lo mismo sucede si de lo que se trata es de los recursos estandarizados y homogeneizantes de la red sociosanitaria, donde personas como Marian deambulan entre la monotonía de rutinas preestablecidas y diseñadas para su rehabilitación. Es como si las rutas habituales estipuladas para la llamada *enfermedad mental* negasen la novedad de la experiencia con una intensidad tal, que no existe viaje a parte alguna que no se circunscriba a los anodinos, fijos e inmutables hábitos consignados por instancias ajenas. En ellas, no hay comienzo que abra la puerta a lo diferente, imprevisible e incluso incomprensible: la vida se encuentra, así, minuciosamente pautada.

De esta suerte vagaba Marian, de dispositivo en dispositivo de atención, del manicomio a la asociación, bajo el abrigo de un mismo sentimiento: el de que cada día era, y sería, igual a cualquier otro.

Frente a biografías complejas, como la suya o la de otras muchas personas psiquiatrizadas que pude conocer a aquellas alturas de mi vida, no eran pocas las voces que insistían en la importancia de mantener la llamada *distancia profesional óptima*. Aunque bienintencionadas, casi todas parecían negar de alguna manera el diálogo real y la reciprocidad que implica. A decir verdad, debo reconocer que, por esta razón, me resultaban en cierta manera estériles: «Hay cuestiones que es mejor no abordar», decían unas; «hablar sobre determinados temas o salirse de lo habitual solo removerá traumas del pasado», sugerían otras. Las más atrevidas aseguraban sin vacilar que las personas que acudían a la asociación eran, ante todo, usuarias de un recurso, no amigas ni iguales.

Tomar distancia era, por tanto, una cuestión de autoprotección. Ganábamos todas.

A fin de cuentas, lo que a Marian le sucedía, siempre según la visión hegemónica que operaba detrás de estos discursos, tenía un origen orgánico difícil de determinar. Era como si en su cerebro anidase un tipo de fallo o error que, en algún momento, podía activar reacciones impredecibles e incontrolables. Y eso había que evitarlo.

La responsabilidad del personal técnico radicaba en la prevención de posibles episodios de crisis psicóticas y en activar los protocolos para su contención, si aparecían. Con ello, la posibilidad de la experiencia quedaba borrada de un plumazo.

Como si de un mantra se tratara, era habitual oír aquello de que la mejor forma de enfrentar casos de trastorno mental severo –así lo llamaban en numerosos recursos y dispositivos de la red– consistía en la rigurosa toma de medicación y en actividades pautadas. De esta forma, se desplazaba la actuación hacia el control y la vigilancia, debilitándose con ello el **acompañamiento socioeducativo**.

En este contexto, claro está, cualquier juego de proximidades entre Marian y yo resultaba no solo innecesario sino que, por lo demás, era desaconsejable.

Más allá de las advertencias, supe por ella que, con la salvedad de algún breve intervalo de lo que llaman *externalización*, llevaba interna en el psiquiátrico más de una década. Si tenemos en cuenta que sus treinta y tantos años nos aproximaban bastante en edad, aquello me impresionó. Ya fuera por eso, por la inquietante idea de que este hubiese podido ser también mi camino, o no, la cuestión es que me identifiqué con ella.

Diría que siempre he tenido una versión de mí un tanto marginal, pero en su compañía me di cuenta de hasta dónde había crecido entre algodones. Su vida, en cambio, estaba marcada por un tipo de sinrazón que no se halla precisamente en los genes: una infancia desprotegida, la falta de recursos y la prostitución como opción de supervivencia se combinaron con el catálogo com-

pleto de enfermedades e infecciones de transmisión sexual. La infame retirada de sus hijos a manos de los servicios sociales se unió, a su vez, a las continuas humillaciones y a la violencia que sufría en el marco de la pareja.

La opresión y la ausencia de futuro la llevarían un día a resistirse. Furiosa y desafortunadamente reaccionaría, de una vez por todas, a tanta crueldad.

Homicida y loca desde entonces, la maquinaria jurídico-psiquiátrica no tardó en ponerse en marcha, aplacando la ira con la prisión, primero, y con los diagnósticos, la medicación y el encierro en el asilo, después. Tachada de sintomática una desesperación cuyas causas se situaron en la bioquímica de su cerebro, el futuro de Marian volvió a oscurecerse.

En demasiados sentidos, la vida se había cebado con ella y, aun así, casi siempre sonreía. Sus palabras estaban llenas de ángulos, de rodeos y matices con los que conseguía llenar de color su historia. Aunque a veces resultaba difícil, solo había que detenerse a escucharla y tocar su dolor. Porque detrás había, estoy seguro, optimismo y unas enormes ganas de vivir.

### **1.3. Construyendo en común**

Con los años, se había ido ampliando para Marian el radio de atención –y en consecuencia, también de movimientos–, desde el centro psiquiátrico hacia algunos recursos de la comunidad. Su itinerario, cuando coincidimos por primera vez, estaba en ese punto.

Ajena a cualquier consigna de distancia profesional, a Marian no le importaba mostrarse en su fragilidad. Desde ahí, con sus miserias pero también con sus virtudes, compartía. ¿Cómo estar a la altura?, y sobre todo, ¿cómo vincularnos si eso era justamente lo que había que, de algún modo, limitar?

A gestionar tensiones de este tipo no se aprende en las universidades, pensé. Claro que tampoco se resuelven si la opción es refugiarse en la comodidad de un rol profesional, distante y óptimo, que toca a su fin con la jornada laboral.

Debo confesar que al lado de Marian me sentía pequeño. Desprovista de dilemas como el que me atormentaba, siempre se interesó por mí. No había en ella dobleces, sino más bien curiosidad. Quizá fue eso lo que hizo que acabase abriéndome, lo que me permitió comprender que correspondiendo a su inquietud con la mía, sería más fácil estar a su lado y construir lo común. Así se estrecharon las distancias de oficina y, poco a poco, nos fuimos situando en las tramas de la vida, que es donde suceden las cosas que realmente importan.

Con el paso del tiempo, y junto con otras personas diagnosticadas, Marian me mostró un mundo que no imaginaba tan ajeno. Curioso, la verdad, pues aunque en mi familia existe el sufrimiento psíquico, nunca antes me había asomado al dolor como entonces. A lo largo de aquellos meses, nos cuestionamos muchas cosas y, al menos yo, aprendí algo.

Sinceramente, creo que nos hicimos amigos.

Pasamos tardes enteras escuchando a Princesa Inca, leyendo en alto *Los Montes de la Loca* de Marisa Wagner, o simplemente divagando. Compartiendo experiencias de malestar, encontramos lugares comunes entre diferentes opresiones que nos atravesaban: la precariedad, el estigma y la discriminación, los tratos infantilizadores hacia las personas con algún diagnóstico psiquiátrico, el machismo o la LGTBI-fobia fueron temas cuya voluntad de transformación nos reunió, regularmente, a Marian, a mí y a un pequeño grupo de compañeras usuarias de los servicios de salud mental.

Habíamos logrado habitar, más allá de los lugares institucionalizados, un espacio no marcado por el signo de lo asistencial. El tipo de participación que movilizó aquel vínculo, creo honestamente que simétrico, facilitaría las condiciones de posibilidad para que surgieran situaciones en las que lo importante era, sobre todo, acompañarnos y construir algo, lo que fuera, pero juntas. Los saberes en primera persona que pusimos en juego significaron el punto de partida de una experiencia que se caracterizó, sobre todo, por socializar y politizar cuestiones que en otros contextos eran poco menos que tabú. La falta de apoyo e información sobre el derecho a negociar tratamientos e impugnar diagnósticos, la dependencia de los saberes expertos, la falta de autonomía y de oportunidades a la hora de elegir la propia forma de vivir, la sexualidad negada en contextos residenciales, etc. se convirtieron en los contenidos que darían sentido a aquellos encuentros.

Al margen de las huellas que todo aquello pudo dejar en cada cual, llegamos incluso a elaborar una pieza de teatro que, surgida de las inquietudes compartidas, representamos en el antiguo cementerio del psiquiátrico en el que, además de Marian, otras tres compañeras permanecían internas.

Sin permiso y con apenas público, no era reconocimiento lo que buscábamos, sino explorar sin saber adónde nos llevaría, en su conjunto, aquella vivencia colectiva.

#### **1.4. Un nuevo comienzo**

Tras un par de meses y después de finalizado el contrato, Marian y yo nos vimos menos. Solo entonces fui consciente de hasta qué punto me había impactado la experiencia. Me vi interesándome por otros proyectos asociativos vinculados a la salud mental –más críticos que aquel en el que me había iniciado como profesional del ámbito–, tales como Radio Nikosia en Barcelona,

o A Radio Prometea en A Coruña. Desde el activismo, conseguimos organizar en Compostela unas jornadas autogestionadas sobre locura, en colaboración con personas y colectivos que tenían mucho que contar.

Las marcas que todo aquello había dejado en mí acabaron desdoblándose, tiempo después, en la idea de una tesis. Fue entonces cuando volví a acordarme de Marian. Estaba seguro de que le interesaría, así que no tardé en ponerme de nuevo en contacto con ella.

Le propuse colaborar y, de hecho, se ilusionó. Sabíamos que no sería fácil, pues tenía una incapacitación jurídica y, con lo de pedir permiso, pues ya se sabe. La institución que la tutelaba, y la trabajadora social responsable de atenderla en materia de libertades de elección, apenas la visitaban. Sobrecarga de trabajo, nos dijeron.

Además, las cosas se habían complicado en el psiquiátrico. Por delante, le esperaban tres meses sin salir del módulo en el que estaba: una analítica, de estas que traducen sospechas, había dado positivo en THC. El tratamiento de quimioterapia para el cáncer de útero que le habían detectado le provocaba muchas náuseas y, la verdad, no dudó en consumir marihuana para sentirse mejor. Lamentablemente, su doctora de referencia no lo aprobó, y decidió que el castigo era lo más adecuado, dadas las circunstancias.

Para verla mientras duró la sanción, era necesario subir hasta el recibidor de la sala, justo delante del frío pasillo de dormitorios. Como ni siquiera podíamos bajar a tomarnos un café al bar, nos sentábamos allí, en un banco muy distinto a aquel donde nos habíamos conocido, y charlábamos un largo rato. Casi siempre nos escapábamos a fumar un cigarrillo a las escaleras, Marian con su pijama y su coraje; yo, tratando de aprender a no indignarme más que ella. Decidimos intentarlo todo para que nos autorizaran a hacer su historia de vida: ¡vaya si no habría que contar!

Sin espíritu revanchista alguno, decía Marian, «es justo que se sepan ciertas cosas, que las compartamos».

Pero el problema para que historias como la suya puedan ver la luz no depende solo de que sus protagonistas estén dispuestas a hablar, sino también de que la sociedad quiera escucharlas. Desde luego, no fue el caso.

Primero la doctora, luego el jefe del área de salud mental, después la institución que la tutelaba y hasta por las manos de una fiscal, un forense y un juez pasaron la solicitud, el resumen del proyecto y aquella hoja manuscrita y firmada por Marian. Nadie, absolutamente nadie, nos facilitó el consentimiento para registrar en audio su relato. Lo que ella quisiera parecía no importar al lado de, quizá, el interés por tapar tanto.

Así, nos dimos de frente con toda una trama de poder que se concretó en innumerables entradas administrativas, registros, requerimientos, dictámenes de todo tipo e interminables tiempos de espera.

Entretanto, yo seguía visitándola, algunas veces solo, otras con un amigo común, con Manolo. Nos poníamos al día y, de paso, aprovechábamos para comentar cómo andaba el proceso. Quizá por ingenuidad, o también por miedo a una posible sanción, nunca grabamos aquellas conversaciones.

Había días que la encontraba bastante desanimada. Vivir en un manicomio no es fácil. Ella siempre decía que interesa que haya gente institucionalizada e incapacitada en los psiquiátricos, porque eso justifica empleos, reputaciones y sueldos a final de mes. Aunque entendía que se cobrara por el trabajo, decía que en ningún caso podía ser a costa de las personas internas.

De su exigua pensión, por ejemplo, tenía que dar doscientos euros al mes para la caja, de los cuales solo recibía dos al día. ¿Qué haces con eso?, se preguntaba. ¿O con los cinco de los fines de semana cuando hay fiesta?

Cada vez estaba más cansada.

Una de aquellas tardes de castigo, me propuso salir del centro para tomar algo en una de las tabernas próximas al complejo hospitalario. Por aquel entonces ya no llevaba el pijama, de modo que la transgresión resultaría, al menos, más discreta. Finalizadas las jornadas de la mañana, la vigilancia en la institución era menos rígida, así que sin darle más vueltas nos dirigimos hacia la salida.

En compañía de su novio, recorrimos los apenas doscientos metros que separan los muros de piedra del manicomio de la terraza interior de aquella cantina, tan frecuentada por las personas internas.

Ese día ocurrió algo que me hizo pensar en las fronteras entre los roles, la educación y la vida.

Llevábamos apenas una hora charlando cuando, de pronto, entró en escena un chaval joven de aspecto desenfadado. Un gesto por su parte hizo que Marian se levantara y tomase, brevemente, asiento a su lado. Cierta mezcla entre pudor y discreción me impidieron girarme y satisfacer, con el gesto, mi curiosidad.

Era obvio que se conocían pero, más que porque mantuviesen una relación personal, que lo desconozco, de lo que se trataba entonces era de otra cosa. De regreso a la mesa, la pareja de Marian le susurró al oído algo que no conseguí descifrar hasta que ella dijo: «Miguel está de nuestro lado, no tienes que preocuparte».

Aunque ya no consumía, entendí que había comprado a aquel joven algo de hierba para revender por poco más de un par de euros del valor por el que la había conseguido. La falta de recursos, en ocasiones, tiene estas cosas, y Marian, se buscaba la vida. ¿Cómo juzgarlo?

Me pregunto qué tipo de vínculos facilitan o no qué caminos. ¿Qué había llevado a Marian a asegurar que yo estaba de su lado?, ¿qué razones movían las suspicacias de su compañero?, ¿habría podido vivir una situación parecida trabajando de técnico?

Si en algún momento había mediado entre ella y yo una relación profesional-usuaria, desde luego no operaba ya. Tuve claro que aparte del proyecto de tesis y su participación en él, era el cariño y, sobre todo, la confianza lo que nos volvía a reunir. No es difícil coincidir con Freire (2012) cuando afirma que la confianza no es un *a priori* del encuentro, sino el resultado del mismo y del diálogo horizontal y honesto. Al igual que ella no lo hacía conmigo, nunca se me ocurrió fiscalizarla.

Ya de vuelta, mientras atravesábamos los jardines del psiquiátrico, me dijo algo que recordaré siempre. Todavía no habíamos recibido confirmación para grabar el relato, y yo estaba entre impaciente y enfadado. Sus palabras fueron: «Miguel, no pueden estar encima de nosotros como están, sabemos lo que queremos y lo que nos conviene. No nos pueden tratar así. Mi voz es mía, yo le cuento lo que quiero a quien quiero, nadie puede impedírmelo».

A pesar de la crudeza de sus palabras, consiguió hacerme sentir mejor. Me di cuenta de que no es tan fácil dominar a quien no se deja.

### **1.5. Hasta siempre, compañera**

La siguiente vez que la vi, había empeorado mucho. El cáncer se había extendido y el dolor la doblaba.

Poco tiempo después, su vida se apagó.

Pero su voz, tantas veces negada, vuelve hoy sobre estas líneas para no ser el silencio que quisieron hacer de ella. En bajito, recuerda que obligó a hablar al poder, a mostrarse tan formal como indiferente, arrogante en su lenguaje experto, cínicamente cordial. Distante.

La voz de Marian, minimizada o incluso ausente en los historiales clínicos, expedientes jurídicos y administrativos, encuentra aquí otro lugar, también precario, pero creo que más digno.

De algún modo hace hablar de nuevo, aunque no haya podido ser grito, lamento o lo que ella decidiera. Técnicas, procedimientos, discursos, se pusieron en juego –al igual que lo habían hecho antes para acusarla–, en este caso, para



negar su historia. Judicializada, psiquiatrizada, institucionalizada, incapacitada, tutelada y finalmente invisibilizada, el poder dijo velar por su vida y hacer valer sus derechos. Cubierta de silencio, atravesada por múltiples violencias, otros hablaron de ella, decidieron por ella y sobre ella. Pero no dirían la última palabra.

Porque ni tratando de hacerla callar han podido controlar lo que hace el silencio de una voz que, un día, estuvo muy viva. Que solo, quizá, diría tanto.

Curioso silencio en cuyo mapa todavía subsisten fugas que vuelven aquí, para no olvidarlo.

«Mi voz es mía.»

A tu voz y a tu memoria, Marian, se deben estas páginas.

Gracias.

## 1.6. Notas finales

En la óptica de una **pedagogía del acontecimiento**, la educación se relaciona con la creación de una infinidad de caminos y sentidos, hallándose muy cercana al «cuerpo entendido como acontecimiento de la existencia, como escenario de lucha, resistencia, y también como finitud» (Bárcena *et al.*, 2006, p. 233). En ellos, en los cuerpos, se inscriben las marcas de multitud de eventos biográficos que conforman y dotan de significado la vida.

La diversificación de espacios en los que imbuirse de lo diferente, de lo nuevo e inquietante, donde percibirse de otro modo, representa una línea de fuga que rompe con la monotonía de la rutina y de la normalidad institucional. Esta constatación suprime el frecuente olvido de que la realidad se aprende experimentándola de forma relacional y corpórea, siempre en situación, puesto que «comprendemos a partir de nuestros cuerpos, a través de las relaciones que establecemos con los demás y de las formas a través de las cuales nos ponemos en contacto con los objetos del mundo» (p. 234).

Esta pedagogía lo es, por tanto, también de la **corporalidad simbólica** – o pedagogía sensible –, ya que se refiere a la dimensión existencial, relacional, que encuentra su base en la experiencia subjetiva del cuerpo, entendido como territorio cultural comunicante (Planella, 2016). En virtud del principio de pasión, este siente, padece, se estremece, emociona o sufre, de forma diferencial, interconectada y significativa.

Bajo esta visión, la tarea educativa no consiste en capturar y rotular la experiencia en circuitos fijos, sino en establecer vínculos, relaciones y rutas que consigan dejar a un lado las inhabilitantes etiquetas de la discapacidad, el error o la falta, para facilitar recorridos en los cuales lo que ocurre no se explique a partir de estas claves. Territorios, en palabras de Pié (2012c, p. 225), «donde el otro no quede raptado por la cuestión del diagnóstico, del déficit o del grado de dependencia. Un espacio donde las cosas que pasan no se explican permanentemente desde aquello que los saberes médicos han nombrado como problema». Y es que algo ha pasado en educación, con los cuerpos que han sido clasificados y considerados como desviados, raros o patológicos, dentro del régimen de la normalidad. Lo recuerda Skliar (2012):

Sí que ha pasado. Se ha vuelto experiencia en el relato que, aún tímido, viene a recordarnos las formas violentas, desmedidas y desmesuradas, por encausar inútilmente cuerpos, mentes, lenguas, que no se habían desviado de ningún camino. El camino es, por ello, el problema. O la falta de caminos (p. 183).

La ruptura con esta lógica implica recuperar el lugar simbólico que ocupa la subjetividad, apresada persistentemente a manos del discurso biomédico y el implacable dictamen normativo (Planella y Pié, 2012). Esta gana sentido socialmente si se entiende como territorio de identidades dinámicas interconectadas, transitorias, inestables y contingentes, que se resisten a ser fijadas, corregidas, asimiladas o rechazadas por representar una diferencia que se desvía de lo que se supone normal y natural (Heredia, 2012). A partir de ahí, y tal y como Marian expresaba con aquel «mi voz es mía», es posible experimentar formas de empoderamiento vinculadas a la radical alteridad que la locura representa.

Conviene señalar que este planteamiento no se encuentra anclado en una visión de la vulnerabilidad basada en la incompetencia, ni surge de una concepción dual que disocia el cuerpo de la subjetividad. Por el contrario, cuando se habla de cuerpo, se está haciendo referencia a una entidad holística, de conjunto, imbricada interior y exteriormente a través de numerosas conexiones entre distintos nudos generativos.

Esta topografía de la subjetividad (Haraway, 1995) es compleja: habla de sentidos, sentires, aflicciones, placeres, iras, logros o fracasos, que se inscriben en los cuerpos como espacio relacional. No hay, pues, corporalidad sin subjetividad, y ambas son escenario de la experiencia. Conviene no olvidarlo: el ser humano es cuerpo, piensa, siente y se expresa a través de él (Heredia, 2012), pero también se relaciona, interconecta y extiende por medio de otros cuerpos.

Sus lazos pueden estirarse, tensarse o anudarse. También pueden deshacerse y cortarse. Pero para eso, hay que estar en disposición de tenderlos.

Por ello, y para producir conocimiento pedagógico basado en la experiencia, unirse al otro sin pretensiones de ser el otro es un reto, tanto como lo es posibilitar las condiciones para que ese otro se manifieste, signifique y expanda.

Se trata de facilitar el «ocupar un lugar» para tener una responsabilidad en las prácticas de producción conjunta del saber, desde un lugar que no siempre es el mismo y que no supone una posición subjetiva esencial, total o acabada. Es decir, la tarea educativa consiste en acompañar tránsitos en los que cada cual experimente, incluso en territorios que se creían vedados, posibilitando así las condiciones para el desafío de lo nuevo, para el acontecimiento y la búsqueda.

### 1.7. Referencias bibliográficas

Bárcena, F., Larrosa, J., y Mèlich, J. C. (2006). Pensar la educación desde la experiencia. *Revista portuguesa de pedagogía*, 40, 233-259.

Canals, J. (2008). Ambigüedades y contradicciones sobre la diversidad en los ámbitos de la salud mental y de los servicios sociales. En M. Comelles, y M. Bernal, *Salud mental, diversidad y cultura* (pp. 65-78). Madrid: Asociación Española de Neuropsiquiatría.

Correa, M., Silva, T., Belloc, M., y Martínez, A. (2006). La evidencia social del sufrimiento. Salud mental, políticas globales y narrativas locales. *Revista Quaderns*, 22.

Durán, N. (2017). *Reescribir entre cuerpos caminos po(e)sibles*. Barcelona: UOC.

Foucault, M. (2005). *El poder psiquiátrico. Curso del Collège de France (1973-1974)*. Madrid: Akal.

Freire, P. (2012a). *Pedagogía del oprimido*. Madrid: Siglo XXI.

Goffman, E. (1992). *Internados. Ensayos sobre la situación social de los enfermos mentales*. Buenos Aires: Amorrortu Editores.

Haraway, D. J. (1995). *Ciencia, cyborgs y mujeres. La reinención de la naturaleza*. Madrid: Ediciones Cátedra.

Heredia, N. (2012). Corporalidades, subjetividades y discapacidad. Hacia una des-educación de los sentidos y sentires. En M. Almeida, y M. Angelina, *Debates y perspectivas en torno a la discapacidad en América Latina* (pp. 107-115). Córdoba: UNER.

Larrosa, J. (2006). Sobre la experiencia. *Aloma, Filosofía de l'educació*, 19, 87-112.

Martínez, E. (2012). *Esa persona que somos. Desde la filosofía, la ética y la política*. Madrid: Quilombo.

Núñez, V. (2003). Los nuevos sentidos de la tarea de enseñar. Más allá de la dicotomía enseñar vs. asistir. *Revista Iberoamericana de Educación*, 33, 17-35.

Ortiz, A. (2013). *Hacia una psiquiatría crítica*. Madrid: Grupo 5.

Pié, A. (2012c). Pedagogía de la interdependencia. En A. Pié (Ed.), *Deconstruyendo la dependencia. Propuestas para una vida independiente* (pp. 213-228). Barcelona: Editorial UOC.

Pié, A. i Solé, J. (coord.) (2014). *Escenas de educación social*. Barcelona: UOC (Educación Social).

Planella, J. (2016). Cuerpo, cultura y vulnerabilidad en la sociedad contemporánea: estudio de un trasplante hepático. *Cultura de los cuidados (Edición digital)*, 20 (45), 12-24.

Planella, J. y Pié, A. (2012). Pegagoqueer: resistencias y subersiones educativas. *Educación XXI*, 15, 265-283.

Salas, M. (2018). Acerca de los diagnósticos categoriales. Apuntes críticos para una actuación socioeducativa en salud mental. *Intersticios. Revista sociológica de pensamiento crítico*, 12(1), 5-22.

Skliar, C. (2012). Acerca de la alteridad, la normalidad, la anormalidad, la diferencia, la diversidad y la pronunciación de lo educativo. Gestos mínimos para una pedagogía de la diferencia. En M. Angelino, y M. Almeida (Ed), *Debates y perspectivas en torno a la discapacidad en América Latina* (pp. 180-194). Paraná: Universidad Nacional de Entre Ríos. UNER. Facultad de Trabajo Social.

Valverde, C. (2015). *De la necropolítica neoliberal a la empatía radical*. Barcelona: Icaria-Más Madera.

## 2. Marcas del desamparo. A propósito de una acogida familiar

*Agradezco a Isabel Hernández Gondra su acompañamiento en la escritura de este texto.*

Este relato pretende mostrar y ejemplificar cómo se fabrica sufrimiento evitable desde algunas lógicas institucionales de servicios sociales. Particularmente, me centraré en el sistema de protección a la infancia y todo lo que esta «protección» supone. Así, se tratará de ver y comprender cómo se gestiona el sufrimiento y cómo se fabrica un plus evitable sin atender, la mayoría de las veces, a las causas sociales que lo producen. Se protege de un modo que niega al sujeto, amplificando todavía más este sufrimiento. Las prácticas profesionales terminan siendo iatrogénicas, aun sin reconocerlo. ¿Cómo afecta esta precariedad inducida o producida a los sujetos? ¿Qué relación hay entre el reconocimiento de un sufrimiento y el reconocimiento del sujeto que lo clama?

**Autora**

Asun Pié Balaguer

Arranca el texto más comprometido de mi vida (o eso creo). Lo que aquí expondré no es un caso, ni una idea, ni una teoría, no son conceptos abstractos, sino un profundo malestar y sufrimiento surgidos de una **experiencia de acogida familiar**. Es un sufrimiento inducido o fabricado por unas lógicas y una praxis que no responden a los intereses de los sujetos, sino a la necesidad del sistema de reafirmar sus instituciones. La intención es dar a conocer una experiencia encarnada, atravesada por unas biografías, sentimientos, ilusiones y esperanzas que nada tienen que ver con los protocolos y criterios de intervención de los profesionales y las lógicas de protección a la infancia. Obviamente, habrá quien no esté de acuerdo con lo que escribo, pero este texto no busca ningún consenso, tampoco pide ninguna opinión ni el aval de nadie. Simplemente, está escrito desde la experiencia encarnada de una acogida y los efectos de la misma en nuestros cuerpos. De este modo, no puede discutirse lo que he sentido en el proceso, ni la elaboración posterior, al tratarse de una experiencia singular, pero no por ello menos real.

Así, la primera idea que quisiera compartir está relacionada con la **distancia desde la cual los profesionales viven sus «casos»**. Existe toda una realidad paralela, construida a partir de informaciones erróneas. La tendencia es que, si bien los profesionales no tienen toda la información, en el mejor de los casos llenan los huecos con ideas preconcebidas o erróneas de lo que está pasando y, en el peor, con una simple parafernalia técnica. Esta disociación de los «casos» es fruto de una desconexión emocional que responde a la misma lógica relacionada con mover a los niños de aquí para allá y de allá para acá, sin considerar el impacto subjetivo de este «quita y pon» en su desarrollo. Quizá sea una

reacción inhumana muy humana; llamémosla *defensiva*, por parte de los profesionales; pero aun siendo así, o justamente porque es así, se deben desplegar mecanismos que minimicen los riesgos de estas dinámicas inconscientes.

Si los profesionales no se desconectan así de sus casos, sufren mucho. Digamos que hay una fuerte contradicción entre la lógica de la vida, las biografías, emociones, relaciones, etc., y la lógica burocrática de un sistema centrado en sí mismo y no en los sujetos.

La maquinaria institucional va en detrimento de la vida, de lo orgánico y de lo humanamente aceptable. Esta tensión produce un daño irreparable en esas otras infancias. Pero también, como decía, daña a estos profesionales conectados holísticamente con sus «casos». Entonces, lo más lamentable será que los que soportan esta tensión e intentan mantener una posición adecuada terminarán solicitando un traslado o un cambio; y quedarán los que resuelven la tensión a golpe de ninguneo o enajenación. El drama de todo ello es que el sistema de protección a la infancia solo es sostenible desde esta disociación humana y relacional.

## 2.1. Acoger a N.

En agosto del 2016, se hizo efectiva en casa la acogida de una niña de 8 años. Después de un año de trámites, entrevistas y un proceso breve de «acoplamiento» familiar (así lo llaman), llegó a casa N<sup>1</sup>. Ella estaba esperanzada, ilusionada, nerviosa y asustada, del mismo modo que nosotras.

<sup>(1)</sup>Para preservar la intimidad de todas las personas que aparecen en el relato utilizaré iniciales ficticias.

Antes de su llegada, fuimos al teatro a ver una obra que tematizaba un acogimiento familiar. En ese momento, la trama de la obra se me hizo lejana e irreal. Irreal, porque nos contaba el retorno con su familia biológica de un niño de acogida, y el consiguiente proceso de desapego que la familia de acogida tuvo que hacer. Significa esto que, aunque estés en un proceso de acogida, el fin de esta modalidad no termina en sus propósitos, sino que se incardina con subjetividades, expectativas, saberes, ideas, etc. En realidad, esto está relacionado con una posición imposible. A saber, acoger y vincularse, a la vez que se visualiza un final. Esto supone que, si bien ese final es posible, el modo de pensarlo no puede ser rupturista, sino que debe pensarse desde cierta solución de continuidad. Esto quiere decir que la dimensión subjetiva siempre está en juego, lo cual implica que el encargo imposible de asumir funciones parentales sin garantía de futuro requiera conceptualizar la acogida de un modo orgánico y flexible. Esto nada tiene que ver con la práctica habitual de compartimentar o fracturar las distintas medidas de protección al uso (acogida en familia extensa, contención en el núcleo, ingreso en centro, etc.). Quiere decir todo esto que lo más relevante no es tanto si la finalidad última de una acogida es el retorno o no sino, en cualquier caso, cómo se gestiona dicho retorno. Cuan-

do alguien empieza una acogida, no está pensando que aquello terminará y dejará de tener relación y contacto con ese niño o niña. En este punto está la imposibilidad del modelo de acogida.

Entonces, ¿en qué medida los profesionales asumen esto? ¿O esta realidad es negada por todas las partes implicadas? ¿Cómo se sitúan los profesionales frente a la tensión entre acogida y retorno? La realidad es que se pueden hacer las cosas tan mal que se impida o no se facilite en absoluto que se mantenga un vínculo que, guste o no, era parental. Somos madres y padres hasta que la Administración decide lo contrario; entonces pasa a ser un «como si»; los verdaderos padres y madres son los biológicos, independientemente del historial de vinculaciones de los niños, de sus elecciones y demandas, de su posición subjetiva.

Se exige a las familias de acogida que asuman una función parental, sin negar que esa relación pueda terminar en cualquier momento. ¿Alguien cree de verdad que las familias de acogida hacen esto? ¿No será que se sitúan de otro modo? Quizá negando, velando o mirando de soslayo dicha posibilidad de retorno; justamente, porque es la única posición posible para poder hacer de madres y padres. Si esto es así, no se entiende por qué los profesionales y los servicios no lo asumen y lo acompañan debidamente, lo cual exige modificar la lógica de funcionamiento de protección a la infancia.

Lo sorprendente para el caso es que cualquier persona ajena a este tema da por sentadas cuestiones afectivas y humanas sobre el acompañamiento profesional que nunca se dieron. Significa esto que el saber de los profesionales les inhabilita para un ejercicio técnico humanizado; o bien que su modelo de atención es únicamente tecnócrata; o bien que son incompetentes o negligentes; o bien que están tan parapetados para no sufrir, que los mecanismos de defensa interfieren negativamente en su práctica profesional.

Empezamos la acogida con ilusión y esperanza. Cuando la fuimos a buscar al centro, los otros niños se agolparon a nuestro alrededor, agarrándonos de la mano, saludando insistentemente, mirándonos de un modo que tocaba la idolatría. Yo había trabajado en centros de menores en el pasado y nunca me habían mirado así. Un niño de unos 4 años nos preguntó: ¿tenéis otra familia para mí? Era algo tremendo ver cómo los niños desean una familia y te miran con adoración. Algo que todavía hoy guardo en la memoria con cierta congoja.

N. al fin llegó a casa, todo era nuevo: la habitación, el pijama de sus dibujos animados preferidos, el plato y la taza del desayuno y un largo etcétera. Queríamos decirle que teníamos un lugar para ella y que la estábamos esperando. Ella se mostró feliz y agradecida, también extremadamente complaciente. Todo su esfuerzo estaba puesto en agradarnos.

N. llegó y se vinculó. Pasamos un tiempo de encaje, en el que ella hizo muchos esfuerzos. Al fin y al cabo, llegaba a casa de unas desconocidas, en un ambiente desconocido, sin ningún vínculo. Recuerdo que al principio, cuando andábamos por la calle, se agarraba fuerte de la mano porque tenía miedo, y nos iba preguntando si conocíamos a las personas que nos íbamos cruzando por la calle, simples viandantes. Tenía la necesidad de conocer a gente y vincularse a un entorno totalmente ajeno. Estoy segura de que ni los servicios de acogida, ni el ICAA<sup>2</sup> ni los EAIA son capaces de entender los esfuerzos que hace un niño para tener un lugar. Porque si se hicieran cargo, definirían su intervención para cuidar y no para destruir sus vínculos o tratarlos como algo que molesta frente a una nueva medida.

Nos llamó *mamas* muy pronto. No esperábamos que pasara eso, ni siquiera yo estaba preparada para esto. Sonaba muy extraño en mi cabeza, hasta el punto de que me preguntaban: ¿es tu hija? Yo tardaba unos segundos de más en pensar y contestar. N., mientras tanto, fijaba sus ojos en mí y esperaba impaciente mi respuesta, que al fin llegaba: ¡Sí! Pasar 45 años de vida sin hijos y encontrarte de golpe y porrazo con una niña de 8 años en casa no fue tarea fácil, ni en lo simbólico, ni en lo real. Pero lo hicimos.

Los primeros meses fueron de luna de miel, todo iba más o menos bien, aunque evidentemente tuvimos que hacer esfuerzos de conciliación entre lo laboral y lo familiar.

Al cabo de un tiempo, se hicieron evidentes las dificultades de N. en muchos ámbitos: déficits de aprendizajes escolares, malos hábitos, falta de orden, higiene, lenguaje, etc. N. no podía decir, ni tan solo, dos frases bien estructuradas, un hecho que le impedía expresar ideas básicas de un modo adecuado. Sin duda, parecía más pequeña de la edad que tenía. Con 8 años, estrujaba los plátanos como si tuviera 2. Y así con un montón de cosas más. Fue adquiriendo hábitos de todo tipo poco a poco, y pronto mejoró su vocabulario y expresión verbal. Recuerdo que cuando llegó no distinguía una ardilla de una sardina, una cabra de una oveja o un camello de un elefante, así que le compramos muchos cuentos de animales. Unos cuentos que, en realidad, correspondían a niños más pequeños, pero que nadie le mostró antes. También empapelamos una pared del comedor con fotografías de animales y sus nombres debajo. Y en todos los desayunos, comidas y cenas los miraba y hablábamos de ellos. En aquella época, nos preguntábamos: ¿cuántas cosas como esta, que deben aprenderse en los primeros años de vida, desconoce N.?

Nos preocupó inicialmente su rendimiento escolar, pero pronto entendimos que el modelo tradicional de sobrecarga de deberes era dañino. Así que, después de odiar el «momento deberes» en casa y de apuntarla a refuerzo escolar, nos dimos cuenta de que lo importante no pasaba ni se jugaba en ese terreno, sino en otro tipo de ayudas. Después del primer curso, y dada la insistencia de la escuela en el rendimiento y los deberes, decidimos cambiarla de colegio. Fue a una escuela rural, cerca de casa, en la que el proyecto pedagógico era com-

<sup>(2)</sup> Acrónimo de Instituto Catalán de Acogimientos y Adopciones.

#### EAIA

Acrónimo de Equipo de Atención a la Infancia y la Adolescencia. Los EAIA son equipos, que en Catalunya, deciden las medidas administrativas a aplicar en los casos de niños y niñas tutelados por la Dirección General de Atención a la Infancia y establecen el plan de trabajo. También deciden cuándo debe realizarse una retirada de guarda y custodia y cuándo debe haber una devolución de aquella a la familia biológica. Supuestamente trabajan con las familias en situación de riesgo que han sido privadas del ejercicio de tutela de sus hijos por negligencia, abuso, explotación, abandono u otras razones. Establecen también un seguimiento de los niños aunque estén ingresados en centros o en acogimiento con familias extensas o ajenas. Aunque la realidad es que cuando los niños están en centros de protección o bien acogidos, los EAIA reducen mucho sus seguimientos.



pletamente distinto: grupos reducidos y heterogéneos, trabajo por proyectos, máxima participación de los alumnos, aprendizaje significativo centrado en los intereses de los niños, etc. Esta decisión funcionó. Iba mucho más feliz a la escuela, y su rendimiento mejoró.

En el primer año, la apuntamos a natación. La piscina le gustaba y considerábamos que era importante saber nadar. Al año siguiente, pidió que la apuntáramos a patinaje artístico y así lo hicimos. También hizo danza, aunque esta fue una decisión nuestra, porque nos parecía que el carácter disciplinado, artístico y la exigencia de control corporal le vendrían bien. Además, era una disciplina que conciliaba muy bien con el patinaje artístico. El patinaje terminó siendo algo muy importante para ella. Lo hacía realmente bien, podía descargar un montón de energía y, a su vez, aprendía un deporte técnicamente complejo. En días ansiosos, patinaba descontroladamente y se caía más de la cuenta al hacer las piruetas, pero nunca quiso dejar de patinar.

También fue al centro recreativo durante un año todos los sábados, y participó en distintas salidas y excursiones. No parecía gustarle mucho, ni acababa de valorar las actividades. Siempre me sorprendió que todo lo relacionado con la naturaleza, que a mí me cautivaba, no lo acabara de apreciar. Yo insistí un tiempo en que me acompañara a algunas excursiones, a «hacer picos» –como decíamos–, para que descubriera el placer de la montaña, llegar donde no llega nadie o muy pocos; el valor del esfuerzo, el cuidado del entorno, etc. Creo que no conseguí contagiarle mi amor por el monte, pero lo intenté. Ella tenía todo su kit de montaña, al igual que yo. Supongo que esa era mi pasión, no la suya. Son las cosas de la maternidad, intentar dar al otro lo que para una es importante. Mi compañera, por su parte, intentó contagiarle también su amor por el arte, la literatura y la música. Creo que lo consiguió bastante. Por las noches, le leíamos cuentos, algunos de los cuales eran biografías o clásicos de la literatura adaptados para niñas y niños. Esta lectura nocturna se convirtió en un ritual y, al poco tiempo, en una exigencia por su parte: no toleraba que no se le leyera. Montaba pataletas cada vez que no le leíamos, así que tuvimos que trabajar la no exigencia y la tolerancia a la frustración. Con el tiempo, lo entendió. Podíamos estar cansadas, encontrarnos mal o llegar demasiado tarde a casa, y no ocurría nada si un día no podíamos leerle el cuento.

Los perros de la familia fueron muy importantes para ella. Sus dibujos animados favoritos eran *La Patrulla Canina*. Solo nos faltaba un sexto perro para tener la patrulla al completo. A uno de los nuestros lo apodó Marshall, como el dalmata de los dibujos. Cuando se enfadaba o se disgustaba, llamaba a una de las perras o se agarraba a ella llorando y abrazándola. Creo que los perros fueron su primer vínculo importante en casa, y no dudo de que una de sus mayores pérdidas cuando se fue.

Podría seguir escribiendo páginas y páginas de lo que le gustaba; de cómo se reía; de lo que hicimos en Navidad con el *Caga-Tiío* (cómo lo cuidaba, el mantelito que le hacía para ponerle la comida encima); los viajes que hicimos

con la «furgó»; cómo se levantaba muy pronto para ver la televisión sin que nosotras pudiéramos controlar el tiempo; las notas que nos dejábamos por la casa; los juegos que montábamos durante los cumpleaños; las películas y el libro de Harry Potter que leímos las tres en la furgoneta durante un viaje; las serpientes de plástico que me dejaron ella y P. en el jardín para gastarme una broma, etc. En fin, toda una vida familiar, un vínculo de amor y entrega tal y como se espera de la función materna. En un ámbito simbólico, N. era nuestra hija, la genética era trigo de otro costal.

En toda la dinámica cotidiana, estaban también las visitas quincenales con la familia biológica. Esta tenía garantizadas por ley dichas visitas y un seguimiento profesional. Cada 15 días, teníamos que hacer trayectos de 80 km para llevar a N. a ver a su familia biológica. Las visitas duraban dos horas y suponían una auténtica sacudida de ansiedades, algunas de las cuales implicaron crisis y rabietas considerables en casa. Es decir, teníamos que acompañarla a las visitas, pero también sostener todo el malestar e inseguridad que estas suponían. Al principio, N. volvía diciendo que nos habían insultado, que se metían con nosotras por ser dos chicas, y más tarde decía que le repetían incesantemente que iba a volver con ellos; y ella no quería volver, eso nos decía. Preguntamos al servicio de acogida si esto era cierto, y nos dijeron que no, que de momento no iba a volver. Al cabo de cuatro meses del inicio de la acogida le aumentaron la duración de las visitas, lo cual era un indicador de que iba a volver, pero nos seguían diciendo que no iba a volver de momento. Estuvimos así dos años. N. saliendo muy ansiosa de las visitas, porque le siguieron dando estos mensajes, y los profesionales negando que fuera a volver en un tiempo breve, diciendo que la familia biológica no debería darle estos mensajes. Aun con ello, al poco tiempo nos notificaron que se había decidido su retorno. En el plazo de dos meses, estaba haciendo las maletas. En este tiempo, debimos trabajar un retorno que ni la niña ni nosotras queríamos. N. tuvo que despedirse de su casa, sus perros, sus amigos, su colegio, su patinaje; es decir, todo lo que había sido hasta el momento su vida, todo lo que había construido con nuestra ayuda. Nada de lo que había construido contó para nada en el modo de tomar las decisiones.

N. trabajó su deseo y sus miedos con su psicoterapeuta. Entre muchas cosas, esta le prometió que el EAIA la iba a escuchar de un modo u otro. Esto, por desgracia, nunca pasó; lo cual recuerda que no podemos prometer lo que no depende de nosotras. La niña hizo una carta para los profesionales, en la que decía que «no quería volver pero que no se lo dijeran a su familia porque se enfadarían mucho». El EAIA desoyó esta carta. Ni siquiera citó a la niña para hablar con ella. Imagino que, en su lógica, la niña debía volver porque era hija biológica de los otros, y el biologismo es algo que no se discute en nuestras sociedades; o debía volver, simplemente, porque la familia había mejorado y las situaciones de riesgo habían desaparecido. Pese a todo, ya habían pasado cinco años, tres en un centro y dos con nosotras. La mitad del recorrido de

su vida lo había pasado apartada de su familia, y durante esos dos años con nosotras tampoco pudo realmente estar tranquila y asentar unas relaciones estables, porque los mensajes de irse nunca cesaron.

La niña se había pasado meses diciendo que no quería volver. Según los profesionales, decía lo contrario en las visitas familiares. Claro está que en la carta ya advertía que no quería que su familia supiera nada de su deseo, porque pensaba que se iban a enfadar mucho, lo cual probablemente era cierto.

No se escucharon sus deseos, sus miedos ni sus anhelos, simplemente porque tenía 10 años o porque contravenían la decisión de los profesionales. En cualquier caso, eso es una forma de violencia y castración muy dañina. Por aquel entonces, escribí en un blog de una comunidad virtual que aglutina a profesionales, estudiantes, proyectos y otras cuestiones vinculadas al tercer sector. Reproduzco aquí aquel texto, nacido de las entrañas.

### **Carta al mundo**

Si estás pensando en acoger a un niño, te interesa mucho este texto. Esto no es ciencia ficción, sino la realidad de la vida misma. Empecemos:

¿En qué medida el sistema de protección a la infancia garantiza el bienestar de los niños? Pongamos por caso una familia en la que se ha efectuado una retirada de tutela, con el consiguiente ingreso en un centro residencial para niños desamparados. Al cabo de unos años, estos niños son susceptibles de ser acogidos en una familia ajena. Esta susceptibilidad está vinculada a una valoración diagnóstica hecha por el EAIA de referencia sobre el estado de la familia biológica, en la que se concluye que dicha familia no se recuperará en un tiempo breve. Los niños son, efectivamente, acogidos en familia ajena, se vinculan y empiezan a construirse una vida en estas familias. Al cabo de dos años, la familia biológica se recupera. Ha habido un error en ese diagnóstico, ¿quién pagará la responsabilidad de esto? Los niños, al ser acogidos, tuvieron que desprenderse de sus vínculos con los centros y hacer todo un proceso de adaptación y vinculación a sus nuevas familias (escuela, tiempo libre, amigos, vecinos, etc.). Una vez hecho este proceso, que no es fácil para nadie, y arraigados debidamente y muy vinculados, se plantea un retorno a la familia biológica. Los niños son menores de 12 años, edad legal en la que se establece que pueden decidir dónde quieren vivir. Al ser menores de 12 años, por tanto, no se tiene en cuenta lo que quieren, al menos a efectos legales. A esto debemos sumarle que las familias de acogida no tienen ningún derecho que garantice visitas con sus hijos e hijas de acogida. Es decir, que una vez que se establece un retorno, y aunque el niño quiera seguir viendo a su familia de acogida, esto solo caerá del lado de la voluntad de la familia biológica, lo que no garantiza que se produzca. No existe un marco legal que regule que así sea, como efectivamente lo hay al revés. Aunque sea recomendable para el bienestar emocional, psicológico y existencial del niño mantener sus vínculos de referencia, no hay ninguna garantía que proteja este derecho. Así, si bien la familia de acogida está obligada a acompañar a su hijo/hija de acogida a las visitas con la familia biológica, en ningún caso funciona igual al revés. El biologismo aquí se impone a cualquier lógica. Siempre existe el riesgo de que no importe lo que el niño diga, piense o sienta en relación con sus vínculos, o bien que no se tenga en consideración si quiere o no volver con la familia biológica, si es menor de 12 años. Esto es así porque, como decía, impera el biologismo y no una idea más compleja sobre la construcción de las relaciones paterno-filiales. Se considera al niño como alguien que no entiende nada y no tiene los elementos suficientes para saber lo que quiere, y al que se puede cambiar de lugar, sin preocuparse mucho del impacto psicológico de esta decisión. Esto significa que se niega la necesidad básica de vinculación, seguridad y confianza, así como el hecho de que nuestras vivencias siempre se ven afectadas por las experiencias previas.

No existe ninguna regulación que permita escapar a estos riesgos o constricciones. Si por azar o la mala suerte se decide que debe volver a los 11 años, no se puede hacer nada, y esto sin ninguna garantía de poder ver a sus acogedores, a quienes llama «papa» y «mama». Es evidente que ante un determinado marco legal, hay un margen de interpretación y actuación de los profesionales. Y también está claro que hay muchos profesionales de EAIA que valorarán si el retorno es adecuado para el niño, más allá de lo que la familia biológica diga, piense o haga. Es decir, es evidente que algunos profesionales priorizarán las necesidades del niño por encima de todo. Pero también es evidente que no todos son

buenos profesionales, ni tienen las herramientas adecuadas para valorarlo, y lo habitual es forzar situaciones que incrementan de una manera terrible los niveles de sufrimiento de los niños. Algunos deben ponerse literalmente enfermos para que se les escuche, otros, tener crisis o autolesionarse. ¿Por qué sucede esto? Pues porque la familia se ha recuperado, y el principio de propiedad privada de los niños impera en toda la lógica de protección a la infancia. Una especie de derecho a las funciones parentales por encima de cualquier lógica del sentido común. Siguiendo con el ejemplo, si finalmente se rompen los lazos filiales con la familia de acogida en nombre de una recuperación que llega tarde, cuando el niño ya tiene 11 años, ha pasado cinco años en centro y tres en familia de acogida, habrá acumulado tres rupturas en su historial. La primera ruptura dolorosa con la propia familia biológica, la segunda con los educadores del centro y la tercera, con la familia de acogida. ¿Qué tipo de seguridad básica (derecho esencial) se puede construir un niño con este historial? Las rupturas son fruto de acciones profesionales que podrían haber sido otras. Las leyes se mueven en un terreno de regulación general, pero la vida y las relaciones suceden en otro terreno, son orgánicas y fluidas. No son inmutables, ni estáticas, ni rígidas. Si el niño, una vez acogido, quiere ir a ver a sus educadores del centro, debería poder hacerlo, más allá de lo que el centro diga y cualquier otro opine. Los niños deben poder tener garantizadas sus vinculaciones afectivas y hacer sus procesos vitales de una manera orgánica y no de forma rupturista, lo que no genera más que traumas y sufrimientos evitables. El egoísmo, la falta de tiempo, los criterios profesionales absurdos no pueden interferir en la voluntad de los niños de mantener sus vínculos, en nombre de su propio bien. La psicología infantil tiene herramientas sobradas para saber y conocer cuáles son las soluciones más adecuadas para cada caso. El problema es que, simplemente, las decisiones se pueden tomar legalmente, sin considerar la opinión de los terapeutas que trabajan más cerca de los niños, o incluso contraviniendo sus recomendaciones. Los niños van de aquí para allá sin ser escuchados, o sin ser suficientemente escuchados. Sufriendo y angustiados de una manera terrible. Escuchar pide tiempo, vinculación y preparación profesional. En estas situaciones, es más que criticable que la decisión final dependa única y exclusivamente de unos criterios profesionales que nadie puede cuestionar, aunque sean más que cuestionables. No hay ningún organismo regulador por encima de criterios profesionales individuales, lo que significa que los profesionales no se pueden equivocar. En el ejemplo citado, o bien hay un error en el diagnóstico inicial que indicaría la inadecuación de un acogimiento en familia ajena, dada la ruptura que en poco tiempo se podía prever, o bien hay un error en la valoración de mejora posterior. Volvemos a preguntarnos: ¿quién se hará cargo de este error? Seguramente, el niño acabará siendo el principal perjudicado, debiendo sostener en la propia piel una nueva ruptura. Existen estudios que demuestran (Carmen Montserrat, 2018) que es mejor vivir en una situación de estabilidad, aunque esta sea en un centro residencial, que en una situación de inseguridad e inestabilidad caracterizada por rupturas constantes. En definitiva, el niño se construye para que luego el cambio de medida destruya sus esfuerzos. Si esto es así, no se sostiene la simplificación abusiva de «mejor en una familia que en un centro». Habrá que ver si esta medida se podrá sostener en el tiempo o no, y si garantizará las condiciones adecuadas que un niño necesita para desarrollarse saludablemente. Finalmente, conviene recordar que las decisiones que se toman en las políticas de infancia (menos plazas en centro, promoción de las familias de acogida, retornos precipitados en familia biológica porque no hay plazas en centro, etc.) pueden dañar irremediabilmente a aquellos a quienes decimos que protegemos.

Pié, A. (2018). Las lógicas de separar y unir. ¿Es esto protección a la infancia? Una escena que nos sirve de ejemplo [documento en línea]. Consultado desde [www.social.cat](http://www.social.cat).

Esta era nuestra historia, lo que nos estaba pasando. ¿Cómo podía ser que no hubieran hablado con la niña en 2 años y ahora tomaran esta decisión? ¿Cómo podía ser que no la escucharan? ¿Cómo podía ser que nosotras no tuviéramos garantizadas unas visitas? Ni en mis peores pesadillas me hubiera imaginado esto. Sabía que el sistema de protección a la infancia funcionaba mal, pero, ¿tanto? Ella nos llamaba «mamas», y de la noche a la mañana, desapareció de nuestras vidas. El enfado fue descomunal, y la impotencia, terrible. Simplemente, no podíamos hacer nada. El servicio de acogida nos preguntó cómo queríamos comunicarle la noticia a la niña. Les pedimos que vinieran ellos a casa, dado que no era una decisión nuestra. Pero siendo razonables, teníamos que preparar a la niña con antelación, para evitar un descalabro. Nos fuimos de viaje a Madrid a ver a una amiga. En ese viaje, N. terminó sabiendo que le iban a decir que volvería con su familia biológica. Llegamos el domingo a casa,

y el lunes vinieron los profesionales a darle la noticia: «¡Tenemos muy buenas noticias!» (dijeron), «¡vuelves a casa!». No tengo palabras para expresar lo que siento frente a tanta negación y ninguneo. No me extraña mucho que, a día de hoy, N. no nos quiera ver. Siempre fue muy obediente, y ahora, en definitiva, sigue obedeciendo el mandato social y el mandato materno: tu familia es esta, la otra era solo temporal (¿de mentira?, ¿un «como si»?), y eso ya fue. Un «como si» para el sistema de protección a la infancia, pero no para N., ni para nosotras. La niña tampoco quería ir a las visitas quincenales con su familia, pero eso sí estaba garantizado por ley y en ningún momento se cuestionó.

No importan las vinculaciones y las elecciones de los niños, no importan sus trayectos y sus esfuerzos para arraigarse, no importan sus necesidades de desarrollo. En realidad, solo importa el derecho a la propiedad de los padres/madres biológicos. ¿Cómo se sostiene entonces un modelo familiar alternativo en un contexto biologicista? Se sostiene dañando a niños acogidos y a familias de acogida. Lo más lamentable de todo es que, en realidad, se podría haber planteado el retorno de un modo mucho menos doloroso, con garantías para nuestras visitas, con un trabajo de mantenimiento de vínculos. Entre todos sumaremos, le dijimos antes de que se fuera. Tristemente, ha sido mentira. Para la niña, fallar a su madre es desear vernos, y con su negativa cumple con el deseo materno y se niega, una vez más, a sí misma.

Escribí a los profesionales con toda la rabia acumulada:

#### **Carta a los profesionales del servicio de acogida**

Hola, J., agradecería que le enviaras este correo electrónico también a V. Va dirigido a los dos. La razón del correo es explicaros los motivos por los que he decidido no acudir a la última reunión y despedirme. Fundamentalmente, tienen que ver con el proceso y el papel de los profesionales. Creo que se han cometido muchos errores desde el inicio, y considero necesario decir cuáles han sido:

- 1) Opacidad en la información que se nos daba. Poca claridad y transparencia en relación con lo que se venía trabajando con la familia. Nos pasamos meses preguntando si N. iba a volver, dado que esto era lo que la familia le decía, y se negó sistemáticamente que esa fuera la situación.
- 2) Falta de escucha de lo que veníamos diciendo. Simplemente, lo que decíamos no fue a ningún lugar porque se mantuvieron los juicios previos sobre la situación de N. Se mantuvo intacto lo que decíais de ella, desde el principio hasta el último día.
- 3) Valoración del estado de N. con la información de diez minutos antes y diez minutos después de las visitas familiares. No hace falta decir que en diez minutos es imposible hacerse una composición correcta de lo que sucede en la cabeza de N.
- 4) No se ha escuchado a N., ni el EAIA ni vosotros,<sup>3</sup> tampoco se ha escuchado a su psicoterapeuta (R.). A R. nadie le ha pedido informes ni opiniones, ni ha considerado su opinión como fundamental para tomar decisiones. A mí no me sirve que se diga que el servicio de acogida sí que ha considerado la opinión de R., cuando eso no va a ningún lugar. Tanto es así que ni siquiera se ha movido nada para que N. pueda seguir viendo a R. Su relación terapéutica terminará el 24 de junio, y realmente la necesita mucho. Creo que los equipos deberían haber atado este tema, haberlo peleado, y evidentemente, no se ha hecho.
- 5) Solo habéis hecho dos visitas a domicilio, una al principio y otra para decirle a N. «que teníais muy buenas noticias», desoyendo totalmente su posición subjetiva al respecto. No se ha hecho ninguna visita al colegio en todo el año, y se hace justo antes de que se vaya. Esto significa que el acompañamiento ha sido totalmente insuficiente.

<sup>(3)</sup>Servicio de acogimiento familiar. Este servicio, supuestamente, acompaña a las familias de acogida y vela para la consecución de una buena acogida.

6) Se confundieron en su día peticiones de ayuda o asesoramiento con un ejercicio de control por vuestra parte, apelando a nuestra presunta imposibilidad de sostener el acogimiento. No hace falta decir que confundir la honestidad y transparencia por nuestra parte en indicador de alarma y, en consecuencia, insinuar que no éramos capaces es gravísimo, y rompió la confianza (al menos la mía).

7) El criterio de protección a la infancia del «bien supremo del niño o niña» por encima de todo que regula la ley se ha desconsiderado totalmente. Se ha tomado la decisión de espaldas a ella, sin considerar para nada su posición y su demanda, que hoy día sigue siendo que no se quiere ir. Ahora ya no nos lo dice a nosotras, lo dice en el colegio. Probablemente, porque sabe que tenemos relación con sus padres y no quiere que digamos nada. Como decía antes, si bien ha tenido una psicoterapeuta a su lado, tampoco se ha considerado su opinión, ni siquiera la posibilidad de mantener ese espacio.

8) No habéis trabajado ningún vínculo con ella, el único camino para saber realmente cómo está en primera persona.

Por todas estas razones, no tiene ningún sentido plantear a estas alturas una reunión. Dadas las circunstancias, en realidad da igual cómo esté N., porque la decisión ya está tomada. Personalmente, prefiero invertir mi tiempo con la familia biológica, porque es la única posibilidad y camino de mantener la relación con N. La cual estará por ver si se mantiene. Entendimos esto ya hace tiempo. Por ello es que la reunión con la familia biológica fue bien, no porque sea fácil o porque hayamos cambiado de opinión, simplemente porque es lo más inteligente y lo más adecuado para N. La reunión no fue bien por mérito de los profesionales, sino por mérito de las dos familias. A ambas nos interesa tener buena relación. Una vez que retorne N. veremos si eso se mantiene, pero si no, no será porque nosotras no hayamos hecho todo lo posible para que así sea. Resumiendo: nadie va a facilitar absolutamente nada, simplemente nos lo tenemos que trabajar junto con su familia.

Creo que los profesionales no pueden ser copartícipes de algunas dinámicas y decisiones que desoyen a los niños. Y creo que en esto habéis fallado, hasta el punto de que en la última reunión defendisteis la posición del EAIA. Si hacer las cosas de espaldas a los niños os parece bien, creo que os equivocáis.

Ha habido muchos errores en este caso que pagarán los niños. Si la familia estaba trabajando bien desde hacía años, y la perspectiva era esa, lo honesto hubiera sido decirlo. Si no teníais esa información, os tendríais que enfadar, porque es grave. Al contrario, se nos negó por activa y por pasiva un retorno a corto plazo. Si ha habido un error en esa retirada de tutela, también se tendría que decir, porque somos parte implicada, nos guste o no. En cualquier caso, ha habido errores que nadie reconoce y que pagarán los niños. En este tipo de trabajo y recursos, equivocarse tiene consecuencias gravísimas, por eso hay que afinar muy bien qué se dice y qué se hace.

Por mi parte, cierro aquí este proceso. P. vendrá a la reunión porque cree que es importante para vosotros. Siento mucho yo ya no estar dispuesta a ello.

Saludos (mayo, 2018).

En poco tiempo, entendimos que la única opción que teníamos de seguir viendo a N. era trabajar la relación con la familia biológica. Dejamos de poner todos los esfuerzos en los profesionales, y empezamos a relacionarnos con la madre biológica. Nos trágamos la rabia, la frustración, la tristeza y el orgullo; algo nada fácil para mí. Algo realmente estresante y muy exigente. Esa familia no tenía nada que ver con nosotras, e intentar generar buena relación desde la distancia más extrema era complicado. Durante ese tiempo, ellos también lo pusieron fácil, aunque el miedo era que esa actitud cambiara una vez que hubiera retornado. Lo pusimos todo para que la familia confiara en nosotras, y pese a todo, no existía ninguna garantía. N. dejó de decirnos que no se quería ir, ahora solo lo decía en el colegio, porque tenía miedo de que se lo dijéramos a su madre biológica. Pensamos que sería bueno para N. ver que nos llevábamos bien, que no existía una fractura entre mundos, que nos podríamos seguir viendo. Pero, en realidad, esa disociación y fractura entre mundos ya estaba asentada, la había construido el mismo sistema de protección a la infancia,

N. la había sufrido año tras año. Fue un intento vano por nuestra parte, otro «como si». No era posible conectar esos mundos, porque todo estaba pensado para mantenerlos disociados; pese a todo, nosotras lo intentamos, lo dimos todo para que así fuera. Recomendamos que pudiera seguir trabajando con su psicoterapeuta, y fue en vano; recomendamos que siguiera patinando, y no nos consta que así sea; recomendamos que se la inscribiera a una escuela con un modelo pedagógico similar al anterior. La familia tenía cerca del domicilio una escuela de estas características, pero optó por un modelo tradicional. N. se llevó un montón de cuentos a su nueva casa, y no tenía ni una estantería para ponerlos, simplemente porque en su nuevo hogar eso no posee ningún valor. Salíamos en bicicleta a menudo, pero en su nuevo hogar parece que no se les permite salir en bici. Salíamos mucho de viaje y de excursión; al parecer, ahora no saldrá del barrio, entre otras razones porque es una familia tan numerosa que no caben en el coche.

Y así fue cómo se marchó, a otro mundo, otro universo, sin puentes para regresar de vez en cuando al nuestro, de visita para vernos, para abrazar otra vez a sus perros. Le dijimos que nos podríamos ver, que su familia así lo había dicho, que podría venir. Dejó algunas cosas en casa para cuando viniera de visita, pero no ha venido, ni vendrá, o eso parece. Supuestamente, se lo han preguntado y dice que no quiere vernos, pero la manera de formularlo sonaba a mandato materno. No sé qué ocurrirá en el futuro, pero sí sé todo lo que se ha hecho mal y es excesivo, es dañino, supone una ruptura, una fractura biográfica innecesaria. ¿Por qué esta percepción de que es necesario romper una relación para abrir nuevos vínculos? El EAIA dio el mensaje a la familia de que no era adecuado que nos viera, porque esto podía entorpecer su nueva vinculación. ¿Tenemos que destrozar y alejarnos de nuestras relaciones anteriores para abrirnos a nuevas relaciones? Otra disociación de las muchas que ya había sufrido. Una fractura más en el cúmulo de una corta vida. ¿Qué coste tendrá todo esto en su biografía?

Lo anecdótico y paradójico es que más que una experiencia de acogida, os cuento un supuesto «éxito» del sistema de protección. Pero más allá del dato del retorno, la realidad es que cuentan muchas cosas más; fundamentalmente, cómo se ha gestionado, lo difícil que era hacerlo tan mal y lo fácil que hubiera sido, en este caso, contar con la colaboración de las dos familias para mantener un hilo biográfico.

N., como muchos otros niños, ha vivido un momento de lapso que se alargó media vida. Media biografía a la espera de algo mejor. El internamiento en centro era provisional; para sacarla de un entorno de violencia en el que no podía crecer, pasó allí tres años, a la espera de una familia de acogida, pero cuando esta llegó, el lapso siguió, porque supuestamente iba a retornar. ¿Dónde quedan los niños? ¿Qué se va construyendo en ellos en un ámbito interno? ¿Se puede transitar una infancia que está de paso en todos los espacios de mayor importancia para su desarrollo?

Hernández Gondra (2018), en un material inédito, nos explica lo siguiente:

Quando el niño entra en un centro, está a merced de intensas ansiedades agorafóbicas, perdido en un espacio inmenso y extraño (otro niño había dicho, al segundo día de estar en centro: «¿Y mi mamá, cómo sabrá dónde estoy?»). Ha perdido su mundo conocido, ni él conoce a nadie ni nadie le conoce a él, su propia identidad queda alterada. Ahí él es aún nadie. Pero, ¿cómo se atiende esto? ¿Qué trato se le da a él y a la familia en él? Puede que se le dé un espacio a todo esto, o puede ser que se intente hacer borrón y cuenta nueva. Por ejemplo, en un acompañamiento a centro, vimos cómo un niño de 8 años comenzó a abrir todos los cajones y puertas que encontraba. Desde el centro se le permitió y hasta se le facilitó que fuera haciéndolo, porque se comprendió bien que eso era lo que necesitaba para situarse, para saber dónde estaba y qué había en ese nuevo lugar. O todo lo contrario, otra vez, acompañamos a un bebé de cuatro meses con sus padres al centro. Ni les permitieron pasar ni aceptaron el cochecito o los pañales que la madre llevaba. Hay lugares que facilitan en lo posible que la familia llame o visite al niño al poco rato, o que lleven sus propias cosas, aunque estén sucias o rotas... Hay otros centros que bañan al niño enseguida para quitarle la suciedad que le recubre la piel, y poner una ropa limpia que no es la suya. Hay centros que, a fuerza de observar, averiguan que un niño no come en el plato porque estaba acostumbrado a comer pastas y bocadillos... Hay niños que no han comido nunca papillas, o dormido solos en una cama, o que siempre han oído mucho ruido y gritos por la noche... ¿Cómo acostumbrarse a los olores nuevos, a la sensación de la piel sin mugre o sin picor, a los ruidos nuevos? Y si es un bebé, la presión de los brazos, el tacto... todo va a ser distinto... Hasta que le acojan y le den un lugar, y él pueda reencontrar su identidad, pasará tiempo. ¿Y qué pasará con todo su mundo anterior? ¿Tendrá un lugar en este de ahora o quedará totalmente desconectado? (Hernández Gondra, 2018).

Ocurre también, salvo excepciones, que cuando un niño entra en un centro no se suelen mantener sus relaciones previas (ni colegio, ni amigos, ni vecinos, ni siquiera el/la terapeuta si lo había...). Las visitas con sus padres pueden tardar días o semanas en organizarse, y a veces aún se sigue argumentando que, así, el niño se adaptará mejor a la vida del centro: «Si no los ve, no llora». En cada cambio de medida administrativa, habrá una ruptura biográfica, no se mantendrán las relaciones anteriores. Este es uno de los efectos iatrogénicos más claros de la intervención social, aunque afortunadamente, en ocasiones, las cosas se hacen de otro modo.

Es el trato de denegación que se sigue dando al niño y a su mundo interno, a sus objetos internos, a su pasado. Es el trato de objeto. El trato que se da a alguien que no es sujeto, que no tiene palabra, que no sabe lo que quiere o necesita. En realidad, pesa de un modo terrible el niño como propiedad, y todo siempre gira en relación con el biologicismo, que hace que se piense que todo debe favorecer el trabajo con la familia biológica, independientemente de cómo esté el niño en ese momento, de sus vínculos, de lo que quiera. Pero



esto, en realidad, está relacionado con otro encargo imposible, el del EAIA. Los equipos de atención a la infancia y la adolescencia asumen una función de control sobre las familias, deciden retiradas de guarda y custodia pero, a su vez, deben ser capaces de mantener una relación de confianza para sostener todo el trabajo posterior. Esta posición compleja entre retirar la guarda y acompañar es lo que está operando en las identificaciones y distorsiones que algunos profesionales producen. «Ser los malos» es algo muy complicado de sostener y que, además, dificulta cualquier tipo de trabajo con la familia. Por este motivo, en ocasiones algunos profesionales simplemente quieren apartarse de esto rápidamente, lo cual incrementa los riesgos de confundir los deseos de las familias con sus capacidades. Una cosa es querer, y otra es poder. Y con todo esto, están los derechos a un desarrollo pleno de los niños y niñas. ¿Que las familias biológicas quieran, o incluso que hagan progresos, garantiza que el escenario final será el adecuado para los niños? Sinceramente, pienso que parte de los errores que se cometieron con nuestro caso están relacionados con una imposibilidad de sostener este encargo entre fiscalizar y acompañar. Frente a tanta ansiedad y desasosiego que los profesionales tienen que asumir, cualquier variable externa (como podía haber sido seguir manteniendo los vínculos con nosotras) incrementaba en demasía la complejidad y densidad emocional. Por esta razón, simplemente se nos borra del mapa.

Por desgracia, la lógica de protección a la infancia se funda simplemente en la separación. Se les aleja de un sitio supuestamente disfuncional para ponerles en otro, a la espera de que el primero mejore. Si mejora, se les vuelve a alejar del sitio provisional para ponerlos en el primero. Y este «quita y pon» es la esencia de la protección. Pero como dice Hernández Gondra, esta dinámica instala a los niños en unas zonas de tránsito terriblemente dañinas. En sus palabras:

El maltrato o la negligencia grave no son más que la cara visible de unas relaciones padres-hijos profundamente perturbadas que han ido organizando la estructura mental de la criatura. La separación física del niño es, en determinadas ocasiones, un primer paso necesario para la protección. **Pero la experiencia nos muestra cómo ese paso es absolutamente insuficiente por sí mismo si no se cuida el cómo hacerlo y se siguen proveyendo otros instrumentos.**

[...] Cabe pensar aquí en las consecuencias que los cambios de referentes tienen en personas carenciales, en cómo se reactualizan los abandonos y el rechazo. Y en cómo se vuelve imprescindible el trabajo de separación, para que una relación que ha sido inicialmente terapéutica no se convierta, al romperse, en retraumatizante. Cabe pensar también en la importancia de un abordaje terapéutico, continuado y de larga duración que hubiera podido permitir cierta continuidad, revisar y reparar al menos en parte estos vínculos tan dañados y facilitado la introyección de una relación contenedora y atenta (Hernández Gondra, 2018).

¿Habrá vivido N. nuestra relación/separación como un nuevo abandono? ¿Cómo elaborará esta pérdida en el futuro? ¿Tiene ayuda para hacerlo? No se ha mantenido su relación con su psicoterapeuta anterior simplemente por una cuestión burocrática. El EAIA ya tiene psicólogos (se nos dijo). No importan, por tanto, sus relaciones anteriores y lo que es peor, no importan las consecuencias de las rupturas que se plantean en su vida.

Como nos dice Hernández Gondra:

¿Podemos proteger a los niños sin utilizar una teoría clara de cómo crecen? No, necesitamos saber cómo es, qué cosas nos sanan, qué cosas nos enferman. Debemos tener ciertas teorías acerca de ello. Porque la experiencia en protección nos muestra cómo, a pesar de años de intervención profesional, muchas veces no conseguimos mejorar la salud de los futuros adultos. Profesionales de los EAIA que llevamos años trabajando en el mismo equipo y en la misma zona enfrentamos la realidad de estar atendiendo a los hijos de padres que ya habíamos atendido en su momento cuando eran niños. No se ha modificado lo realmente importante. Algo no estamos haciendo bien. En todas estas realidades tan complejas y dolorosas, hay cosas que no estamos pudiendo mirar» (*Ibid.*).

Efectivamente, las decisiones de los EAIA no pueden caer de lado de la beligerancia profesional, de una simple opinión o del cumplimiento de unos indicadores de mejora que no se traducen en capacidades complejas para la crianza. Sin una teoría sobre cómo crecen los niños, de lo que necesitan, de lo que les pasa, no se toman las mejores decisiones. Lo más dramático para el caso es que, en realidad, las consecuencias de todo esto no se verán hasta mucho más tarde. Y para entonces, nadie se hará corresponsable de lo que esta intervención ha producido. Probablemente, se diagnosticará ese malestar y se mediará de un modo que lo subjetivo, biográfico y cultural quedará relegado al ocultamiento más atroz. Ese sujeto ya no será alguien a quien preguntar sobre su historia personal; y en realidad, no lo será porque esa subjetividad nunca tuvo un lugar. Tampoco fue la única subjetividad negada, porque la nuestra también lo fue. Nunca nadie nos preguntó, simplemente se nos utilizó como un recurso más, como un servicio, como una «medida administrativa». Eso fuimos para el sistema; no para N., no para nosotras, que guardaremos sus dibujos y cientos de fotografías que muestran otras cosas; cosas que se quieren velar porque quizá, si se vieran, las decisiones hubieran sido otras; la manera hubiera sido otra, más humana y más amable para todas.

## 2.2. Las otras maternidades

Una de las cuestiones más costosas de asumir de todo este proceso es la maternidad en sí misma; lo que esta supone y conlleva, las múltiples renunciaciones que se deben hacer, el encaje real entre la vida del niño y de la madre. El imaginario social vela todas estas dificultades. Las madres habitualmente no van contando el coste de su maternidad, solo hablan de sus bondades, entre otras razones porque parecerían malas madres si fueran aireando la realidad. Esto es algo que sorprende cuando te inicias en esta función. Nadie nos contó esas dificultades; nunca escuchamos quejas de madres que se expresaran con la crudeza necesaria. Parece que ser madre es muy bonito y poco más. Pues bien, nada de esto es cierto. Ser madre es muy costoso, exigente y complejo. Una cascada de renunciaciones personales se pone en marcha, la relación de pareja se transforma y se reduce a pura gestión doméstica. En el caso de una acogida, a todo ello hay que añadir las dificultades del niño o niña, su pasado, sus rupturas, sus múltiples sufrimientos y miedos, la gestión de multitud de profesionales y servicios que deciden sobre esa vida, las visitas con la familia biológica y, en consecuencia, dicha familia. Todo se convierte prácticamente en algo audaz e inasimilable por su magnitud. Yo pasé un tiempo de verdadero estrés

emocional. Demasiado intenso y extremo, tanto para lo bueno como para lo malo. Pero después de todo el magma de complejidad, resulta que aquello fue mentira; que esa era una maternidad de «como si», porque la verdadera era otra. Y ya nadie te acompaña en esto. La pérdida, la frustración y el fracaso te lo trabajan tú, los profesionales del caso no están para esto.

No se puede asumir la función materna en el marco de una acogida en una sociedad biologicista. El coste es demasiado alto y dañino. Hacer de madres nunca es una mentira o, si lo es, no va ligado a los genes. Aun así, el sistema pretende que las familias de acogida hagan de madres y padres sin serlo; sin un reconocimiento real de su maternidad, de sus vinculaciones y de las adopciones que los propios hijos acogidos puedan hacer. N. tuvo tres madres; nosotras y su madre biológica. Esto, hasta donde sé, no tiene nada de malo, y habría que poder encajarlo, porque forma parte de su realidad.

Las formas dispares de la maternidad, las no normativas, son complicadas porque el contexto es fuertemente biologicista o genetista. La naturalización de la función materna como fenómeno biológico es algo muy arraigado, que impacta en los modos de gestión de múltiples servicios.

### **Reproducción asistida**

Por ejemplo, en las clínicas de reproducción asistida no se pueden elegir los rasgos del donante. Tiene que haber concordancia fenotípica entre los receptores y los donantes. ¿Qué significa esto exactamente? Se obliga o se aconseja esta concordancia para que la donación no se descubra, si no lo quieren los padres. ¿No se traslada esta cosmovisión a medidas de adopción y acogida? Simplemente, constato la tensión entre estas otras formas de maternidad y el imaginario social fuertemente biologicista en el que vivimos, que como mínimo exigirá saber lidiar con algunas presiones y lógicas del sistema. Este ambiente, en el caso de las acogidas, añade un plus de complejidad a lo que ya es en sí mismo complejo.

### **2.3. A modo de cierre: la disociación como fundamento**

Para concluir, quisiera señalar lo que considero que es la causa de muchos despropósitos, tanto en este caso como en muchos otros. Se trata de la **disociación** como fundamento de todo el sistema de protección a la infancia, es decir, el criterio simple de apartar al niño de un medio presuntamente dañino para colocarlo en otro, a la espera de que el primero mejore, sin desplegar alternativas que impidan la lógica de la separación.

Este movimiento de quita y pon se fundamenta en el hecho de que nunca se mantendrán los vínculos entre contextos. En nuestro caso, lo vimos, por ejemplo, en la actitud de negativa que el centro residencial mantuvo frente a las demandas de la niña para mantener el vínculo con los educadores y sus compañeros, mientras se iniciaba el acogimiento con nosotras. Lo hemos podido ver después en todo el proceso de retorno que se ha expuesto a lo largo del relato. Nadie se planteó que podía ser importante para N. que pudiera seguir viéndonos y mantener el vínculo con nosotras.

El fundamento disociativo vertebró toda la lógica de la intervención profesional.

Lo observamos, en primer lugar, en la **negación sistemática del mundo emocional y subjetivo de todas las partes implicadas**; un hecho que, respecto a nosotras, implicó una deshumanización de la relación profesional. La cuestión que hay que plantear aquí es por qué tanto el sistema como algunas posiciones profesionales refuerzan esta deshumanización, sin calibrar los daños emocionales y biográficos de su intervención. En segundo lugar, **la disociación toma cuerpo en las tensiones producidas entre la lógica burocrática y la lógica de la vida**. Para que la primera pueda persistir, debe negar la segunda. En tercer lugar, observamos también esta **disociación en el mismo encargo que deben asumir las familias de acogida**; a saber, desempeñar una maternidad con fecha de caducidad. Sin duda, los profesionales nos recuerdan que no hay que confundir las funciones parentales con la maternidad o la paternidad, pero este tipo de afirmaciones se aguantan muy bien sobre el papel. La realidad pone encima de la mesa otras cosas. Finalmente, debemos señalar el **encargo insostenible de los mismos equipos de protección a la infancia**: por un lado, deben fiscalizar y, por el otro, deben acompañar. Se trata de dos caras que no pertenecen a una misma moneda. Ante la imposibilidad de brindarse a ese juego esquizofrénico, muchos profesionales acaban asumiendo la función menos costosa.

La manera de dar a conocer a la niña la nueva medida de retorno, o la negativa del EAIA a escuchar sus demandas, dan cuenta y ejemplifican la materialidad de esas disociaciones, es decir, de qué están hechas. No escuchar las demandas de la niña y, además, subvertirlas en forma de «buenas noticias», nos dice algo sobre las dificultades de los profesionales. Se comprende bien, entonces, la propia respuesta disociativa de la niña frente a la posibilidad de vernos, tal y como le sucedía antes con sus padres. Con una historia personal que acumula ya tres fracturas, no se le puede pedir a una niña que sostenga por sí misma un juego de lealtades entre las dos familias fabricado por el propio sistema.

¿Son los profesionales conscientes de todo ello? No solo creo que no lo son, sino que este tipo de respuestas disociativas les sirven para poder escapar de la angustia que suponen los «casos», y por ello las reproducen. Ser capaces de acompañar en estos procesos de un modo más humano tiene un coste para ellos, pero no hacerlo, daña a las familias y a los niños. Lo mínimo que puede pedirse es que hagan una reflexión al respecto y asuman la iatrogenia de los criterios que siguen para mantener un sistema fundado en la disociación.

Quisiera acabar haciendo una pregunta que concierne a otros perfiles de familias de acogida. Si bien yo he podido escribir este relato, no sin ayuda, por el sufrimiento que ha implicado todo el proceso, es preocupante pensar qué pueden hacer otras familias dañadas por el sistema que, quizá, no tienen ni la formación ni las herramientas para elaborar esta experiencia. ¿Son acompañadas en la elaboración de estos procesos, que implican frustraciones y duelos muy dolorosos? Como ya he dicho en otro momento, no lo son, porque el encargo de los servicios de acogida termina en el momento en el que se hace efectivo el retorno o un cambio de medida. Llegados a este punto, mi intención ha sido ofrecer al mundo profesional y a los estudiantes la posibilidad de reflexionar sobre sus prácticas y el impacto de algunas lógicas en la vida de los sujetos. El sistema de protección a la infancia no está preparado para contener y acompañar los efectos que producen sus propias medidas. Quizá porque en ocasiones es humanamente inaceptable y, en otras, requiere un trabajo tan complejo que supera la propia capacidad del sistema para ofrecer respuestas más adecuadas. Sin embargo, habría que esperar una posición ética más razonable y coherente. Los criterios técnicos deben acompañarse de preguntas éticas que pongan en juego el plano teórico con el plano de la vida. Deben hacerlo porque, si una determinada intervención «técnica» produce más daño del que repara, o bien no es una buena herramienta, o bien se basa en supuestos erróneos y omite cuestiones relevantes en las vidas que dice tratar.

#### **2.4. Carta de despedida a N.**

Esto no ocurrió; nunca le escribí, lo hago solo ahora. Yo pensaba que la volvería a ver, pero no ha sido así y, además, ella ha manifestado –al parecer– que no quiere vernos. Así que escribo aquí lo que le diría, y que probablemente nunca leerá:

Querida N., los últimos días que estuviste en casa pasamos muchas horas juntas y nos dijimos muchas cosas (que te quería un montón, que te echaría mucho de menos, que esperaba que vinieras de visita, que dejaras cosas en casa por si venías, etc.). Otras muchas no te las pude decir dada tu corta edad, y porque en realidad pensaba que tendría la oportunidad de hacerlo más adelante. No ha sido así y, de hecho, me ha dolido mucho. Entiendo tus razones para no querer vernos, pero eso no quita que duela lo indecible. Fue un placer cuidarte todo este tiempo y fue también una escuela de vida para mí. Me enseñaste muchas cosas, y te di otras que pensaba que serían importantes para ti. Sigo sintiendo que tenía muchas más para darte, pero la vida nos ha separado. Solo espero que seas feliz y que quizá, solo quizá, te acuerdes de nosotras y nos reserves un hueco en tu corazón. Nosotras así lo haremos. Como me decía una amiga recientemente: el amor también tiene consecuencias y cuenta mucho en el vaivén de la vida. Seguiremos estando aquí por si algún día nos quieres ver.

Solo el futuro nos dará alguna respuesta. Ahora, únicamente podemos esperar y seguir estando más o menos cerca, por si algún día decide llamarnos.

### 3. Las invenciones de Víctor

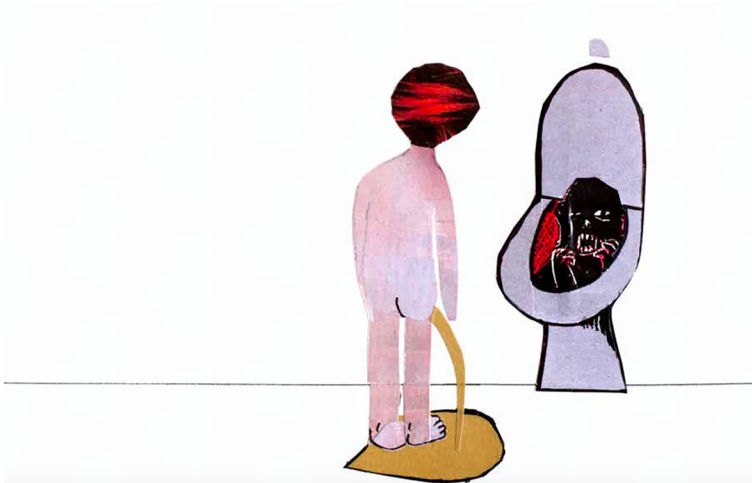
El CRAE Vilapicina es un centro de menores que acoge a niños y niñas de los 5 hasta los 18 años (suelen quedarse algunos años más, según la capacidad de ingreso que haya en las fundaciones y pisos tutelados de adultos). En este centro, todos los niños tienen dificultades psíquicas, es decir, la mayoría de los niños están diagnosticados con trastornos del desarrollo, significante muy usado que viene a ser un cajón de sastre para psiquiatras y psicólogos. Lo que finalmente se encuentra son niños diagnosticados con psicosis, algunos con más y otros con menos riqueza simbólica.

**Autora**

Irene Matencio Ruiz-Peinado

En el CRAE, sin embargo, no les importa demasiado lo que dicen los informes y dejan a los niños tiempo para que hagan del centro su hogar, y ver con qué sintomatología se presentan. Este es uno de los aspectos pedagógicos más interesantes del centro. Los niños disponen de tiempo más allá de lo socialmente aceptado o del tiempo curricular que tienen las escuelas. De esta manera, cuando los niños llegan, se les deja hacer y se va observando para que sean ellos quienes les indiquen el cómo y el cuándo. Los niños saben más de sí mismos que los profesionales. Ellos les orientan por dónde ir y hasta dónde les pueden pedir. Si un niño tarda más con el control de esfínter, por ejemplo, se analiza la causa de esto, y se le deja tiempo. Víctor, a veces, va al baño y orina fuera de la taza; luego sabemos que tiene miedo de ese agujero, que se muestra un poco siniestro para él. ¿Se le va a reñir? No, prefieren acompañarle al baño.

Figura 1. Serie de ilustraciones sobre el autismo



Fuente: Irene Matencio Ruiz-Peinado

Si la definición de CRAE es la de **centro residencial de acción educativa**, veremos que en el caso de Víctor, esta acción se da solo cuando el niño accede a tomar algo de eso que se le ofrece. El sujeto de la educación decide cuándo hace de ese aprendizaje una producción de saber, y el trabajo del educador consiste en ofrecer sin esperar demasiado a cambio (Núñez, 2003).

Víctor nos enseña otra manera de entender la educación social, y no solo para niños y niñas autistas, sino en general para los sujetos de la educación. Muestro, a continuación, ejemplos de cómo actúan los educadores con las particularidades y las dificultades con las que se presenta el niño, las invenciones de unos y otros para que Víctor pueda circular en lo social.

El niño llega al CRAE a la edad de 8 años, de esto hace ya cuatro, por lo tanto, ahora tiene 12. Viene, curiosamente, con dos diagnósticos, el citado anteriormente, trastorno del desarrollo, y también psicosis simbiótica con rasgos del espectro autista.

El vínculo de Víctor con su madre es muy intenso. El niño habla como si fuera la madre, con las mismas palabras y entonación: «si Víctor se porta mal, la mamá no le comprará un globito de feria». El día que los separan, están trabajando dos compañeras, Cristina y Nuria. Se convierten en sus figuras más importantes del centro, hasta tal punto que siempre las nombra a la vez. Es como si, para él, las dos fueran la misma persona y ellas no pudieran separarse, de tal modo que existe una Cristina que está sola, una Nuria que también, y luego una Cristina-Nuria. Estas educadoras son, de algún modo, las que le dan un lugar y un sentido a sus actos. Todo ha de pasar por ellas, desde la sonrisa de aprobación hasta el castigo por hacer algo que sabe que no debe. Se aprende sus horarios y, por consiguiente, los del resto del equipo. Víctor sabe quién va a trabajar y en qué turno, a un mes vista. Un cambio inesperado, en ese orden previsto de educadores que entran y salen, lo enloquece, a menos que sean Cristina o Nuria las que aparecen; entonces le entra una alegría también muy loca. Es tal la relación que tiene con ellas que, una vez, un compañero del CRAE, jugando a la pelota, le dio un pelotazo y fue a buscar a Cristina para pegarle un manotazo, tal y como le había pasado a él. Víctor tiene el cuerpo pegado al de la educadora. Primero fue la madre, luego Cristina y/o Nuria y lo más interesante es que cuando ellas no están, Víctor busca a otra educadora que le haga de borde.

Víctor es un niño inteligente, pero con una inteligencia muy concreta y particular. Como explica Temple Grandin en *Mi vida con el autismo*, los niños crean costumbres o manías que algunos profesores quieren erradicar, cuando lo que se debería hacer es ampliarlas y redirigirlas. Grandin piensa que hay demasiado interés en los déficits de los niños, y muy poco en sus capacidades. Hace unos años, una profesora de una escuela de niños con diversidad funcional se refería a una niña autista como «no sabe hacer nada, ni siquiera comer», y

luego le ataba con un lazo un juguete a su muñeca, en un intento forzado de querer que sostuviera algo entre sus manos. Lo interesante de esta viñeta sería ver qué es lo que sí hace la niña, y no tanto presentarla con sus incapacidades.

Volviendo al caso de Víctor, decir que él tiene un saber sobre sí mismo y de los educadores depende de que lo sepan entender y qué hacer con eso. En el CRAE no trabajan con estándares educativos, ejercicios de repetición o premios y castigos. Los educadores prefieren orientar el trabajo a partir de los deseos del niño.

Este punto me parece de mucha importancia, ya que muchas veces, en los CRAES, escuelas y otros recursos, se piensa en los niños como si fueran caprichosos, cuando la realidad que se juega es muy diferente. Si Víctor necesita tener una imagen veinte veces impresa no es una manía, es su manera de construirse un borde que le sostenga. Luego hay dos opciones: o trabajar con esa imagen y aportarle nuevas opciones, o simplemente no imprimirle las veinte imágenes y dejarle que entre en una crisis. Habrá niños más o menos flexibles a la demanda del otro, pero lo único cierto es que adoctrinar y castigar no genera mejores sujetos. Pienso en otro ejemplo del centro. Albert, un chaval que tiene la necesidad de vestir su cuerpo con muchos adornos, camisas, gafas, gorras y un largo etcétera. En el CRAE, pueden suministrarle la opción de vestirse como él quiere, u obligarle a ponerse lo que ellos deciden. La educadora le valora positivamente el cuidado que pone en querer tener una buena imagen para sí mismo, ir limpio, lavarse bien los dientes o vestirse con esmero, aunque las combinaciones no sean siempre las mejores o aunque deba tener siempre un par de gafas de sol disponibles. ¿Es capricho para Albert que siempre tenga a mano unas gafas de sol? No, es lo necesario para que él pueda circular en lo social.

De este modo, me pregunto: ¿puede ser Víctor un sujeto de la educación que consienta algo del Otro? Víctor ya consintió algo del Otro. La madre explica que tardó tiempo en caminar, pero pasados los tres años, aprendió. También tardó en hablar, pero ahora utiliza el lenguaje. Se puede comunicar, pero es muy posible que si le preguntas, no responda. Él cuenta lo que quiere y cuando le interesa. Siempre en tercera persona, y en un tono demandante. Su mente siempre está activa, y se sabe porque, aunque esté entretenido en algún juego, suelta preguntas al aire del tipo: «¿de qué color tiene el pelo la mamá?», a lo que él mismo se responde: «lo tiene de color ciruela», u otras más metafísicas sobre los años que vivirá, y a la respuesta de la educadora, que le dice que muchos, él prefiere decir: «muchos-más-mil», así, todo seguido.

Es un niño capaz de vestirse solo, e incluso elegir qué ropa ponerse, por comodidad, y no por aspecto. En el centro no ha adquirido nuevos conocimientos académicos, pero sí que ha aprendido algo mucho más importante, a hacer algo con su angustia, aprender a construirse bordes de ese cuerpo suyo que no tiene.



Cuando Víctor llegó, todo en él era movimiento. Corría y se subía a cualquier lugar, rompió todos y cada uno de los interruptores del centro de tanto apagar y encender la luz. Les dejó sin platos y sin vasos, porque siempre los lanzaba al suelo cuando algo le molestaba. Podía angustiarse con una mirada de un compañero, o con un grito que él no esperase. Ahora, los ataques de angustia han disminuido considerablemente. Víctor solo apaga las luces muy de vez en cuando, y los platos (que son de plástico) no los suele tirar, aunque sí que amenaza con hacerlo.

En el colegio, le enseñaron las letras y los números. Estos últimos han sido su sostén en muchos momentos. Víctor dibuja series infinitas de números, sin ningún espacio y sin ningún fin; puede pasarse una tarde escribiendo del cero al diez mil, con la máxima concentración posible: esto le calma, es su tratamiento. A Víctor, en cambio, no le interesan las matemáticas, ni las cuentas numéricas. Él los dibuja en serie, como quien hace una serigrafía infinita.

Figura 2. Serie de ilustraciones sobre el autismo



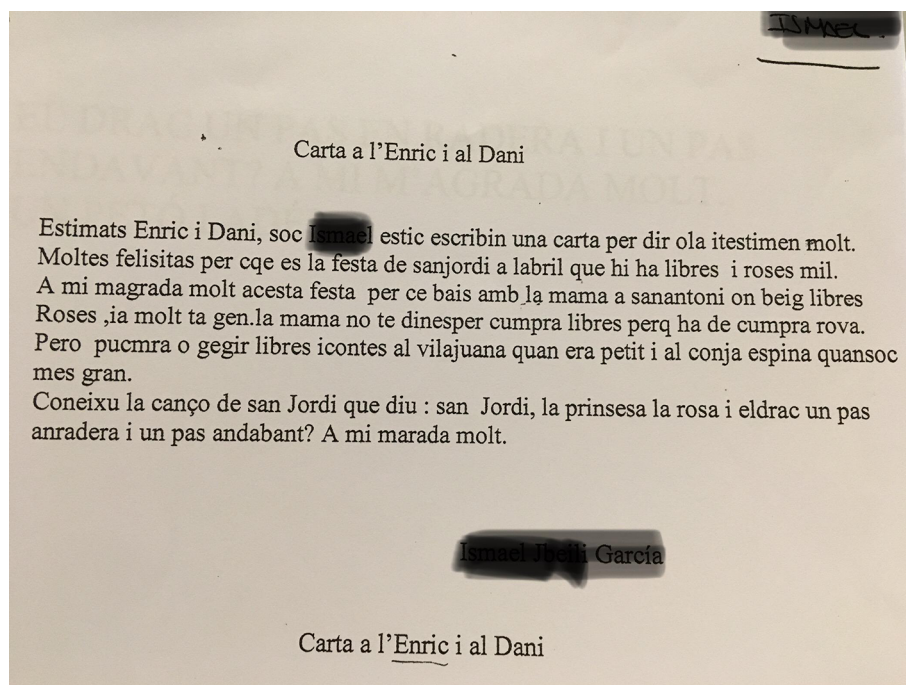
Fuente: Irene Matencio Ruiz-Peinado

Tiempo después, gracias al deseo del profesor, y a un muy buen acompañamiento, consiguieron algo que parecía muy difícil. Víctor aprendió a leer. Fue este año cuando descubrió el poder de las letras. Poder escribir en internet lo que él pronuncia, y después encontrar una imagen, es fabuloso. Víctor está aprendiendo a escribir gracias a la necesidad de encontrar esa imagen anhelada. Con las nuevas tecnologías, ha descubierto un nuevo mundo de posibilidades: las imágenes de Google. Ahora hace nuevas listas de imágenes, frutas, animales de granja o del zoo, animales salvajes, globos de feria, dibujos animados y un largo etcétera de sus gustos y apetencias. Ha sustituido los números por las imágenes; esta es su nueva manera de acceder al mundo, y parece que le permite circular un poco mejor.

Las imágenes que Víctor busca y ordena de manera compulsiva son su manera de constituir el borde de su cuerpo, son otras maneras que ha inventado para defenderse del mundo, vuelven a ser un neoborde. Víctor ha encontrado un uso particular de estas imágenes, y es ahí donde los profesionales tenemos que estar atentos para leer sus señales y sus orientaciones, para utilizar los objetos que él nos brinda y ayudarle en su día a día. Sin embargo, nuestro trabajo también consiste en ofrecer nuevos objetos. Para Víctor, ha sido la escritura, el uso de un ordenador y de internet.

Nos podemos preguntar si este conocimiento le va a dar otro lugar en lo social. ¿Quién sabe? Aun así, él podrá inventarse nuevas formas que le ayuden a sostenerse y soportar la complejidad del mundo en el que vivimos.

Figura 3. Carta que escribió Víctor a los directores de su escuela para Sant Jordi. Ganó el segundo premio.



Otro de los retos con los que se encontraron los educadores del centro fueron los desplazamientos de Víctor. No siempre es fácil para Víctor salir del CRAE, lugar que conoce y en el que se siente tranquilo. Una simple salida, como es ir a buscar el bus escolar, que está a tres minutos caminando, puede producirle mucha angustia, y lo expresa con mucha agitación, tirándose al suelo o huyendo a algún lugar donde él se sienta bien. Víctor ha llegado a irse corriendo hasta el CSMIJ, casal de verano o algún sitio donde él ha sentido que le han podido ayudar con su angustia en algún momento de su vida.

Gracias a las orientaciones de la terapeuta del CSMIJ y de la tutora del CRAE, tuvieron la fantástica idea de transportar esas imágenes en serie a una memoria USB. Víctor lleva su USB lleno de imágenes digitales pegadas en un formato

Word, y tiene cientos de documentos, ordenados en carpetas por días o por temáticas. Esa memoria USB le sirve de apoyo para cruzar el umbral de la puerta y poder ir al bus escolar, y lo mismo de vuelta.

Nos podemos preguntar si este conocimiento de la letra escrita y del uso de internet se puede considerar un acto educativo, quién sabe. Lo destacable de esta viñeta es cómo, gracias a ese conocimiento nuevo, él puede inventarse nuevas formas que le ayuden a sostenerse y soportar la complejidad del mundo en el que vivimos.

Es muy interesante, además, ver cómo entre todos, la tutora del CRAE, el tutor de la escuela y la psicóloga del CSMIJ, pensaron esta estrategia. Todo el dispositivo, que ciertamente trabaja en red, está por y para Víctor.

Es el trabajo del uno por uno, en el que la generalización queda totalmente anulada frente a la particularización del sujeto.

Otro aspecto importante que hay que destacar de Víctor, y que nos orienta sobre otros casos, es el de la **vinculación**. Víctor funciona con referentes. Hablamos al principio del apartado de cómo las educadoras Cristina y Nuria serían para que él pudiera orientarse en su vida. Sin embargo, es Víctor quien las elige y decide qué lugar ocuparán en su vida. Lo que hemos aprendido del caso es que este lugar puede ser sustituido por otra persona que cumpla la misma función. Tenemos el ejemplo de la escuela. Víctor está muy vinculado a su tutor. El profesor entiende a Víctor, con todas sus particularidades. Es una persona empática que le acoge muy bien. Dado que el profesor este curso se jubila, han podido anticiparse a Víctor, y desde la escuela ya se está trabajando para que el tutor pase el legado a otro profesor. Sabemos que Víctor ha elegido al director de la escuela para que ocupe este lugar. La escuela le permite ir a verle al despacho por las mañanas y por las tardes, y así hacerle la vida más fácil a una persona que tiene tantas dificultades en su día a día.

Para concluir, me gustaría explicar una viñeta que nos muestra la fragilidad de Víctor y la inmensa soledad a la que se enfrenta cada día, al igual que muchos niños y niñas con los que trabajamos. Es imprescindible pensarles como sujetos de pleno derecho que necesitan nuestra ayuda.

Una noche, Víctor se iba a dormir, estaba agitado, pero no más de lo normal. El momento de ir a dormir siempre le inquieta un poco más; será que la noche despierta todos sus más temidos monstruos, y es el momento más parecido a la muerte. Ese día, le llevaba a la cama su tutora y Víctor accedía a subir a su habitación. Cuando estaba metido en la cama, le hizo una de esas preguntas que lanza Víctor, así de golpe y sin pensarlo demasiado: «¿Dónde se van los perros cuando mueren?». La educadora, sin saber mucho qué decir, le respondió que se iban al cielo de los perros. Víctor, que no quedó muy satisfecho con la respuesta, le volvió a preguntar cómo se iba a ese cielo; a lo que la educadora respondió que solo se iba cuando los perritos morían, pero que no había manera de saber cómo se podía llegar. Víctor, descontento con la respuesta, corrigió a la educadora y le dijo que los perritos que se habían muerto subían al cielo por una escalera muy, muy larga.

Figura 4



Fuente: Irene Matencio Ruiz-Peinado

### 3.1. Orientaciones en la intervención educativa con el autismo

Después de la lectura del relato, apuntaremos algunos aspectos importantes para tener en cuenta en el trabajo de personas con autismo.

1) Las personas con autismo tienen las percepciones y sensaciones fragmentadas. No existe un todo que une. Son altamente sensibles, aunque hay alteraciones sensoriales, por ejemplo al dolor, a la temperatura, a los olores, a los sabores, etc.

2) Las personas con autismo tienen dificultad en la vinculación, el Otro les da miedo y por eso ponen distancia. En el caso de Víctor, él decide con quién se vincula y con quién no. Es importante no tomarse esa elección, o no elección, como algo personal. Simplemente, hay que aprovechar que esto se produzca y hacer un relevo a otra educadora, para cuando la primera referente no esté.

3) Se sienten muy amenazados por su propia angustia interna, y crean defensas que hagan de borde entre ellos y el resto del mundo. El borde es su protección. Encontramos muchos ejemplos de ese borde: estereotipias, objetos, frases repetidas, etc. En el caso de Víctor, las frutitas dibujadas al principio o las imágenes de Google en serie son ese borde que él se ha creado. Es un borde frágil, sí, pero a la vez es muy útil, para sostenerse en el mundo, circular en lo social y también para adquirir nuevos conocimientos.

Es importante estar atentos a los síntomas, objetos y comportamientos que ellos nos presentan, acogerlos y darles un lugar. Utilizar lo que ellos nos aportan y empezar a inventar. Suelen tener unos intereses muy restringidos, y por eso hay que utilizarlos para que puedan ampliar sus conocimientos. Construyen el aprendizaje a partir del vínculo y la relación con el otro.

4) Tienen dificultad para poder simbolizar, pasar de un pensamiento concreto a uno abstracto, y su capacidad de representación está totalmente alterada. Toda la información la reciben de manera literal, y por eso se ha de ser muy concreto y lo más preciso que se pueda. No sabrán interpretar frases ambiguas, dobles significados, juegos de palabras o chistes.

5) Las rutinas son muy importantes para organizarles. Poder prever lo que va a suceder les calma la angustia y el miedo. Los cambios les alteran, y por eso es importante ir narrando lo que se hace y lo que va a suceder después. En el caso de Víctor, se le presentan dos escenarios posibles: si uno falla, ha de saber que puede pasar el otro.

6) Cuando se trabaja con personas autistas, es crucial trabajar en equipo, tanto para el niño como para los profesionales. Los autistas suelen ser casos complejos, que precisan reuniones periódicas y mucho apoyo por parte de todos.

### 3.2. Referencias bibliográficas

Cortés, S. y Ruiz, I. (2011). *Unes altres veus* [documento audiovisual].

Grandin, T. (2006). *Mi vida con el autismo*. Alba editorial.

Núñez, V. (2003). El Vínculo educativo. En H. Tizio, *Reinventar el vínculo educativo: aportaciones de la Pedagogía Social y del Psicoanálisis*. Barcelona: Gedisa.

Tendlarz, S. E. (2013). *Niños autistas* [documento en línea]. [www.lecturalacanianana.com.ar/ninos-autistas/](http://www.lecturalacanianana.com.ar/ninos-autistas/).

Williams, D. (2012). *Alguien en algún lugar: diario de una victoria contra el autismo*. Barcelona: NED Ediciones.

## 4. Protección a la infancia ¿o repetición del trauma?

*Para Àngels Vives*

En este texto, y a partir del relato de unos casos reales, intentaremos aproximarnos a algunos aspectos del funcionamiento del **sistema de protección de infancia**. Nos interesa, sobre todo, plantear la cuestión de qué entendemos de las situaciones que atendemos, es decir, con qué instrumentos teóricos nos dotamos para comprender e intervenir sobre las mismas.

El esquema que seguiremos consistirá en explicar la historia de tres niños, diferenciando en cada uno de ellos dos momentos diferentes: la situación inicial y la evolución posterior. Entre ambos momentos, abordaremos la cuestión de los modelos teóricos para, finalmente, reflexionar sobre su posible aplicación al caso en concreto.

Este trabajo surge de la reflexión sobre la práctica de trabajo en un EAIA. La población atendida vivía en un barrio deprimido de Barcelona, en el que la esperanza de vida era siete años menor que la media catalana. La violencia estructural se hacía patente en los altos niveles de sufrimiento físico y emocional, en las altas tasas de enfermedad y de natalidad, en la pobreza, la precariedad de la vivienda y la falta de trabajo o las condiciones abusivas del mismo. Esto generaba frustración y sufrimiento intenso, que impregnaban las relaciones personales y familiares, la crianza de los hijos, etc.

### 4.1. Primer momento: la situación inicial de Josu, Ana y Roberto

#### 4.1.1. Josu

Josu tiene 5 años. Hasta los 3, estuvo a cargo de su madre, una adolescente que vivía de manera intermitente con sus propios padres y hermanos, todos ellos con graves trastornos psicosociales. La madre consumía drogas, se lo llevaba por la noche a los bares, lo dejaba a cargo de personas inadecuadas, etc. El niño presentaba retardo en la deambulación y el habla, así como falta importante de higiene. Los servicios sociales del barrio proponían entrevistas y visitas familiares que eran sistemáticamente rechazadas. Finalmente, tras constatar la gravedad del caso y la negativa de la familia a colaborar, derivan el caso al equipo especializado en protección a la infancia, el EAIA, que inicia una serie de entrevistas con la familia. Esta se mantiene cerrada a cualquier intervención y, tras un episodio en el que el niño queda solo en la calle, los vecinos alertan a la Guardia Urbana. A partir de ahí, Josu entra a vivir en el centro donde está ahora.

#### Autora

Isabel Hernández Gondra

#### Ved también

Tras un apartado de conclusiones generales, el lector encontrará ampliaciones para consultar en los anexos. Asimismo, se adjuntan referencias bibliográficas.

#### Nota sobre terminología

Para hacer más ágil la lectura, utilizaremos los términos *niños* y *adolescentes*, en vez de niños, niñas y adolescentes. No utilizaremos el concepto *menor*, pues creemos que este es un término jurídico que remite a un modelo en el que la adultez es hegemónica.

La familia presentó oposición judicial, salió por la TV, se plantó en la calle con pancartas... La madre aún tardaría en poder sentarse con cierta tranquilidad para hablar con las profesionales del EAIA sobre qué deseaba para su hijo y para ella, y cómo conseguirlo.

#### **4.1.2. Ana**

Tiene ahora 15 años, y hace ya cinco que vive en centros de protección de niños. Su madre, Mercè, es una mujer joven, obesa, de inteligencia límite, que parece presentar los síntomas negativos de un trastorno mental grave: casi siempre está inmóvil, apenas habla, se mantiene inexpresiva, parece no comprender lo que se habla... Uno tiene la impresión de que está en otra órbita, de que las palabras no le llegan. Mercè vivía de la prostitución, y de una de esas relaciones más continuadas, quedó embarazada de Ana. El padre de Ana es un hombre anciano, de un buen nivel económico y signos evidentes de demencia. En él destaca su desprecio por el otro, especialmente si es mujer.

Al parecer, el padre y la madre de Ana habían vivido juntos una primera vez, no queda claro cuánto. Luego él se fue, pero continuaron manteniendo la relación, reflejada, sobre todo, a través del dinero.

En la casa quedan Ana y su madre, así como una serie de personas que conviven en periodos más o menos largos. La situación está totalmente desorganizada y, a lo largo del tiempo, los servicios sociales van intentando atender las necesidades más básicas de salud, comida o higiene. Se organiza la intervención de una trabajadora familiar en el domicilio, para ayudar con la alimentación, los horarios, etc. Ana va a la escuela, pero está tan sucia que los otros la rechazan. En casa, ella pide dinero que luego gasta en chucherías que repartirá en la clase. Comienza a negarse a ir al colegio. Pide continuamente dinero a su madre y, si esta no se lo da, se desborda y rompe cosas. Más adelante, madre e hija se pegarán. Los episodios de violencia van creciendo. Aquí la violencia parecía un reclamo, una expresión de la necesidad y de la desolación por las dos partes.

En estas condiciones, y a la vista de que la situación se está agravando, desde los Servicios Sociales básicos se solicita la intervención del EAIA. En aquellos momentos, los soportes profesionales eran ya totalmente insuficientes. Mercè se iba de casa esporádicamente porque no podía sostener la relación con su hija, y esta quedaba a cargo de adultos inadecuados.

Ana era una niña vivaracha de 9 años, delgada, bajita y vestida de mujer, que se comportaba de manera manipuladora y provocativa.

Tanto madre como hija aceptaron bien la intervención del nuevo equipo, y en un momento dado se planteó la necesidad de separación, para que pudieran reorganizarse. Las dos aceptaron que Ana fuera a vivir a un centro. El centro era vivido como lugar de ayuda. La madre «daba su permiso» para que Ana fuera

allí, y este hecho era algo amoroso. La acompañó, la ayudó a hacer la maleta y, en el camino en el coche, rescató recuerdos de cuando Ana era pequeña. Las dos estaban conmovidas. Había otras posibilidades de relación.

### 4.1.3. Roberto

Roberto ha cumplido 18 años en febrero. Nació en un «palomar» (una pequeña habitación en un terrado) donde vivían su madre y sus abuelos, y donde ya habían vivido sus bisabuelos. Cuando tenía pocos meses de vida, la madre, adolescente, se fue, y el abuelo enfermó y fue hospitalizado. Roberto quedó a cargo de su abuela, una alcohólica grave que no le atendía. Las denuncias de los vecinos hicieron intervenir a la Guardia Urbana, que se llevó al niño al hospital, en grave estado de salud.

Con 8 meses, Roberto entra en su primer centro. Su madre mantiene visitas con él y, en contacto con el EAIA, lo reclama. Parece que ha mejorado su situación: se mantiene abstinente de consumos, tiene una pareja estable, vive en un piso en condiciones, etc. Un año más tarde, Roberto vuelve a vivir con ella y su pareja. Nuevamente, le desatienden de manera severa y ahora, a través del EAIA, vuelve a ingresar en centro.

Esta vez estará ahí dos años, hasta que con 4 años y medio va a vivir con una familia acogedora. Roberto vivirá ahí varios años, sin poderse integrar y planteando continuas dificultades en la relación, que se extienden a los propios miembros de la familia. Se hacen diferentes intervenciones, educativas con el grupo familiar y terapéuticas en un ámbito de pareja, que no mejoran las cosas. Finalmente, cuatro años más tarde, piden que Roberto se vaya y la pareja se separa. Con 9 años, Roberto va a vivir a un centro donde inicialmente se siente bien.

## 4.2. Desde dónde comprender

Desde el punto de vista histórico, la protección a la infancia tiene dos antecedentes: el **asistencialismo tradicional**, que atendía a los niños que vivían en la pobreza, y los **tribunales tutelares de menores**, en sus vertientes de protección (que protegían a los niños de los malos tratos de los adultos) y de reforma (que intervenían con niños que habían llevado a cabo actividades delictivas).

El actual sistema de protección de infancia está destinado a atender las situaciones de malos tratos en el cuidado de los niños.



Este maltrato puede ser comprendido desde diferentes ópticas. Una de ellas, heredera de los anteriores tribunales tutelares de menores, es la que tiende a trabajar con pruebas, con indicadores observables para determinar el hecho, identificar al culpable y proteger a la víctima.

Desde este modelo, se recogen datos que tienen que ver, por un lado, con las **condiciones de vida, la violencia y la enfermedad**; y por otro, con **las señales de golpes, la desnutrición o la suciedad**. Con estos indicadores, se elabora un informe que contiene una propuesta de protección al niño. La Administración se encarga de gestionarla y de efectuar la denuncia judicial al agresor, si es pertinente.

Este modelo de intervención puede ser necesario, ya que a veces peligra la vida del niño. Pero como acción aislada, resulta totalmente insuficiente.

En efecto, cuando trabajamos únicamente desde el **modelo víctima-agresor** y con la separación como única intervención en el conflicto, hay muchas cuestiones que no se comprenden y quedan desatendidas. Entre ellas:

1) A pesar de todo lo que el niño haya podido vivir, violencia, desatención, humillación, etc., la relación padres-hijo continúa, y suele darse el deseo continuado en el niño de volver con sus padres, y el de estos de estar con el hijo. Ocurre con frecuencia que el niño pide volver, o que se escapa para estar con ellos, así como que pida que se ayude a sus padres. No se puede forzar una ruptura radical.

2) Cuando se da la separación, se entra en una situación de provisionalidad. Las alternativas a la familia suelen considerarse soluciones transitorias, ya sea en centros residenciales o en familias acogedoras. De ahí que se diga que un niño está «ingresado» en un centro, y no que vive en el mismo. Los propios profesionales del centro suelen considerar parte de su encargo el hecho de promover la salida del niño lo antes posible.

Lo mismo ocurre con las familias de acogida, que suelen ser utilizadas como alternativas provisionales al centro, como paréntesis en la vía de retorno a la familia de origen, de modo que quedan impregnadas de esa misma transitoriedad e inestabilidad.

3) En este modelo, que enfoca únicamente los indicadores objetivables, ¿cómo se diagnostica el maltrato psíquico?

A partir de la psicopatología, sabemos que hay modos de dañar gravemente a un niño que no dejan huellas claras en el momento, pero que sí pueden ser diagnosticados años después, cuando las consecuencias emocionales son

evidentes. Tal es el caso de los abusos sexuales o del maltrato psíquico: las exigencias masivas y rígidas sobre el hijo, la falta de respuesta a sus demandas afectivas, su utilización para dañar al cónyuge, etc.

4) En esta misma línea, ¿cómo se evalúa el hecho de que los padres han podido modificar actitudes y si pueden ejercer funciones protectoras? Por ejemplo, ¿se considera suficiente para ejercer las funciones parentales demostrar la abstinencia a las drogas? ¿Cuáles son los indicadores que decidiremos observar? ¿Reclamo del hijo, abstinencia a las drogas, vivienda en condiciones, inserción laboral? Establecer esto, algo que de por sí resulta muy difícil en ocasiones, ¿da cuenta de la capacidad para la crianza?

5) ¿Cuáles son los criterios para establecer los contactos entre padres y niños? Es habitual que se den en puntos de encuentro, y la frecuencia de los mismos suele quedar sujeta a aspectos más organizativos que relacionales.

6) En las relaciones padres-hijos, puede ser muy difícil precisar cuándo una particularidad se considera maltrato, sobre todo cuando se da en clases sociales o culturas diferentes. Por ejemplo, el hecho de que un niño de 13 años abandone la escuela para trabajar en la tienda del padre, ¿es maltrato?

7) Los profesionales de protección comprueban que muchas veces hay que trabajar con las sucesivas generaciones de una misma familia. En muchos casos, la separación del niño maltratado de sus padres no impedirá dificultades graves en la crianza de sus propios hijos en el futuro.

Estas y otras cuestiones nos llevan a plantear que el modelo víctima-agresor no permite entender muchos aspectos de las realidades con las que se trabaja. No facilita tampoco intervenciones comprensivas y reparadoras de las relaciones, ya que utiliza una perspectiva dicotómica y centrada en aspectos meramente conductuales. Será necesario, pues, considerar que hay otros aspectos, ya no tan objetivables, del niño, de sus padres, de la relación entre ellos.

En la práctica profesional constatamos que esta relación, aunque sea patológica, no se rompe con la separación, sino que tiende a estar siempre presente y condiciona el crecimiento sano del niño.

A partir de aquí, vamos a desarrollar esta cuestión apoyándonos en el trabajo de tres autores: Freud, Bowlby y Cyrulnik.

En sus investigaciones sobre la mente humana, Freud descubrió que esta se construía desde los primeros tiempos de vida, que el proceso de crecimiento podía verse interrumpido por hechos traumáticos y que las relaciones primeras podían dejar huellas continuadas y condicionar la vida del futuro adulto.

Hasta entonces, la infancia había sido minusvalorada, se consideraba que los niños comprendían poco y que no hacía falta preocuparse por ellos en un ámbito psíquico. La crianza se pensaba como un trato que iba de fuera hacia dentro: se alimentaba al niño, se le limpiaba y vestía, se le inculcaban conocimientos, pero poco se conocía de lo que ocurría en su interior. En una sociedad donde el modelo hegemónico era la adultez, solo a los adultos se les reconocían sentimientos, pensamientos o recuerdos. A un niño se le podía tomar y dejar, separar, criar con nodrizas o enviar a internados sin demasiados cuestionamientos. Se podía hablar delante de él como si fuera sordo. O cuando ocurría algún acontecimiento vital, bastaba con bajar la voz o hacer alguna señal, y el hecho quedaba suprimido de la vida del niño: «Me voy sin que me vea, así no se entera y no llora». Y esto se aplicaba no solo a las situaciones difíciles de la vida, relacionadas con la muerte, el cambio, la separación, la pérdida, en suma, sino también a los hechos traumáticos relacionados con abusos, maltratos o abandonos. Si el adulto negaba una realidad, suponía que, para el niño, esta no existía.

Y Freud mostró también que estas realidades no quedaban suprimidas, sino que pasaban a otro espacio mental, el inconsciente, donde estaban activas y condicionando el desarrollo y el comportamiento del futuro adulto. A partir de ahí, investigó cómo el psiquismo del niño se construía en los primeros años de vida en la relación con los padres o sustitutos.

Tras la Segunda Guerra Mundial, y dado que muchos niños habían quedado traumatizados, huérfanos o separados de sus familias, la ONU decidió llevar a cabo un estudio de sus necesidades. La OMS se ofreció a contribuir con un estudio del aspecto relativo a la salud mental, y encargó la tarea a John Bowlby, un médico y psicoanalista que continuaba las investigaciones de Freud acerca de las relaciones humanas y su importancia en el desarrollo de los niños. Elaboró la **teoría del vínculo** que, basada en la necesidad humana universal de formar vínculos afectivos, estudia las primeras relaciones que se entablan entre el niño y sus padres y explica cómo estas son la base del desarrollo sano.

Así, en su trabajo publicado por la OMS, *Cuidados maternos y salud mental*, afirma que «el requisito esencial para la salud mental es que el bebé y el niño de corta edad experimenten una relación **cálida, íntima y continua** con la madre (o su sustituta permanente) que proporcione a los dos satisfacción y goce». Y prosigue: «Gracias a este vínculo, **los sentimientos de ansiedad y culpabilidad, cuyo desarrollo exagerado caracteriza a la psicopatología**, serán canalizados y ordenados» (Bowlby, 1951, p. 13).

Desde entonces, distintos autores científicamente reconocidos han ido mostrando cómo las primeras relaciones del bebé con su entorno son fundamentales para el desarrollo sano de la personalidad.

Muchos psicólogos del desarrollo creen que los niños nacen preprogramados para vincularse a sus padres o personas significativas, y que los adultos están biológicamente predispuestos para cuidar de los «cachorros» de la especie humana. Las conductas del niño (buscar la cercanía, sonreír, agarrarse, etc.) son correspondidas por conductas del adulto (tocar, sostener, calmar), y estas respuestas refuerzan la búsqueda del niño hacia este adulto en particular. La vinculación está formada por sentimientos, recuerdos, deseos y expectativas, y actúa como una especie de filtro para la recepción e interpretación de la experiencia interpersonal.

La vinculación existe siempre, es diferente del amor, se teje en el día a día, en la cotidianidad. El cuidador puede comprender mejor o peor las necesidades del niño, y responderle de manera más o menos estable y congruente, con lo cual se construirán diferentes tipos de vínculos, seguros, inseguros o desorganizados<sup>4</sup>. Con el paso del tiempo, el niño irá interiorizando las características de esta relación, que quedará incluida en su propia personalidad, en su propia manera de estar en el mundo. Es lo que se denomina *modelos operativos internos* o «representaciones internas» del yo, de las otras personas y de la relación.

<sup>(4)</sup>Véase el apartado «A modo de anexos: para conocer más».

Por eso, pensaremos las primeras relaciones con los padres o cuidadores como moldes o patrones para las siguientes relaciones, y diremos que son estructurantes de la personalidad que se está formando.

Actualmente, la neurociencia, apoyándose en estudios de neuroimagen, explica cómo las experiencias vividas en los tres primeros años de vida quedan inscritas en un ámbito neuronal y condicionan las experiencias posteriores. Otros autores han proseguido en esta línea, insistiendo en la necesidad primaria del niño de tener una figura de vinculación segura y mostrando cómo unas relaciones primeras perturbadas son el precursor clave para la enfermedad mental.

En resumen, serán estos primeros vínculos con nuestro padre, madre o cuidador los que sentarán las bases para el desarrollo de nuestra personalidad. Y por ello, pensaremos en la familia con unas funciones psicosociales muy concretas: no solo alimentación, higiene y cuidado, sino apoyo emocional, seguridad y contención, ofrecer modelos de identificación, organizar la conciencia moral. Según esto, la familia podrá promover el crecimiento sano o, por el contrario, ser causa de enfermedad y psicopatología. Son los casos que hemos visto que la ley protege: abandono, abuso sexual, maltrato físico, explotación, violencia machista, inducción a la prostitución, etc.

Sin embargo, ¿qué ocurre cuando la familia impide el crecimiento? ¿Determina la vida una infancia con traumas e infelicidad?

Boris Cyrulnik es un psiquiatra y psicoanalista que, a partir de Freud y Bowlby, desarrolla el concepto de **resiliencia**. La define como «la continuación de un nuevo desarrollo después de un trauma». Implica elasticidad, y de hecho, es un concepto que proviene de la física y que significa el retorno de un cuerpo a su forma original, una vez que cesa la fuerza que lo deformaba. Este concepto está en contra de la fatalidad, de la idea de que quienes han sido maltratados se convertirán en maltratadores o de que las personas no pueden cambiar. De hecho, el propio Cyrulnik relata sus vivencias traumáticas en su infancia: fue separado de sus padres a la edad de 6 años, estos murieron en Auschwitz y él consiguió salvar su vida en una situación extrema. Sin embargo, a partir de estas vivencias desarrolla sus trabajos:

La desgracia nunca es algo puro, tampoco la felicidad. Pero apenas la convertimos en relato, damos un sentido al sufrimiento y comprendemos, mucho tiempo después, cómo pudimos transformar una desgracia en maravilla, ya que todo hombre herido se ve forzado a la metamorfosis: aprendí a transformar la desgracia en una prueba. Si una te baja la cabeza, la otra te la levanta» (Cyrulnik, 2001, p. 10).

El concepto de resiliencia ha sido a veces mal entendido, y ha servido para negar o minimizar las consecuencias de maltratos graves, acogiéndose a la presunta «adaptabilidad» del sujeto. Se trata de un ejemplo más de la negación del mundo interno del niño, de la violencia simbólica ejercida por los adultos que invisibilizan al niño y sus padecimientos.

El concepto de resiliencia, tal y como hemos indicado anteriormente, habla de las posibilidades de continuar creciendo a pesar de que se haya vivido una infancia traumática. Sin embargo, no se refiere a que el sujeto, por sí mismo, y de manera más o menos mágica, se recupere. No. Se necesita hacer un trabajo, conocer, dar un lugar en la mente, generar condiciones, etc.

Para que la resiliencia pueda desarrollarse, se necesitan, al menos, dos factores fundamentales: una primera experiencia de relación suficientemente segura en la infancia y un entorno actual estable, atento y reasegurador.

Un entorno que pueda estar atento, tolerar la escucha de la vivencia traumática y permitir su expresión. Hay que poder comprender el pasado para no quedar apresado en la herida. Para esto, es necesaria la palabra, explicárselo a otro. Sin embargo, suele ocurrir que la explicación de la vivencia traumática en toda su dureza provoca el rechazo del otro. Entonces, la persona calla y se aísla. Esto impide el desarrollo de los procesos de resiliencia, de crecimiento. Es aquí donde Cyrulnik introduce la figura del «**tutor de resiliencia**», alguien estable, que proporcione seguridad, y con quien establecer una relación significativa que permita desencallar los procesos de desarrollo y que facilite el crecimiento. Puede ser tutor de resiliencia un psicoterapeuta, un profesor, un educador, un tutor, un artista, un deportista, etc.; siempre alguien que dé seguridad.

Esto se vuelve fundamental en el trabajo de protección a la infancia: conocer y desarrollar los elementos que favorecen la resiliencia, los que van a servir para crecer.

### **4.3. Segundo momento: evolución de la situación**

#### **4.3.1. Josu**

Ahora Josu está viviendo en el centro residencial para niños. Es una torre situada en una población cercana a Barcelona, con capacidad para unos 25 niños de edades comprendidas entre los pocos meses de vida y los 6 años. Van al colegio del pueblo y los servicios de los que disponen son los públicos, de toda la población. Hay niños que salen los fines de semana con su familia, otros tienen visitas puntuales. Algunos se van para ir a vivir con sus padres, o con otra familia en adopción o en acogimiento temporal. Otros, cuando llegan a los 6 años, tienen que cambiar a otro centro para mayores.

Cuando Josu tenía 4 años y llevaba ya uno en el centro, se deprimió. Dejó de jugar y de interesarse por el otro, lloraba con facilidad y comenzó a tener problemas con la comida y el sueño. Claro, esto no debió de ocurrir de la noche a la mañana. Debió de ser un proceso que se fue dando progresivamente. ¿Cuándo había comenzado? En todo caso, lo que podemos destacar aquí es que no lo sabemos. Sin embargo, cuando distintos turnos de educadores se encargan de un grupo de niños pequeños, hay muchas cosas que no van a poder ser vistas y atendidas. Por suerte, el centro donde estaba Josu pudo darse cuenta en un momento dado y reaccionar, consultó, se reorganizó en función del niño y este pudo salir de su depresión. Actualmente, las educadoras describen a Josu como un niño inteligente, vital y con ciertas dificultades para relacionarse con los otros. Su terapeuta explica que los cambios le llevan a retornar a la depresión, a sentirse muy inseguro y a no confiar en los adultos.

Cuando la Administración interviene en una familia, lo hace a través de un equipo (EAIA) que es el referente del niño y que llevará a cabo el diagnóstico familiar y la propuesta. Esta se tramita a otro equipo (EFI-DGAIA), el cual puede aceptarla o no, y hacerla viable. Si el niño entra en el centro, interviene un tercer equipo, el de la dirección y educadores, que son los guardadores. Cuando la familia presenta oposición judicial, interviene un cuarto equipo, de juristas, que son los que tienen que recabar información a los equipos anteriores y responder a la demanda de la familia frente al juez. Todos estos equipos suelen estar sobrecargados, y aquí la comunicación con el EAIA, el responsable del niño, suele quedar bloqueada. Ocasionalmente, puede ocurrir que el juez pida un segundo diagnóstico de la situación familiar a un quinto equipo (SATAF).

Por otro lado, los centros están organizados de manera que un equipo de educadores atiende a un grupo de niños. El equipo de educadores se distribuye por horarios y se establecen turnos y rotaciones. Cada educadora es tutora de un grupo de niños en concreto. Así, se vuelve posible que la tutora de un niño coincida con este solo una o dos tardes por semana, porque el resto del tiempo trabaja de mañanas, cuando está en el colegio, o de noche, cuando duerme. Su lugar lo ocupan entonces otras personas en similares condiciones de rotación. De esta manera, el contacto personal es escaso, y resulta inevitable que muchas cosas pasen desapercibidas. Se vuelve prácticamente imposible que un niño tenga a una persona cuidadora suficientemente estable. Es imposible que una o dos personas puedan atender las necesidades físicas y emocionales de un grupo de niños pequeños. Los cuidados se uniformizan: ahora toca bañera, comida, siesta, paseo, etc. para todos. Justamente lo opuesto a la atención al modo de ser, a lo que necesita en aquel momento aquel niño en concreto.

De nuevo, encontramos esta tendencia a invisibilizar las necesidades del niño. Esto ocurre por varias razones. Una de ellas es la **ignorancia**, el desconocimiento de las mismas. Bien es sabido que podemos observar en la realidad aquellas cosas que previamente conocemos. Por ello, hace falta una teoría, un modelo que explique qué necesitamos para crecer. Otras razones tienen que ver con los mecanismos que utilizamos para enfrentar el dolor del otro. Estos pueden ser de tres tipos:

- La **negación** («desconectar» de esa realidad desagradable, mirar hacia otro lado).
- El **esfuerzo reparador**, que puede llegar a ir más allá de las exigencias razonables.
- La **utilización perversa del otro para los propios fines** (tal es el caso de los abusos sexuales cometidos por los adultos responsables).

Todo esto nos habla de la extrema dificultad de un trabajo que implica ponerse a disposición de niños muy dañados, y que va a requerir distintas herramientas más allá de la buena disposición personal: autoconocimiento y, si es posible, psicoterapia personal previa, trabajo en equipo, supervisión, formación teórica sólida, etc.

Sin embargo, volviendo a Josu, hemos visto que la tarea central, organizar las condiciones para el crecimiento sano del niño, queda escindida en, al menos, cuatro o cinco equipos de profesionales: educadores del centro, EAIA, EFIDGAIA, juristas, etc.

Y aquí cabe preguntarse: en todo esto, ¿dónde queda el niño? ¿Qué se va construyendo en él en un ámbito interno? Porque los niños que viven en centros padecen un enorme sufrimiento, que proviene tanto de traumas de lo que han vivido con sus familias como del hecho de estar en un centro. «Porque voso-

tras no lo sabéis, pero todos los que estamos aquí nos queremos ir», explicaba un niño que vivía en centro. Puede ser útil aquí la imagen que Àngels Vives describe como «zona trans», espacios de espera, previos a que ocurra el cambio, como las antecámaras de los aeropuertos. Son «no lugares», espacios entre el pasado y el futuro, en los que el niño ha perdido a su familia, pero no hay aún nada que la sustituya en importancia, afecto y estabilidad. Y uno puede quedar atrapado en ese vacío emocional, en el que faltan las relaciones con un «otro» que dé significado.

Josu estuvo varias semanas sin saber de sus abuelos ni de su madre, y cuando los volvió a encontrar, fue en el centro de visitas biológicas, y por un periodo de una hora. Eso fue así con frecuencia quincenal, y durante más de un año. Nuevamente, la negación del mundo interno del niño: si no ve a su familia, la olvida; si no se despide de ella, no llora, etc. Por eso, ha sido práctica usual que cuando un niño entra en un centro, las primeras semanas no se facilite el contacto con su familia, bajo la idea de que así se adaptará mejor a la vida del centro. O que las visitas con la familia queden condicionadas a la colaboración de esta con los equipos de protección, y no tanto a las necesidades del niño. Esto es lo que antes hemos llamado *violencia simbólica*, una determinada manera de ver el mundo, que legitima y justifica la dominación de los niños: «los niños no se enteran». Esta lógica se repite una y otra vez en todo el circuito de protección, no solo en los centros.

Josu no pudo tener en el centro una persona referente estable que le proporcionase atención suficientemente individualizada. Sin embargo, ya en 1954, R. Spitz, investigando las consecuencias de las carencias afectivas en los lactantes, había descrito la depresión anaclítica, síndrome del niño hospitalizado, que separado de su madre o cuidadora y sin una relación estable y significativa, le lleva a una desesperanza que puede conducirle incluso a la muerte.

#### **4.3.2. Ana**

En el centro, Ana se sentirá bien, va al cole y aprende. De repente, incluso físicamente, crece. Parece que ha entrado en un círculo más benéfico. Comienza a tener alguna amiga y está muy apegada a su tutora, a la que recurre y con quien parece sentirse segura. Quiere comenzar a hablar con ella de las cosas que pasan en el barrio, de la gente que va a su casa, de su madre. «Son cosas muy malas», le dice. A la tutora le cuesta escuchar estas narraciones, tiende a desviar el tema y le indica que se lo explique al EAIA. Ana no lo hace, pero cuando la vamos viendo, pregunta interesada por su madre, por su padre, nos muestra los cuadernos escolares, nos regala dibujos: «Tenéis que estar contentas con lo que estoy haciendo».

Se está trabajando bien con ella. Tiene una relación cálida, íntima y continuada con su tutora, y eso está promoviendo crecimiento y esperanza.



Aquí las visitas con la madre son desde el principio, de una hora y con frecuencia semanal en el centro. Si bien inicialmente son tranquilas, enseguida se complican: Ana le sigue pidiendo dinero, la madre se lo da, pero para ella nunca es suficiente y de nuevo llega a agredirla verbalmente. Ana pide ir a casa, porque allí estaba su perro, pero no se atiende esta petición. La relación madre-hija se mueve en niveles muy carenciales y concretos, el dinero, y se genera rabia y frustración en las dos. Las visitas se hacen con un profesional, bajo la idea de que pueda ayudar a contener, y luego comienzan a espaciarse.

Pocos años más tarde, el centro cambia de director, los educadores se van yendo y también acaba haciéndolo la tutora de Ana. Comienza el malestar. «¿Se van por mi culpa?», pregunta. Se reinicia el modelo relacional anterior de frustración, rabia y agresión, culpa, castigos, abandono, más culpa, más desesperanza, etc.

Desde el centro, se organiza entonces que la niña empiece a salir los fines de semana con una familia colaboradora.

Con esta familia, Ana seguirá reactualizando las relaciones de agresión, culpa y desesperanza, y la familia decide abandonar, interrumpir la relación. Se incrementan la culpa, la desesperanza y la violencia. Ahora Ana comienza a amenazar físicamente a las personas. En uno de estos momentos, la niña «amenaza con un cuchillo a una educadora y se va mordiendo la boca». Se organiza ingreso psiquiátrico en la UCA<sup>5</sup>. En el diagnóstico figura que no hay estructura psicopatológica, pero Ana sale con prescripción de un estabilizante del estado de ánimo (Depakine). Ana está sufriendo por las nuevas pérdidas, que la llevan a sentirse culpable, a creer que es ella quien estropea las relaciones, que tiene la culpa de que la abandonen. Sin embargo, esto, lejos de ser comprendido, se patologiza: medicación, ingresos hospitalarios, etc. No se tendrá en cuenta la historia de Ana, ni lo que ha ocurrido en el centro, ni lo que subyace a su comportamiento. No se observan sino unas conductas concretas, y con esto se cierran las posibilidades de pensar e interrogarse. De esta manera, la escalada continúa y desde el centro, plantean traslado a otro centro.

<sup>(5)</sup>Siglas de Unidad de Crisis Adolescente.

Ana estuvo un tiempo breve en un nuevo centro, del que se escapó, para pasar a un tercero, especializado en adolescentes con trastornos de conducta. También se escapa del mismo, y pasa largos periodos de tiempo callejeando, descuidándose, buscando dinero y personas a quien apegarse, como hacía su madre. Cuando la encuentran y la llevan al centro, lo hace en muy mal estado, físico y mental. Ahora el centro tiene para ella una función básica de contención física, de protegerla de estar a la intemperie, a merced de cualquier peligro. Sin embargo, después de varias fugas, tampoco ya «se dan prisa» para ir a buscarla.

Se habían organizado unos espacios de cuidado, una relación suficientemente continuada y estable, pero no se han abordado las experiencias, sentimientos y emociones de Ana cuando vivía con su madre, y sabemos que el vínculo

entre ambas estaba muy enfermo. A los pocos años, el centro se desestabiliza y esto les lleva a poner en marcha una serie de medidas reactivas, fruto más de su propia desorganización que de las necesidades y del momento de Ana. Un ejemplo de ello es la propuesta de salidas con familia colaboradora, en un momento en el que Ana se sentía extremadamente confusa.

A partir de las teorías que hemos visto, podríamos establecer alguna hipótesis explicativa acerca de lo que ha ocurrido. Esta tendría que ver con el mundo interno de Ana, sus vivencias previas, sus traumas, etc. Ana deseaba hablar de su pasado, de su barrio, de la prostitución de la madre (¿y la de ella?), pero desde el centro no se había podido dar respuesta a esta necesidad. Ana quedó sin poder contarle a nadie lo que había vivido, sin poder representarse cuestiones centrales que tenían que ver con sus relaciones, carencias, prostitución, el espacio de los afectos y si estos se vehiculizan por el dinero. Eran «cosas muy malas», traumáticas, que no pudieron ser narradas, escuchadas y resignificadas. Al contrario, quizá desde el entorno se confirmó el hecho de que hay cosas tan malas que no deben ser dichas. Cabe preguntarse qué habría pasado si Ana hubiese podido recordar y representarse en una relación estable las situaciones que había vivido, cómo habría podido hacer el proceso del recuerdo en un lugar en el que se sintiese aceptada y bien apoyada. Quizá ahí habría sido posible abordar la relación con la madre más allá de la regulación de las visitas.

Gracias al poder evocador y creativo de las narrativas, el sujeto no se queda anclado en «lo que pasó», en el horror de la herida, en el hecho duro y doloroso de la adversidad que ha hecho daño y que sigue doliendo, sino que transita hacia algo nuevo, haciendo de su sufrimiento un relato, es decir, una elaboración de la propia vida como posibilidad de ser en medio del caos, del hecho adverso, de la situación límite (Granados *et al.* 2016, pp. 13).

De cualquier manera, Ana aprovechó la oportunidad de entablar una buena relación en la que podía sentirse tranquila, contener la violencia e instaurar encadenamientos más benéficos. De hecho, Ana tenía entonces la posibilidad de sentir que había algo bueno en ella que le permitía imaginar que «nosotras estaríamos contentas con esto que hacía». Y entonces podía empezar a aprender, a tener amigas, a crecer, a querer saber qué había ocurrido en su vida, a hablar del barrio y de «las cosas malas» que ella había vivido. Comenzaba a diferenciarse, a querer conocer, las cosas ya no estaban mezcladas dentro de ella, sino que se podían empezar a mirar desde fuera. Aquí se ponen en marcha los procesos de resiliencia. En una relación estable, cuidadosa y continuada en el tiempo, ella podía crecer.

Sin embargo, cuando su tutora se fue de manera brusca, ganó en ella nuevamente la desesperanza y la culpa («¿se va por mí?»), y nuevamente se volvió a confundir algo que despuntaba como distinto. Repitió los modelos de relación anteriores en el centro, con la familia colaboradora, y nuevamente fue abandonada. Y ahora, cuando se escapa, va a buscar a su madre, pelea con ella y vuelve a la calle en las mismas condiciones en las que habían estado su propia madre y su abuela.

Sin embargo,

[...] nuestra historia no es un destino. Nada queda escrito para siempre... La carencia precoz crea una vulnerabilidad momentánea, que las experiencias afectivas y sociales podrán reparar o agravar. En este sentido, la resiliencia constituye un proceso natural en el que lo que somos en un momento dado necesariamente debe entretenerse con los medios ecológicos, afectivos y verbales... Basta con que haya un solo punto de apoyo para que la edificación pueda continuar (Cyrulnik, 2001, pp. 13-15).

Hay que acentuar esto: en una relación personalizada y estable a través de unos años, las cosas para Ana habían cambiado. Hubiera sido necesario proseguir esta relación hasta el final de la adolescencia. Porque había una posibilidad distinta de futuro. Había esperanza.

#### **4.3.3. Roberto**

Con el inicio de la adolescencia, Roberto comenzará con una serie de conductas agresivas. Se evidenciarán dificultades serias de relación, y se llevarán a cabo distintos ingresos en la UCA. A la salida de uno de estos ingresos, ya no volverá a su centro sino que se le trasladará a otro nuevo. De este se escapará y, cuando le encuentren, lo llevarán a otro centro, del que también se escapará... Y luego a un tercero, y a un cuarto, especializado en trastornos graves del comportamiento. Este centro funciona como institución total, con espacios, horarios y tareas rígidas, en el que las conductas están catalogadas y sancionadas, y donde se facilita el control de unos chicos sobre los otros y se impiden las relaciones de amistad. También ha escapado de aquí.

18 años, dos familias, siete centros, multitud de profesionales de sanidad, educación, servicios sociales, y parece que su situación solo haya empeorado. El futuro no pinta bien. No parece poder contenerse y apenas tiene un nivel de estudios primarios. No puede aprender ningún oficio y suele hablar de su padre, que murió en un tiroteo en el robo de un banco. Su proyecto es ir a vivir con su madre y su abuela, las dos, enfermas mentales graves que apenas pueden cuidar de sí mismas.

Desde los pocos meses de vida, Roberto ha estado con profesionales, con equipos de psicólogos, de psiquiatras, asistentes sociales, educadores, etc. Cabe preguntarse qué papel hemos jugado los profesionales en esta enfermedad, con tanta intervención. Porque su historia real ha sido, desde el principio, de maltrato y abandono continuo. Sabemos que el niño que no ha tenido una relación de cuidado estable y amorosa puede sentir que el mundo es un lugar desordenado e imprevisible, en el que si siente malestar, no será atendido. Es una representación de un mundo hostil, en el que las personas son cambiantes y no están disponibles. El DSM-IV lo describe desde el punto de vista psiquiátrico como «trastorno reactivo de la vinculación en la infancia», caracterizado por pobreza en el desarrollo emocional (déficit de respuestas sociales apropiadas a la edad, apatía) y en el desarrollo somático (déficit de desarrollo). La principal característica es que la relación social queda alterada y es inapropiada en la

mayor parte de los contextos. Este trastorno, que se inicia antes de los 5 años de edad, está **causado por una crianza sumamente patológica y una falta de cuidados apropiados.**

Esta definición pone el acento en las consecuencias que el entorno tiene en el crecimiento: si es patológico, puede llevar a la enfermedad o incluso a la muerte. Si es saludable y atento, puede ayudar a restaurar salud.

Esas criaturas no son pizarrones cuyo pasado se puede borrar con un plumero o esponja, sino seres humanos que llevan consigo sus experiencias previas y cuya conducta actual se ve profundamente afectada por los sucesos pretéritos (Bowlby, 1951, p. 139).

Paradójicamente, las intervenciones profesionales con Roberto se centraron sobre todo en los traslados de lugar de vida y en la continua delegación en nuevos profesionales. Sin una relación estable y significativa, Roberto quedó instalado en una zona en la que no puede quedarse, y de la que o le echan o ha de escapar. ¿Cómo se puede construir uno sin relaciones significativas? Àngels Vives (2009) cita la anécdota de Ulises en *La Odisea*, en la que, para enfrentarse con Polifemo, a su pregunta de quién es, responde: «Nadie». Eso permite que los otros cíclopes no le hagan caso cuando les pide ayuda diciendo «Nadie me ataca». Quizá, por eso, Roberto pueda ir estando en distintos centros, en la calle, en otras casas, sin rumbo, siendo nadie, sin proyectar en el otro nada más que su deseo de estar siempre en otro sitio.

De hecho, uno piensa en la dificultad tan extrema para aproximarse a Roberto, en la sensación de estar continuamente a oscuras. Parecía que no había puentes para acercarse, y que las palabras, más que acercar, separaban.

En realidad, muchas veces no tenemos experiencias comunes con las personas a las que atendemos. No sabemos o sabemos muy poco de la pobreza, la suciedad, el hambre, el frío, los gritos, la enfermedad sin nombre, etc. Quizá lo que quede entonces sea estar a disposición del otro durante un cierto periodo de tiempo, acompañarlo e intentar prevenir ciertas situaciones y, cuando la relación se ha interrumpido, esperar a que vuelva y guardar esa parte de su historia para que, más adelante, pueda ser utilizada para comprender mejor.

No obstante, ¿podría haber sido distinto? ¿Qué hubiera pasado si se hubiese facilitado su adopción ya en el primer año de vida? El diagnóstico de su gravísima situación psicosocial ya estaba hecho entonces, ya se sabía que en su familia de origen no había posibilidades de cuidar. Roberto, en el primer año de vida, habría podido ser adoptado y crecer en otra familia, con unas relaciones personalizadas y estables. Se habrían ahorrado muchas rupturas.

#### 4.4. Es necesaria una teoría del crecimiento

El maltrato grave no es más que la cara visible de unas relaciones entre padres e hijos profundamente perturbadas, que han ido organizando la estructura mental de la criatura. La separación física del niño es, en determinadas ocasiones, un primer paso necesario para la protección. Pero la experiencia nos muestra que este paso es absolutamente insuficiente por sí mismo si no se proveen otras intervenciones.

Evidentemente, para Josu, para Ana, para Roberto, no ha sido suficiente con que se les separase de su familia. Sí que era necesario que se les acogiera en un lugar donde pudieran vivir y tener cubiertas las necesidades de alimento, salud, higiene, donde se les evitasen abusos sexuales y agresiones.

Pero era necesario mucho más: escucharles, preocuparse por lo que ocurre dentro de ellos, ofrecer relaciones estables y continuadas, atender en un ámbito psicoterapéutico sus heridas y traumas, ayudarles a que puedan cambiar sus representaciones internas acerca de las relaciones y el mundo.

Los casos que hemos explicado no son situaciones aisladas, sino al contrario, muy comunes en el sistema de protección a la infancia. Paradójicamente, observamos que un sistema que quiere proteger puede generar situaciones de ruptura, abandono, desprotección, etc., que se suman a las que el niño ha vivido ya previamente, confirmando sus sentimientos de ser malos, como Ana, Josu o Roberto, y de temor y desconfianza hacia el mundo. La experiencia en protección a la infancia muestra que, a pesar de años de intervención profesional, muchas veces no solo no se consigue mejorar la salud de los futuros adultos, sino que se actúa iatrogénicamente, fragilizándola aún más.

Hoy sabemos que si no se atienden los traumas que se viven en la infancia, la personalidad queda trastornada y se generan distorsiones y sufrimiento en la persona y en su entorno. Nuestra sociedad tiende a atender estas manifestaciones con fármacos y centros.

No se puede proteger a un niño sin contar con una teoría que explique qué se necesita para crecer, qué cosas sanan, qué cosas enferman, etc. Debemos tener ciertas teorías acerca de ello para entender realidades que pasan desapercibidas o quedan diagnosticadas como patologías individuales.

Hace muchos años que sabemos que el niño tiene un mundo interno, que necesita relaciones personalizadas y continuadas para crecer, que estas relaciones afectarán a su salud futura. Y la atención que se ofrece desde protección a la infancia niega estas realidades. Ya en 1951, en su informe *Cuidados maternos y salud mental*, Bowlby afirmaba:

Las soluciones que se proporcionan día a día, a medida que las exigen las circunstancias que urgen, determinan en el niño un estado de incertidumbre y en la madre adoptiva una situación de desagrado; es necesario que haya desde el principio proyectos de larga previsión, si no se quiere que sufra el pequeño las consecuencias de la falta. Existe el error muy generalizado de creer que la separación del niño de su hogar le llevará a olvidarlo y a empezar de nuevo su vida; error complementado con el de suponer que cuanto peor sea aquel hogar, más fácilmente se producirá el proceso de borrarlo de la memoria. Esa falsa creencia ha determinado la práctica de prohibir que se vean padres e hijos, para que el niño se acostumbre mejor a su nuevo estado. Las mencionadas presunciones llevan implícito el desconocimiento de todo cuanto se sabe acerca de la infancia, y pasan por alto pruebas bien confirmadas que no pueden ignorarse (Bowlby, 1951, p. 138).

De todo esto deriva la necesidad de revisar el modelo que se utiliza para proteger a la infancia, conocer qué permite crecer y qué interrumpe el crecimiento y organizar, a partir de ahí, las intervenciones profesionales. Es imprescindible también conocer otras experiencias y reflexionar sobre los resultados de estas décadas de actuación de nuestro sistema de protección.

Nosotras, pensando en Josu, en Ana, en Roberto, apuntamos algunas propuestas concretas:

- 1) El niño debe poder ser atendido en su mundo interno, tanto en un ámbito psicoterapéutico, en sus vivencias y relaciones previas, como en un ámbito socioeducativo y de organización de entorno. La psicoterapia individual y familiar es una intervención fundamental dentro de la protección a la infancia.
- 2) Las actuaciones protectoras deben ser diseñadas a partir de las necesidades del niño, es decir, con previsiones a largo plazo tendentes a priorizar las relaciones estables y a evitar, en lo posible, separaciones y pérdidas.
- 3) Es necesaria la figura del adulto como referente estable, a modo de tutor de resiliencia, para todo el proceso de crecimiento del niño.

...  
diciendo una vez más  
si tú no me enseñas no aprenderé  
diciendo una vez más existe un último  
atardecer de últimas veces  
últimas veces de mendigar  
últimas veces de amar  
de saber no saber simular  
un último atardecer de últimas veces de decir  
sí no me amas nunca seré amado  
sí no te amo ya no amaré nunca.

Samuel Beckett

## 4.5. A modo de anexos: para conocer más

### 4.5.1. Ficha técnica: que son los EAIA

Los equipos de atención a la infancia y adolescencia en alto riesgo social<sup>6</sup> son servicios sociales especializados, y se dedican a la protección de infancia. Trabajan con niños y adolescentes que viven situaciones de maltrato y negligencia grave en sus familias, y su tarea consiste en organizar un entorno en el que se pueda crecer. Son equipos de secundaria, es decir, atienden siempre a petición de profesionales de otros sectores (sobre todo de servicios sociales básicos, aunque también de sanidad, educación, etc.). Trabajan divididos en sectores geográficos, y tienen una doble dependencia: laboralmente, de las entidades locales (ayuntamientos, consejos comarcales), y en un ámbito técnico, de la Generalitat de Catalunya, en concreto de la Dirección General de Atención a la Infancia<sup>7</sup>.

<sup>(6)</sup>En adelante, EAIA.

<sup>(7)</sup>En adelante, DGAIA.

El trabajo de los EAIA está regulado por ley, actualmente la Ley 14/2010 de 27 de mayo de los derechos y oportunidades en la infancia y la adolescencia (LDOIA), aprobada por el Parlamento de Cataluña. Esta ley unifica todas las anteriores en materia de infancia, y aporta, entre otras cuestiones, el «interés superior del menor», que significa que los derechos de los niños y niñas han de prevalecer sobre los de sus padres, para asegurar su protección. Esto se materializa en dos novedades importantes:

- 1) El derecho del niño a ser escuchado sin la presencia de sus padres o cuidadores.
- 2) La obligatoriedad, por parte de profesionales y ciudadanos, de poner en conocimiento aquellas situaciones en las que haya menores maltratados.

Esta ley diferencia las situaciones de riesgo de las situaciones de desamparo. Las **situaciones de riesgo** son aquellas en las que el niño o adolescente se ve perjudicado por circunstancias familiares que pueden ser abordadas dentro de la misma familia. Aquí intervienen los servicios sociales básicos, en coordinación con otros servicios.

Las **situaciones de desamparo** se refieren a que a los niños o adolescentes les faltan los elementos básicos para su desarrollo y, para protegerlos, hay que separarlos de la familia. Son situaciones descritas por la ley, que incluyen el abandono, el abuso sexual, los malos tratos físicos y psíquicos, la violencia machista o la existencia de circunstancias en la familia que perjudican gravemente el desarrollo del niño.

En estas situaciones, la familia llega al EAIA derivada por otros servicios, y en un contexto de obligatoriedad. Se iniciará, entonces, un proceso de conocimiento mutuo que, en el mejor de los casos, llevará a compartir una cierta visión de qué cosas pasan y de lo que el niño necesita para crecer. El encargo que tiene el EAIA es, en primer lugar, el de hacer el diagnóstico de la situación familiar y la propuesta de protección al niño. Esta puede ser de mantenerlo en la familia con unos compromisos por parte de la misma, o de separarlo cuando se considera que hay desamparo y que, para proteger su integridad, es necesario que el niño salga de ella. Caben aquí dos posibilidades:

1) Se busca familia extensa que pueda hacerse cargo y reúna condiciones para ello. Si esto no es posible, se organiza que vaya a vivir a un centro.

La DGAIA puede o no aceptar esta propuesta y, si lo hace, su tarea consiste en hacerla viable, buscando los recursos y llevando a cabo los trámites legales y administrativos.

2) Hacer el seguimiento de padres y niños, tanto si continúan juntos como separados. Dicho de otra manera, generar las condiciones para que la familia pueda amparar.

#### **4.5.2. Tipos de vínculo**

Una colega de Bowlby, Mary Ainsworth, desarrolló una situación experimental para conocer los diferentes tipos de vínculo. En esta, y a grandes rasgos, separaba a un niño de sus padres por un breve lapso de tiempo y observaba su conducta antes de la separación, durante la misma y en el reencuentro. Los primeros experimentos revelaron tres tipos de vínculos: seguro, inseguro-elusivo, inseguro-ambivalente. Estudios posteriores han añadido un cuarto tipo, el desorganizado. Resumiendo:

- **Vínculos seguros:** los niños muestran aflicción por la separación. Al reunirse, reciben positivamente al padre y vuelven a jugar contentos. Los padres se muestran tranquilos y cercanos a sus hijos, y les reciben con muestras de afecto.
- **Vínculos inseguros y evitativos:** los niños muestran pocos signos de aflicción por la separación. Cuando el padre regresa, lo eluden, le ignoran. No buscan contacto físico. El padre o la madre se muestran indiferentes a las necesidades del niño.
- **Vínculos inseguros y ambivalentes:** los niños están muy afligidos por la separación, y son muy difíciles de tranquilizar cuando se reúnen de nuevo. Al reunirse, se resisten a los intentos de consuelo y siguen gritando y retorciéndose. Son ambivalentes porque, por un lado, exigen la atención



de los padres y, por otro, se resisten a la misma. El cuidado de los padres es incoherente e inestable, pero no insensible ni de rechazo.

- **Vínculos desorganizados:** los niños muestran tanto características del tipo elusivo como del ambivalente. Al reunirse con sus padres, evidencian confusión y desorganización. A veces, estos niños, entre la separación y la reunión, se inmovilizan. En otras ocasiones, pueden actuar mecánicamente, pero sin mostrar emoción. Los padres no son sentidos como fuente de alivio, sino de temor.

#### 4.5.3. Bowlby

En el pasado, y aún hoy con demasiada frecuencia, los organismos de protección han opuesto fuerte resistencia a reconocer los tres principios siguientes:

(a) no se puede forzar una ruptura radical entre el niño y su hogar de procedencia;

(b) ni los hogares sustitutos ni las instituciones pueden ofrecer a los niños la seguridad ni el afecto que necesitan; para estos siempre tienen esos lugares el carácter de algo transitorio;

(c) las soluciones que se proporcionan día a día, a medida que las exigen las circunstancias que urgen, determinan en el niño un estado de incertidumbre y en la madre adoptiva una situación de desagrado; es necesario que haya desde el principio proyectos de larga previsión, si no se quiere que sufra el pequeño las consecuencias de la falta.

Existe el error muy generalizado de creer que la separación del niño de su hogar le llevará a olvidarlo y a empezar de nuevo su vida; error complementado con el de suponer que cuanto peor sea aquel hogar más fácilmente se producirá el proceso de borrarlo de la memoria. Esa falsa creencia ha determinado la práctica de prohibir que se vean padres e hijos, para que el niño se acostumbre mejor a su nuevo estado. Las mencionadas presunciones llevan implícito el desconocimiento de todo cuanto se sabe acerca de la infancia, y pasan por alto pruebas bien confirmadas (Bowlby, 1951, pp. 138-139).

#### 4.5.4. Cyrulnik

Cuando el dolor es demasiado fuerte, nos vemos sometidos a su percepción. Sufrimos. Pero apenas podemos tomar un poco de distancia, apenas podemos convertirlo en representación teatral, la desdicha se hace soportable, o más bien la memoria de la desdicha se metamorfosea en risa o en obra de arte... Nuestra historia no es un destino. Nada queda escrito para siempre... La carencia precoz crea una vulnerabilidad momentánea, que las experiencias afectivas y sociales podrán reparar o agravar. En este sentido la resiliencia constituye un proceso natural en el que lo que somos en un momento dado necesariamente debe entretenerse con los medios ecológicos, afectivos y verbales... Basta con que haya un solo punto de apoyo para que la edificación pueda continuar (Cyrulnik, 2001, pp. 13-15).

### 4.6. Referencias bibliográficas

#### 4.6.1. Bibliografía

Bowlby, J. (1951). *Los cuidados maternos y la salud mental*. OMS. Oficina Sanitaria Panamericana [documento en línea]. <http://hist.library.paho.org/English/SPUB/41545.pdf>.

Cirulnyk, B. (2001). *La Maravilla del dolor. El sentido de la resiliencia*. Barcelona: Ed. Granica.

Granados, L., Alvarado, S. y Carmona, J. (2016). Narrativas y resiliencia. Las historias de vida como mediación metodológica para reconstruir la existencia herida. *Rev. CES Psicol.*, 10(1), pp. 1-20.

Howe, D. (1997). *La teoría del vínculo afectivo para la práctica del trabajo social*. Ed. Paidós Ibérica.

Vives, A. (2008). Identidad y exilio. *Intercanvis*, 20, pp. 41-44.

Vives, A. (2009). La Zona Trans. *Intercanvis*, 23, pp. 69-73.

#### **4.6.2. Bibliografía complementaria**

Cancrini, L. (2007). *El océano borderline*. Ed. Paidós.

Cirulnyk, B. (2016). *Los patitos feos*. Barcelona: Ed. Gedisa.

Galán, R. y Serrano (2009). Lo clínico y lo social, dos lecturas ¿complementarias? *Cuadernos de psiquiatría y psicoterapia del niño y del adolescente*, 47, pp. 93-124.

Hernandez, V. y García, C. (2016). Agarrarse al trauma para evitar el dolor del desamparo. *Temas de psicoanálisis*, p. 12.

Janin, B. (2002). Las marcas de la violencia, los efectos del maltrato en la estructuración subjetiva. *Sepypna*, pp. 33-34.

Tizón, J. (2011, enero). Funciones psicosociales de la familia y cuidados tempranos de la infancia. *Temas de psicoanálisis*.

## 5. La soledad de las marionetas. Delirio pedagógico (epistolar) sobre las tiranías del nombre

Apreciados estudiantes, invisibles:

Quiero que tomen esta carta como un alarido. Un canto a la desesperanza de quien no quiere ser nombrada y no encuentra, a la vez, lenguajes más allá del nombre para poder enseñar. Tomen esto, por tanto, como un llamado en alta voz o alerta didáctica sobre la necesidad de explorar, ensayar, buscar, encontrar «esos lenguajes» (distintos al nombre) en el cometido de dar cuenta de la experiencia de la vida, del sufrimiento o la alegría de las personas, del nosotros o el ellos en un espacio profesional. En las profesiones de lo social, esto implica aprehender la vida en perspectiva espaciotemporal, de manera cambiante, en situación y movimiento, más allá de los atributos que el nombre arroja sobre el **ser** de las personas, que suele ser fotográfico y edifica muros institucionales con la misma condición. Vaya por delante, acaso como primera lección, que estas sustancias paralizantes que se arrojan desde el nombre o desde esa forma de nombrar no solo recaen sobre las personas para transformarlas en «los otros»: desde el mismo lugar, son vertidas para transformarlas en un nosotros, profesional, para así acabar fracturando, definitivamente, el continuo de la experiencia en porciones o ámbitos de la realidad, de intervención, de seres unos y otros. En definitiva, para acabar enajenándonos a nosotros mismos, narcisamente, respecto a la multiplicidad y a la complejidad del espacio-tiempo del que formamos parte, llámese mundo o incluso institución. Desde esa práctica del nombrar y ser nombrado, tanto si es por las academias, la cultura o las propias burocracias profesionalizadoras, se nos genera la ilusión de **ser y solo ser**, agentes abocados al servicio o al cuidado de unas alteridades, **otras**, suyas, de ellos; inconmensurables, esencializadas, precisamente, en virtud de esos nombres que empleamos, de manera acrítica, para significarnos en el ámbito profesional (aunque no solo en este).

Educadores frente a usuarios/colectivos, ¿personas con discapacidad?

¿Saben ustedes cuánta tiranía puede estar contenida en el propio acto de significarnos a través de esos nombres? Y en sentido más general, ¿saben ustedes los atropellos que genera el nombre cuando niega la propia condición del **ser** en la vida, que como decíamos es contexto, que es situación, cambio y movimiento?

Me gustaría contestarles esta pregunta, a través de un conjunto de relatos que no necesariamente he escrito para este texto. Algunos sí, la mayoría, que relatan mi experiencia de vida, en malestar, en burla, en delirio, en lo relativo al ser nombrada de una manera que considero abyecta, injusta y, sobre todo, violenta con mi propia vivencia y riqueza experiencial en este mundo. Al mismo

**Autora**

Brígida Cristina Maestres Useche

tiempo, algunos relatos narran mi experiencia como profesora y como educadora, atravesada, sin embargo, por los efectos de haber sido rociada con la sustancia de la discapacidad y de una supuesta condición de usuaria. En general, todos los relatos intentan captar la complejidad de la que les hablaba, algunos con un intento narrativo de deslocalización del nombre y de apuesta por esos otros lenguajes. En el problema de todos, la alocución de lo real, ese perpetuo juego de posibilitación y constricción entre el nombrar y el ser nombrado y, en este, la problematización del lenguaje de poner nombres como única posibilidad y el intento de explorar nuevas gramáticas. Llegados a este punto, tal vez es menester aclarar que no son los nombres propios el objeto de esta reflexión, sino los nombres diagnósticos que a diario empleamos para fotografiar las vidas de quienes consideramos nuestros objetos de intervención; y, por detrás de estos, claro, la práctica misma de tener que hacerlo con nosotros mismos, como única posibilidad para ejercer roles en este mundo.

¡Ay, con los avatares y los superpoderes!

¿Será que aún no nos hemos dado cuenta, aunque sea reiterativo, de que la identidad profesional es apenas un nombre, un diagnóstico negacionista de la vida que nos dota de aparente normalidad? ¿Acaso no nos damos cuenta de que, en nuestro modo de ser «agentes», al nombrar, acometemos una captura de la realidad para desposeerla? ¿Acaso decir «colectivo de personas con discapacidad» no es condicionar la mirada y restringir el universo de las posibilidades a unas pocas actuaciones?

¡Ay, con el nosotros y el ellos!

¿Y quiénes somos nosotros? Pregunto...

Quizá como respuesta, cuelo aquí un primer relato, «yoico», que a su vez me sirve para presentarme, ya sin nombre propio, en mi primer malestar...

Ellos, qué duda cabe, un nombre, la vocación, una teoría-trozo...

A veces quiero que se mueran las palabras. No soporto su función de distintividad. En un mundo de hipotéticas continuidades, nombrar es también discriminar, aunque sea, a la vez, reconocer. Esta paradoja ya no gusta a los educadores sociales. Esta práctica ya nació de las palabras, aunque no de aquellas reveladas. La educación social nació ya después de Babel, cuando el mal ya estaba hecho en el mundo y a la práctica le tocaba parchearlo. El mundo del significado es así un mundo político, en el que el poder se dirime entre nombradores. De hecho, la práctica de la educación social nace de unos nombradores del mundo. Los actuales gustan de ser nombradores de problemas, y no toleran que les cambies la denominación. Se ve que es ahí donde se les va la vocación... Llegué tarde a esta práctica y a ello contribuyó más bien el empeño de convertirla en disciplina. Me propongo renombrarla o, mejor dicho, formar a nombradores conscientes del efecto de sus palabras. Soy profesora, llevo ya diez años en la formación de educadores sociales en Cataluña y aún no consigo que la práctica rompa con sus servidumbres. No importa si hablamos de educadores católicos, clasistas, marxistas o activistas, todos creen en la universalidad del ser humano y en una ética cónsona que los acompaña. De hecho, esta disciplina nace de una ética universalista que nombra al mundo en consecuencia, aunque se deba a sus contextos particulares. De hecho, se permea hasta tal punto que sirve a sus maneras prejuiciosas de distinguir a los seres humanos en cada una. Digamos que lo universal es su vocación de servir al ser humano, y lo local es el embrollo de su definición. Así llegamos a Cataluña y a sus universos de acción, discapacitados y reificados por

la práctica. Así llegamos a tantas historias personales, a la mía, en este ambiguo rol de nombrar y ser nombrada... De entrada, me peleo con todos mis compañeros educadores por no querer ser nombrada bajo esa palabra. No importa si se le sustituye por diversidad funcional, para mí, se trata de palabras con efectos perversos de difícil reversibilidad. Me acusan de negar al cuerpo, de no permitir la lucha de los derechos civiles. Yo acuso a la práctica de no ser capaz de relativizar los términos que le dan sentido como ejecutora de política social, en un Estado que no acabó de hacer su tránsito de la beneficencia al bienestarismo. En el Estado español y, por consiguiente, en la Administración catalana, se transitó de la beneficencia a un modelo ya mixto de gestión de la sanidad que inmediatamente se tuvo que recortar. El resultado, muchos conceptos encontrados, mucha tutela y, sobre todo, muchos, pero muchos años de sedimentación en el imaginario de la diferencia discapacidad-no discapacidad. La práctica no la entiende como una expresión contextual, los estudiantes tampoco, y quienes más hacen, que sin duda hacen mucho, se dedican a luchar por los derechos de las personas con discapacidad.

¿Ven aquí de dónde proceden las definiciones burocráticas que dotan de sentido a la práctica? ¿No ven aquí el marco político administrativo y los diagnósticos que hacen daño a los denominados, mientras así se les procura inclusión?

Oran así las academias productoras de jergas sin experiencias. Oran las instituciones, los programas, los protocolos, los encargos. Ustedes y nosotros, en el consumo de estos, en una escena «político-cultural» acelerada que no nos da tiempo a pensar. Desde un sillón, aunque sea el de la práctica profesional ajetreada, en uso de esas palabras, nos aprehendemos cual imágenes estáticas, sin poder apreciarnos en nuestro movimiento vital, inconscientes e ignorantes de cuanta decisión nos lleva a este estatismo; ¿qué, sino un tiempo detenido, es un certificado de discapacidad? ¿Y un colectivo? ¿Y es que acaso no habitamos más de una identidad?

A través de estas instantáneas (que así se llamaban antes de las fotografías que se revelaban), todo y todos aparecemos desarticulados como marionetas extenuadas, desprovistos de conexiones, que apenas alcanzamos y/o somos alcanzados por escuetas teorizaciones de una realidad que solo se percibe a trozos. Perdonen la repetición: ¿acaso no es esto la educación social, cuando se le siente una vocación para ayudar a unos «otros»? ¿Acaso no se es educador y colectivo a la vez; acaso de vez en cuando no figuramos como «otros» en la escena de otros «unos»?

Vaya epistemología, apreciados: eso de solo conocer a través de nombres denota falta de rigor con todo lo demás; ¿y si resulta que somos un doble agente, nombradores ya nombrados, vilipendiados en nuestra riqueza vital por una burocracia gnoseológica que nos atraviesa? ¿Qué se hace con las múltiples capas de delirio que a diario caracterizan a nuestras vidas en su incertidumbre loca?

¿Ven? Este es el Gobierno de las personas: nombres (conceptos y categorías) que revisten de legalidad y verdad a los usos culturales del «nosotros» y de los «otros». Da igual dónde te encuentres, son posiciones intercambiables, en espera de la lotería vital. Sobre el porqué de esta estructura basal, tendríamos que echar mano de alguna teoría del Estado o de la comunidad, acaso para obtener una instantánea de la condición de burbuja que tiene toda normalidad. Acaso también para visualizar, y por supuesto escuchar, que las marionetas caen y se

vuelven a erguir, sin que en el mando de las mismas habite ningún ser que las anime. Todo es furia procesal, fruto de la cosmogonía de la dominación que hierve en su interior. Nada más, cultura, lenguaje, poder y más ventriloquia.

Me niego, pues, a seguir enseñando nombres y, acaso por ello, he escogido el género más arcaico que he encontrado para dirigirme a ustedes. Un remedo de carta ilustrada, ya sin poder serlo, sin aura, en un intercambio académico en el cual la escritura no es ya su escena primordial. Pero es una carta, acaso el género más cercano a la experiencia, que pretende narrar los abusos que sobre esta comete el nombre, cuando se usa sin tener consciencia de la condición de captura que todo nombre hace con la realidad. Nada mejor que una mano que abraza el agua para entender esta terrorífica función. Quizá convendría decir ya que no es lo mismo hablar que nombrar, al menos no en esta epístola, que pretende ser pedagógica. Amigos, o escribimos o morimos, y esto implica a las artes como fórmula de elaboración del mundo en formato delirio. Debemos recuperar nuestro pensamiento, debemos elaborarnos en la vida para poder decidirla.

Les cuento:

El otro día una estudiante se enfadó conmigo porque no quería que las personas que ella llamaba «con discapacidad» pudiesen renombrarse de otra forma. Al principio, le dije que podía investigar qué implicaba emplear un vocablo u otro a los efectos del tratamiento de las personas que, dada la burbuja, son acreedoras de alguno de los dos nombres. Ella, al creermelo favorable al suyo, me explicaba que no pensaba que el uso del nombre «diversidad funcional», el otro en cuestión, ayudase a «esas» personas en el cometido de ser «atendidas» por la Administración. Que si todos somos, ninguno somos... Y aquí comienza el juego político de las palabras, le expliqué, que ontológicamente no había definición correcta y que cada palabra llevaba una teoría del ser humano detrás, y detrás, un sesgo cultural, una concepción del nosotros y del ellos, una cosmogonía, una burbuja. Lo cierto es que aún espero su respuesta. A su silencio, pues, dedico estos trozos de experiencia...

Les invito, así, a una danza, que se inaugura ya en la crónica de un delirio apasionante y en el que pueden verse todos los atravesamientos posibles de una persona que elige un modo particular de **ser/ver** en una sociedad que consensúa nada más un modo. Al mismo tiempo, lo que se ve es una vida en movimiento que se pelea con el nombre, que se escabulle y que a veces también sucumbe. Una crónica que ahora seguiremos de otras que, también delirantes, muestran las violencias del nombre, pero también sus puntos de fuga, que es la propia danza en sentido literal, esta como fórmula para la recomposición del ser en el movimiento vital. Después, se siguen otras crónicas que componen distintas capas de experiencias, diferentes posiciones y situaciones que explican varios de los elementos de la vida en movimiento y de la necesidad de huida, hasta topar al final con otros, que ya dibujan más el camino en la exploración de esos lenguajes. El primero es cónsono con el estilo de esta

carta y, en cambio, el último, que procede de otro lugar, es una muestra de aquello que puede llegar a suceder cuando decidimos «exorcizarnos» incluso en nuestros nombres propios y habitar un lenguaje diferente. Solo decirles, finalmente, que en la posdata les aclaro ciertos términos y les recomiendo algunas lecturas. Entre estas, una que les transcribo, pues compone la última de las crónicas, precisamente aquella del exorcismo del nombre propio y de la búsqueda de nuevos lenguajes. Sí está ahí, es porque ese es el espacio de las cartas para las sorpresas y los regalos.

### La vida es movimiento (delirio 1)

Voy en patinete, descendo por la calle Rogent y canto Nino Bravo. Media hora sobre ruedas y la sensación es colosal. ¡Qué subidón!, pienso, esta es la recompensa. Plenitud total, me enfilo por la bajada del parque del Clot. Es la recta final. Ya en la Rambla del Poblenou, mi convencimiento es absoluto: ¡se puede ver sin ver!

Mientras alcanzo este estado, el trayecto es dubitativo. Desde Horta hasta Paseo Maragall 1, el peso institucional me genera disonancias: ¿Tú, en patinete? Tú **no**... Me reboto, me rebelo. No soporto estos juicios de normalidad, de protocolo...

«Persona con una discapacidad visual»; «persona con diversidad funcional visual». ¿«Con», «con», «con»? ¿«Sin», «sin», «sin»?

¿Fantasía WHASP?

Sigo...

Voy por la acera derecha y atravieso a contrapelo el “camino podotáctil”: una, dos, tres veces. El patinete hace un estruendo de rampa de frenado y me susurro en la intimidad: *critical disability studies*. Me río. Un autochiste-mantra que me repito sin cesar. Excelente arma para una lucha que se emprende cada mañana, y no sin temor a que se te devuelva la osadía. Ya sabes, ese boomerang castigador que revierte sobre tus micropolíticas.

¡Ay, Babel! ¡Ay!

La cuestión, claro, sortear la metralla que nos escinde en fragmentos de lo humano. Lo desvencijado. Mente y ojos dañados, por favor, transitar con estos por delante y con certificado...

No, en mi patinete no...

Cuando llega el cuarto o el quinto *vibrato* (sigo atravesando los caminos de ciegos), el patinete genera un efecto electroshock que me sacude por completo. Es una alerta, me digo:

«Eh, que si sigues “jamaqueando” así el cuerpo, se te va a desprender la retina.»

Vaya vocecita, una culpa diagnóstica que también me aparece en el Tibidabo. Mi primera introyección: tú no, cuidado, cuidado...

¡Uf!, me da mucho bajón y por eso reduzco la velocidad; «además, puedes llevarte a alguien por delante». No, no, voy bien.

Mi patinete es un todo sensorial. Desde este, la textura del suelo se me hace clara, el ángulo que me permite su corporalidad me produce gran nitidez y, más que genial, cuando voy en él la gente se aparta en el camino. Somos un *cyborg*... ¿Cómo les digo esto a mis estudiantes, sin que me tomen por flipada o por heroína? ¿No les digo nada, para que no me vean como un objeto de intervención?

¡Qué prisión!

Pedaleo más fuerte: «A mí nadie me quita lo bailao». Discapacitada, tú...

Sigo autogenerándome la risa y pienso con picardía: «Sería tremendamente irónico morir a causa de un deslizamiento en el “camino podotáctil”. A veces, las ruedas se me encajan en las hendiduras y tengo que maniobrar; y claro, mi patinete es vulnerable al agua como cualquier otro en Barcelona, pero en mí sería imperdonable.

«Ves, te lo dije». No lo uses más... ¿Paro? ¿Sucumbo? ¿No será que lo tuyo es un delirio negacionista? «Bájate, guárdalo y agarra el bastón. Así se acabarán las ambigüedades. No, no, no...».

### Intento de captura institucional (delirio 2)

Hasta que visité por primera vez la Organización de Ciegos en el 2011, tenía un repertorio para nombrarme que traje conmigo desde Venezuela. Tuerta, cegata, cuatro ojos, miope, retina desprendida. Mujer luchadora y fuerte. Tenaz. Inteligente. Después de transitar por esta institución, he sido renombrada: discapacitada, baja visión. Y a mi vista, **resto**, resto de visión. Indignante. Aún expelo fuego por la boca y dedico estas líneas a su contravención. No querer ese nombre no es una negación. Alguna vez, en Caracas, ya había tenido un contacto con estas denominaciones, visión subnormal, precisamente del verbo de un optometrista español que quería venderme unos magnificadores electrónicos, y esa era su traducción de *low vision* en el manual que me entregó. Sufrí mucho con este nombre en su momento, y no le compré ninguna máquina. Le dije que su manual tenía errores ortográficos, que justo había visto con su



propia máquina cuando me dejó probarla. Me fui, con arcadas, con ataque de pánico. Pensaba en mis abuelas, tan bonito que me nombraban: «¿Cómo está la niña de mis ojos?». Sigo, así se entenderá mejor la travesura del patinete. Una de las cosas que más me perturban en la actualidad es, precisamente, no haber podido huir de aquella organización. Me dejé llevar por su burocracia, que me reconducía a la resocialización. A la resignificación de mi persona. A la desidentificación... entré miope y salí discapacitada y con un sambenito colgando. Furiosa, llorando. Convencida casi de que mi vida había sido un gran engaño. Que era mentira que yo veía, que en realidad yo no veía. Así me lo recalcan ellos cada vez que voy: tienes **resto**. Total, que lo explico, no sin antes advertir sobre el sentimiento de culpabilidad que me genera este relato. Al final, esta organización ayuda a muchas personas y parte de su injerencia en la ciudad se nota a diario: audios en el transporte público, letras grandes, camino podotáctil. ¿Se entiende aún más mi disonancia ahora?

Bueno, mi primera incursión en esa organización fue a instancias de una optometrista que visité. Frustrada por no poder hacerme un examen de visión en condiciones, me dijo que visitara la organización, que ellos me harían ese examen correctamente. Sabía de qué se trataba, pues me había hecho exámenes similares en Estados Unidos en tres oportunidades distintas. Yo pensé: «¿Why not?». Además, son muy chulos, pensé, te ponen letras enormes, juegos de colores, todo gigante, como a mí me gusta. Un relax y una forma de examinar, comprendiendo. Un cuidar, pues... Pero bueno, hasta llegar a este examen, que tampoco fue tan hermoso, aunque sí muy bueno, tuve que vivir la experiencia misma de la afiliación y la rehabilitación; «¿qué?» –dije–, «¿rehabilitarme de qué?». Horror.

La primera vez que entré en la sede principal de Barcelona, no pude evitar conectar mi percepción con el libro de George Orwell, *1984*. Nada más traspasar el umbral o, mejor dicho, en el propio tránsito del umbral, te da la sensación de aeropuerto, es decir, de cambio radical de escenario y, en este caso, de tiempo histórico. Si hubiese nacido en el Estado español, habría nacido en el franquismo tardío, y bebido de ese modo de vestir de los hombres que me dicen que así vestían los del sindicato. Unos pantalones que llegan hasta la cintura, negros, con cinturón, que se hacen anchos en las caderas y luego van cayendo con cierta estrechez, pero nunca se transforman en *baggies*. El cinturón marca el límite con la camisa blanca de manga corta que cae casi a medio brazo. He visto a algunos revisores de Renfe vestidos así. En fin, nada más en el umbral, que es una puerta corrediza que se abre automáticamente y que tiene franjas de colores llamativos, verde, rojo, amarillo. Tras el «shhhh» de la puerta, así de primera impresión, puedes ver a unos cinco o seis personajes vestidos de esta forma. Unos ciegos, otros no, y esta es una de las distinciones más marcadas en ese lugar. Ya por ahí, ver del modo trans en el que yo lo hago es una **anomalía** y ya lo verán... Entrás, pues, y te encuentras con un gran vestíbulo en cuyo fondo hay tres ascensores. A la derecha, un conjunto de mostradores, los primeros dos de información y un tercero, enorme, que es casi, casi, una

garita de policías. Están uniformados, de hecho, y parecen literalmente policías nacionales o *mossos* y, a lo mejor, lo son. Lo cierto es que son muchos, y me llama la atención su presencia:

«Buenos días, voy a la planta tercera.»

Y me grita: «¿ES USTED AFILIADA?».

No, vengo a eso... Y ya sin escucharme demasiado, me tomó los datos y me dejó pasar. Fuerte ese primer contacto, ahí todo el mundo se grita. Digamos que unos van como murciélagos y otros, como silbatos. Vayas donde vayas, es enorme ese lugar, siempre encontrarás a un vidente que te va diciendo «HOLA, HOLA, HOLA», y sin quererlo o queriéndolo, te va marcando el camino.

También es control social, todo el mundo quiere saber en todo momento quién eres y qué haces ahí. Luego te miran los ojos y te diagnostican al segundo. Esta ve, esta ve más o menos. Esta es afiliada, esta es trabajadora. Pero sigo... La primera diligencia que hay que hacer...

### **Prosigue el delirio de captura**

...es un proceso de cambio de identidad bastante doloroso. Digamos que llegas y te hacen una prueba de visión. Debes ver poco o nada, preferiblemente lo segundo. Cuando ves poco, generas confusión e inmediatamente tu visión es tildada de **resto**. «Resto-de-visión, tranquila, tienes resto, te la darán»; «¿Qué me darán?» «Te darán la afiliación»... Uf, qué duro, yo pensaba que veía hermoso. Hasta ese momento, pensaba que a la gente le gustaba que viera, que me esforzara por ver. Pero no... Posteriormente, fui bienvenida por un personaje nefasto que me dijo que el programa de visión que utilizaba, Zoom Text, era una porquería, que debía pasarme a JAWS, el que emplean los ciegos. Que le contara cuál era mi ilusión, que esa organización me ayudaría a alcanzarla. Lloré mucho... Seguí yendo, pues necesitaba que me hiciesen una receta para unas gafas. No obstante, antes de llegar a la optometrista, debía someterme a un proceso de rehabilitación. ¿Rehabilitarme? ¿De qué? Nunca he visto mejor, no he perdido nada... ¿Y cómo? Debí someterme a un proceso de lectura con lupas y artilugios de visión. Me encantan. No obstante, la técnica rehabilitadora se enfadó conmigo porque le sugerí algunas ayudas para darme. Me gritó que ella era la técnica. Le dije: «Ok». Al final, me ofrecieron unas gafas oscuras que son una especie de tapaderas para poner sobre mis lentes. Me insistió en que estas, y no mis Ray-Ban, eran las que me convenían para protegerme del sol; que las mías eran caras si quería graduarlas, y que las de ellos eran más bonitas. Y... y... no se atrevieron a decirlo. Lo añadido, te disimulan tu visión y te hacen parecer totalmente ciega. Ahora ya sabemos por qué los ciegos usan lentes; para mí era un gran misterio, de verdad.

«Me vomito, me voy...»

...Y así me he ido de muchos sitios, si bien desarticulada con la fuerza para volverme a componer. Una marioneta con espasmos, que se compone y descompone a ritmos de narración, a ritmo de obstáculo. Un cuerpo contingente. Un ángulo de visión inquieto, un acomplejado de turno como el que reseño a continuación.

### **Lo insoportable de la libertad en boca de charlatanes nombradores (¿de quién es el delirio?)**

En los albores de mi desempeño como educadora en un centro penitenciario, tuve que expulsar mis primeros vómitos. Un psiquiatra, al que visitaba por causa de una medicación, resultó ser un lacaniano de caja. De contraportada de cereal. Se creía Hannibal Lecter, y me trató en consecuencia. Una vez le comenté que al día siguiente empezaría a trabajar en la prisión, y me dijo, así tal cual: «usted es una loca, usted no puede trabajar en una prisión. Imagínese que un preso le viene con un puñal y la asesina». Yo le dije, «Y si le pasa a usted, ¿podrá salvarse?». Entonces me dijo: «Usted no ve, yo sí». Y yo le dije: «Se puede ver sin ver». Y él me dijo: «¿Pero qué sandez es esa?». Y yo le dije: «Se puede, en el mundo todo es relativo». A estas alturas, yo estaba a punto de llorar y él, en su sillón de cuero negro, estaba a punto de estallar. De enfurecer. Me dio miedo. Me recordó que yo le había contado que alguna vez había conducido un coche, y me dijo: «Usted nunca debió conducir ese coche cuando era adolescente». En fin, seguimos con el toma y daca hasta que vi que debía irme y no seguir replicándole. Lo último que me dijo, y por lo que entendí que no era solo una terapia lacaniana lo que me estaba aplicando, fue: «¿Es usted así con su marido?». Me largué, muerta de miedo, con la sensación de no poderlo hacer bien al día siguiente. Con un reto por delante que no iba a alcanzar. Sin duda, ese tipo me lanzó al baúl de madera como el empresario del circo a Pinocho en la película de Walt Disney.

### **Reflexión reconstructiva**

Hay un ojo que me acecha y me convierte en marioneta: me nombra, me desposee de mi humanidad, me desarticula en miembros y trozos de cuerpo dañado. Me juzga, me incapacita. Uno podría pensar que este ojo es uno, que es el mismo que después me quiere articular, a su imagen y semejanza: ojos-dañados-con-resto, corazón con ilusión, gafas oscuras para que no haya confusión... Pero no, creo que hay tantos ojos como materialidades en las que se expresan. El más perverso de todos, que de tan evidente no se ve, es el de la hegemonía del modo de ser en nuestros órdenes sociales. Un modo de ser oculo-centrista que enfoca todo a un punto, y obliga a recrear el sentido de la vista y a subordinar el resto de los sentidos. Un modo de ser que vuelve a mi ojo incómodo, inquieto, y a mis sentidos, puestos a trabajar día y noche para interpretar el mundo y para vivirlo con mis mecanismos y para aportarle mis imágenes. Como todo el mundo, pero todo el mundo no se ve en sus mecanismos, porque tienen el mundo enfocado a su distancia. Pero son un modo también, que pertenece a un orden biopolítico que distribuye modos

y les asigna nombres. Nadie se salva, no obstante, la normalidad tiene este punto ciego en el que todos, en el fondo, queremos habitar. Qué decir, entonces, es el ojo del poder que nos transforma en marionetas, en modo chueco de ser, a expensas, siempre, de un titiritero que cree darte vida. De marioneta rehabilitada, como decía, de marioneta que agradece la intervención social de los humanos en su salvación. Mis estudiantes siguen pensando que los ámbitos de intervención son naturales, y que los colectivos vulnerables lo son por naturaleza. Por supuesto, no se sienten colectivo, y yo, que contribuyo en su formación; ¿qué debo decirles al respecto? A veces he sentido que no tengo autoridad moral, sobre todo cuando el ojo del poder me mete un zarpazo, cuando me genera un espasmo.

### ¿Quién nombra a quién? (encuentro con la danza)

Mejor volver al patinete. Sigo, «kick», «kick», estos saberes me dejan rota, pero es en el trayecto donde se produce la recomposición; otro espasmo, ¡pedalea!, ¡pedalea!, la cima está a punto de llegar... Y era cierto, aunque en ese momento yo no iba literalmente en patinete, sino en metáfora y en Renfe. Lo cierto fue que descubrí la danza entre marionetas y la posibilidad de engañar al ojo. De verdad que fue hermoso. Llegué rota y...

Carlos, cómo no, su aspecto es de marioneta con libre albedrío. Flaco, desgarrado, ojeras lilas, venas verdes sobre piel blanca. Un lunar en la cara, pelo negro y una gran bondad. Enfurecida, claro, maliciosa, claro, traicionera, claro... Su vida es un gran prontuario con diagnósticos médicos, encadenamientos institucionales que aquí también marcan una continuidad. Consume metadona, tiene VIH. Una vida prontuario que se encontró con la mía en un centro penitenciario. Yo educadora; o bueno, haciendo de educadora social en el equipo de refuerzo de verano. El centro penitenciario quedaba en Gerona y debía desplazarme ahí cada día y regresar a Barcelona. Una odisea que empecé a desarrollar con ilusión, precisamente al comenzar mi proyecto con Carlos. Él se encargaba de la radio del centro y yo, al entrar y ver exceso de auriculares en la sala, comprendí que cualquier cosa que hiciese debía entrarles por los oídos. Por eso entré a su cabina. Un despachito-pasillo improvisado en un lateral de la biblioteca del centro. Carlos era el DJ oficial, autoadjudicado, función que a veces compartía con Jordi A. Su manera de pronunciar sus funciones fue lo segundo que me llamó la atención: «dijey» no, «diji». Somos diji Jordi y diji Carles... Por cierto, ellos me enseñaron a hablar en catalán, pero esto fue nuestra segunda danza. La mejor: nos propusimos hacer una radionovela y grabar los sonidos «naturales» de la cárcel para emplearlos como efectos especiales. Así, de paso, podíamos resignificarlos. Digamos que estas palabras se corresponden con mi manera de entender el proyecto. Si lo narrase desde su punto de vista, la cuestión hubiese sido: el proyecto con la señorita Brígida me gustaba mucho y así podía grabar, actividad que se encontraba totalmente prohibida en aquel recinto. Pero así la danza fluyó. Los primeros días, me dediqué a construir el guion con otros compañeros, que sentía verdaderamente como compañeros, y no como diferentes. Aunque yo era la educadora y ellos los internos, la opre-

sión de ese lugar me hacía sentirme una igual. Además, seguía desarticulada y juro que me sentía uno de ellos. Sentía que tranquilamente podía ser yo, que estar ahí es cuestión de azar. Que todos podemos acabar en la cárcel.

Y la cárcel es dura, y Carlos, en nuestras danzas, me mangaba los casetes para grabarlos y venderlos, y yo me enfadaba y me sentía traicionada, y él pedía perdón y me ayudaba en las grabaciones. Así acabamos grabando la prisión entera, sirena, rejas, puertas, megafonía, y haciendo el primer capítulo de la radionovela. Transmitiendo «*Leila de la noche*, desde el Centro Penitenciario de...», el cerebro acababa siendo el propio proyecto. A veces era yo quien nos dirigía en danza, yo humano y él marioneta, sin que se supiera quién era quién. A veces era lo contrario, yo a su merced. Al final, le dejé mi reproductor MP3 de regalo. Mi gran ilegalidad en aquel lugar.

### **Engañar al ojo (delirante danza)**

Engañar al ojo. Esto es lo que hace Phillippe Genty en sus obras: danzas entre marionetas y personas, en las que no se sabe quién es quién. Menos aún, cuál mueve a cuál. El teatro visual tiene eso, pienso: una gran continuidad; escenarios en apariencia disímiles que se encadenan unos a otros con normalidad onírica o inconsciente, pero si tú no ves manera material. Con los materiales, con la sonoridad y la luminosidad.

En estos últimos años, sigo pensando, no he hecho nada distinto: danzar con mis propias marionetas; fusionarnos al modo de ser persona en cada escenario vital; susurrar, aturdir, cantar; atenuar; encandilar, cada nuevo escenario. Que todo parezca natural, que se vea que hay continuidad. Que todo parezca normal, aunque sea onírico.

O al revés... distraer la mirada de quien sojuzga, transformar la realidad de quien la sojuzga. Una gran actuación, una cópula exquisita, un resultado sin igual. El trampantojo del ser, en el que no se sabe quién es quién.

Esta es la libertad que se acaba cuando la danza se detiene y los cuerpos se escinden: unos son de paja y otros son de papel. Aquí nace la pregunta de la educación, cómo recomponer esas piezas. No obstante: ¿entre la institución y la diferencia, qué fue primero? No se crea usted, entonces, que la institución es cosa de exterioridad. Si algo puedo decir durante estos veinte años es que la libertad es militancia, y las instituciones son micropartículas que no te dejan dormir. ¿Con cuántas marionetas nos acostamos a diario?

Es irónico, la verdad: engañar al ojo que ve el ojo. Un laberinto

La sexualidad y sus cuartos; que viva el delirio como crónica de lo posible, como experiencia de educación.

Por cierto, entre ustedes hay una marioneta que me gusta mucho.

¿Me ayudan?

Besos,  
Kitina

P. D. 1. Puesto que la lectura ayuda al pensamiento y a la escritura, sugiero la lectura de un ensayo de Walter Benjamin que se llama *Sobre el lenguaje en general y sobre el lenguaje humano*, en el que se comprende el sentido del nombre y del lenguaje que hemos estado conversando.

P. D. 2. Les sugiero leer a Friedrich Nietzsche y, concretamente, un ensayo que se titula *El nacimiento de la tragedia*. Aquí se comprende fantásticamente la idea de la ruptura de la continuidad por efecto del ojo nombrador.

P. D. 3. Busquen en la biblioteca «critical disability studies», les sorprenderá saber que los estudios en esta denominación tienen su crítica.

P. D. 4. Para que vean cómo puede ser esa exploración, les dejo este texto, que exorciza el nombre propio y el atributo para edificar desde otro lugar, en otro lenguaje. Se trata de uno de los textos que componen el proyecto *Anatomía política e imaginaria de Eulàlia Massat*, un personaje que vive en la crónica que la define o en el ensayo que se le adscribe. Este proyecto se inició a partir de la necesidad de generar nuevos lenguajes sobre el ver, sobre la mirada. Es un proyecto con bastante recorrido, que invitamos a explorar en la referencia al pie del texto que adjuntamos. Solo para darle entrada, copio este texto, que formará parte de un libro que se publicará a propósito de esta anatomía.

«Ha nacido Eulàlia Massat, es un brote que puede sobrevenir en la vida de cualquiera. No es psicosis sino delirio hermoso. Lo que es porque puede llegar a serlo. Lo que baila en el borde y ahí también se desvanece. Vive y muere en el filo. Más que identidad; contingencia. Con agencia, que interpreta críticamente lo real. Rebelada REVELADA. Los siguientes ensayos la caracterizan. No la colman...»

**¡1, 2, 3, chocolate, piso!**<sup>8</sup>

*El laberinto rectilíneo de Eulàlia Massat*

Una conciencia cantarina y una matemática orgánica, es el veredicto. Así se selló la investigación que durante años entretuvo a los estudiosos de la obra de Eulàlia Massat. Entre los hallazgos, la no evidencia sobre la existencia de un mapa, que habría de conducirla a ese lugar del cual todavía no ha regresado. Las pocas huellas de esta conjetura, el registro insonoro de una consigna, que bien podría ser una canción:

«¡1, 2, 3, chocolate, piso!»

Las dimensiones de este mapa se presuponen enormes: «¿¡por qué no pensar en grande!?, exclamaron los cartógrafos al no encontrar evidencias en formato convencional. En la base de esta pista, un rumor: se dice que en una época, Eulàlia agotó las existencias de las papelerías en la ciudad, pero que pronto desistió en su intento de representar «el camino». Era lógico, aquello que emergía de «su forma particular de apropiación del mundo» no

<sup>(8)</sup> Canción popular de Venezuela.

#### Lectura recomendada

Este personaje nace en una crónica anterior, cuya lectura sugiero, disponible en: <http://backroomcaracas.com/escritura-expandida/eulalia-massat-vindicante-ni-tuerta-ni-discapacitada-vulnerable/>.

cabía en dos dimensiones. Los más materialistas, sin embargo, insistieron frente a los discursivistas en la necesidad de «dar con la materialidad de este mapa», asumiendo que sería dar con el paradero de Eulàlia Massat. La cuestión sería, como ya es costumbre, inferir de sus puntos una gran línea...

Y no los desasistió la razón; sin embargo:

Fue necesario vencer muchos prejuicios que, entre propios y ajenos, confinaban a Eulàlia Massat al rincón de los excéntricos. Aquel rumor tenía un correspondiente oficial: según consta en las crónicas de Caracas de mediados de siglo, había una mujer a la que apodaban «la loca de la resma», que padecía un delirio extraño, consistente en acumular «papel carta blanco». Más argumentos, y más rumores, dicen que una niña dice que Eulàlia decía que su mapa era tan largo como el ácido desoxirribonucleico. Desde la trastienda de la papelería de la ciudad, aparentemente, la hija de los dependientes escuchó desde su chinchorro: «Dos resmas de papel, por favor»; «¿Sabe usted que si la estiramos, una molécula de ADN puede llegar hasta la luna?». En el otro extremo del mismo lugar, se encontraban aquellos que, sin comprenderla tampoco, veían, en «este mapa que no podemos ver», la obra de uno de esos «cerebros privilegiados», que se avanzaban a su tiempo. Lo cierto es que nadie podía ver, ni el conocimiento ni la ignorancia, aquello que todos teníamos en la punta de nariz:

«A pam de nas!»

«¿Qué maltrata más?», se preguntaba Eulàlia Massat en los recovecos de su obra, «¿el conocimiento o la ignorancia?». «Por favor, no repitan este slogan», «Por favor, no sigan reproduciendo este eslogan propio de la ilustración». Todas estas frases, que de hecho se citan para animar las tesis de su lucidez trastornada—«Por favor, no repitan esta consigna», «Por favor, no vuelvan a cantar esto», «Por favor, no vuelvan a atormentar»—, eran señales que Eulàlia se dejaba en los infinitos recovecos de su habitación, señalándole el camino.

Y la más repetida: «¡1, 2, 3, chocolate, piso!».

Nuestra «episteme de muros», poco ávida de descifrar «mapas de la vastedad», jamás nos hubiese permitido descifrarlos por sí solos—*de muros, muriente*. Fue necesario que un *deus ex machina* acudiese a la escena. Proyectándola en un patio de colegio, con zapatos ortopédicos, dando voz, cantaría sus consignas:

¡1, 2, 3, café, chocolate, piso!

### ¿Qué y por qué pisa Eulàlia Massat?

Las no evidencias poco a poco fueron llevando a la conclusión más certera, aunque menos esperada. El mapa de Eulàlia Massat no habitaba más allá de su entendimiento singular. Vital. Se trataba, pues, del fruto de su metodología para la apropiación de este mundo, en apariencia abocada al placer de pisar. Sin embargo, al deber de mirar, a la necesidad ver con la conciencia de estar viendo. No es solo o no tanto una cuestión fisiológica, por más que se empeñe ese gran ejército de voluntarios discapacitantes en que se ha convertido este ocioso mundo, hijo de la burocracia ahora digitalizada.

Sus largos pulgares inferiores, bípedos, táctiles, parecían los encargados de fraguar toda la maniobra: que, a grandes rasgos, consistía en traducir el mundo al lenguaje del cuerpo, para así poder habitarlo. Se diría que se trataba de «manos de mono» que, como elogiadas y denostadas bisagras, articulaban lo visible y lo invisible. Allá, en lo que por diminuto no se ve, sus pies eran monstruos infalibles, que se aventaban sobre el suelo a modo de morteros verticales en ángulo recto. Acá, en nuestro limitado mundo, apenas pies, muchas veces cercenados por la quimioterapia del bastón, del perro, del acompañante. Más acá y más allá, si cabe, donde ella habitaba, Eulàlia Massat danzaba y saltaba a golpe deseudópodo, como ellas los llamaba, sorprendida por las propiedades que habían alcanzado a desarrollar sus zapatos: reptación, diapédesis, fagocitosis. 1, 2, 3, pisé, 1, 2, 3, pisé.

**El descubrimiento es, pues, que a Eulàlia Massat le gustaba pisar rayas.**

He aquí, por tanto, la verdadera clave de «eso» que la llevara por aquel largo recorrido. Su ausencia ya bastante prolongada, de hecho, era hasta ahora la única evidencia con la que se contaba para especular sobre la longitud del camino. Ahora suponemos que se trataba de un largo mapa, acaso elaborado a lo largo de toda su vida, que resulta de su actividad cotidiana de pisar rayas. Una suerte de «derribar muros desde arriba» con tan solo un pisotón. En vez de jugar «sin pisar la raya», Eulàlia Massat imaginaba y dibujaba rayuelas de tiza sobre las que saltar. Ni dentro ni fuera, la cuestión es pisar la raya. Así, desde su episteme, se hundía todo gran muro que yaciese en las hendiduras del planeta.

¡1, 2, 3, chocolate, piso!

«¡Esto no es autoayuda; es arquitectura!»

Y más que largo, el mapa de Eulàlia podía considerarse un mapa multiforme que se iba trazando conforme su actividad transformaba el laberinto en línea recta, en camino sin obstáculos. Siempre recto, hacia allá... Nada de curvas ni callejones sin salida; solo pared derribada o, mejor dicho, pisada y hundida como en el juego de batalla naval (A1, agua, B3, tocado, C5, hundido).

Ora entonces su *sapiens* de ser vivo, a la que la infamia de la palabra reductora no puede alcanzar. Nada que acompleje la mancomunidad de sus sentidos. Nada que amilane la temeraria funcionalidad que le otorga esta conjunción. En su impronta, su frase favorita: «ver sin ver», ¿sabe usted que se puede ver sin ver? Y las vicisitudes que engendra en el alma de quienes agreden cuando se saben descubiertos en la impostura –y el lacaniano contesta: «¿es usted así con su marido!?». Eulàlia Massat era en sí misma la crónica de una evidencia, con su 1, 2, 3, chocolate, piso, construía certezas para su siguiente paso, mostrando con métodos *sui generi* aquello que precisamente logra todo ser vivo cuando aprende a caminar. La pregunta es, entonces, la de siempre: ¿por qué las palabras le niegan esta condición a quien se les queda a medio camino?

Expulsados de la escena, el «tac, tac, tac» del bastón, la reflexividad piadosa, el pacto con el diablo que contraen aquellos que deciden aceptar la «ayuda voluntaria» de quienes quieren ayudar al otro. El mapa de Eulàlia Massat es la densificación de los sentidos en estado pletórico; cuando se motivan para la ocasión, cuando no les queda más remedio que «generar imágenes». Esto es la vida, esto la lucha. Ese es el exorcismo del caparazón de tortuga que se proyecta en ese giroscopio que ella se inventa en su *Circus World*. Se diría que se trata del primer *Nosferatu* de Mornau. ¿Por qué no cantar la vida? ¿Acaso está pasado de moda? ¿Acaso no es lo mismo cantar que contar? Es como coser y cantar, 1, 2, 3 y alelimón, alelimón, el puente se ha caído.

Los laberintos son espejos conjuntados; ¿quiere saber usted lo que es un laberinto? Quite uno de los espejos y lo verá. No hay, pues, laberinto que se resista a esta metodología. De hecho, los laberintos son solo espejismos epistemológicos de quienes solo piensan con un solo ojo, de quienes piensan que no se puede ver sin ver. Quien palpa la pared con sus pulgares de fuego no anticipa más que la inmediatez de su revés. No hay laberinto que le aceche, ni Minotauro que temer. Solo hilo, hilar, hilará, hilarante.